
Una Oportunidad para el Conde
Hermanas Straton
Libro II

Una Oportunidad para el conde.

Hermanas Straton III

Parte II

Brianna e Ian

Contenido

Una Oportunidad para el conde.
Contenido
Nota para el lector
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo Final
Epílogo
Agradecimientos

Nota para el lector

No puedo explicar con palabras lo mucho que amé escribir esta trilogía. Amelia, Clariss y Brianna terminaron ganándose un lugar eterno en mi corazón. Crecieron conmigo, me hicieron reír, frustrarme, enamorarme y llorar junto a ellas. Y creo que eso es lo más bonito que puede pasarle a un escritor con sus personajes.

Gracias por acompañarme hasta aquí, por leerme, y sufrir con cada una de mis historias.

Y qué más puedo decir… más que esperar de todo corazón que disfruten esta segunda parte. Sé que los hice esperar mucho para ella, pero también sé que Brianna e Ian merecían que su historia fuera contada de la manera correcta.

Gracias por quedarse hasta el final.
Y gracias por amar a las Hermanas Stratton tanto como yo.

Sinopsis

La ilusión que le causaba reiniciar su matrimonio con Ian, ahora sabiendo que él la amaba, era indescriptible. El viaje a Escocia había sido maravilloso, como la luna de miel que no tuvo y siempre deseó.

Pero nunca imaginó que toda esa felicidad se acabaría en un segundo.

Aisla estaba viva.

Y ha regresado para reclamar lo que siempre fue suyo.

Lo más doloroso era no saber qué lugar ocupaba ahora en la vida de Ian, con su verdadera esposa de vuelta. Y peor aún, desconocía qué sentimientos albergaba él por Aisla.

Las dudas e inseguridades de Brianna se verán sacudidas por la presencia de aquella hermosa castaña que amenaza con desmoronar todo lo que ha logrado.

¿Podrá Brianna aceptar que no tiene cabida en la vida de Ian?
¿O demostrará a todos —incluida a Aisla— que la verdadera esposa del conde, es ella?

Prólogo

Argyllshire, mayo de 1825.

El sol de la costa occidental de las tierras altas era cálido ese día. Ian terminaba de coordinar con Gregor los detalles de la destilería y todo lo que tendría que supervisar mientras él estuviera en Londres.

Confiaba en su mano derecha más que en nadie, y sabía que haría un buen trabajo; ya lo había dejado muchas veces frente a la destilería y al clan, y nunca ocurrió ningún problema bajo su supervisión.

—Regresaré en un mes —avisó Ian, mientras caminaban de vuelta al castillo Dunmond.

El camino descendía suavemente entre colinas cubiertas de pasto verde, salpicadas por flores que asomaban entre la hierba húmeda. Pasaron por el viejo puente de piedra, bajo el cual corría el río, reflejando la luz tenue del sol.

Gregor lo miró por unos largos segundos, luego frunció ligeramente el ceño.

—¿En serio te casarás con una inglesa, Ian? —preguntó, por quinta vez, con un tono arrogante al pronunciar *«inglesa».*

Ian endureció la mandíbula y asintió. No le gustaba ese tono, y menos cuando no conocía a Brianna.

Lo poco que había conocido a la joven de ojos hermosos en las semanas que estuvo en Londres ejerciendo el papel de conde de Warwick, ella le había... gustado. Pero para su mala suerte, ella también era la mejor opción de las tres hermanas Straton. Ahora Brianna no solo sería su tormento personal, sino también su esposa.

—Lo haré —respondió Ian sin agregar más.

—¿Estás seguro? —inquirió Gregor. Los pasos aminoraron cuando se acercaron a las puertas del castillo, que estaban abiertas, mientras una de las empleadas limpiaba la entrada.

Ian hizo una mueca de desagrado al distinguir que la empleada era Marion, su madrastra, haciendo el trabajo que él había ordenado hacer.

—¿Por qué no estaría seguro, Gregor? —preguntó Ian, desviando la mirada de Marion a su amigo.

Gregor se encogió de hombros.

—No digo que no lo hagas, la verdad te hace falta una mujer, pero... Aisla, ella...

—Aisla murió, Gregor. Han pasado diez años, y aunque me costó asimilar su muerte, es hora de que tome una esposa —interrumpió Ian.

Esa era la respuesta más corta y convincente que había encontrado para decir. Gregor no había sido el único al expresar sus dudas respecto a su boda con Brianna. Helen también lo había cuestionado, aunque a ella pocas cosas se le pueden esconder, y tuvo que decir un poco más de la verdad respecto a todo lo que había pasado, desde su aceptación al título de conde, hasta el hecho de tener que casarse con una inglesa.

Si por él hubiera sido, no se casaría, pero debía hacerlo. Él hizo una promesa a Aisla, en sus cenizas, de que no volvería a tomar a otra mujer como esposa, que no haría sufrir a nadie más. Pensaba cumplir esa promesa, excepto por la parte del matrimonio. Pero ya había sido sincero con Brianna y ella había entendido.

Tenía buen presentimiento respecto a ese matrimonio; lo único que no estaba a su favor era la maldita atracción que sentía por su futura esposa.

Gregor bajó ligeramente la cabeza y asintió, luego la levantó con un leve suspiro.

—Entiendo —respondió él.

—Sé que tú y Aisla eran amigos, que la apreciabas, pero espero que eso no haga que rechaces a Brianna, Gregor.

A pesar de que él mantendría el recuerdo de Aisla vivo entre ellos, no permitiría que nadie de su clan la rechazara ni la hiciera sentir mal por ser inglesa. Aunque tampoco pensaba mantenerla en Escocia todo el tiempo, solo cuando fuera necesario.

—No debes preocuparte por eso, la respetaré y cuidaré como tu esposa y lady de este clan —aseguró Gregor con una ligera sonrisa tranquilizadora.

—Gracias —asintió Ian.

Cuando estaban por entrar al gran salón, la voz de Marion los detuvo. Ian suspiró y se giró hacia su madrastra. Gregor, en cambio, se quedó a dos pasos esperando.

—He escuchado sobre tu boda con una inglesa —expresó Marion con la voz juguetona y maliciosa.

Ian arqueó una ceja. Su boda con Brianna no era un secreto para nadie en el clan; que Marion lo supiera no le sorprendía ni molestaba.

—Pero debo advertirte que sería una pérdida de tiempo y dinero hacer toda una ceremonia para ese matrimonio —su tono continuó siendo el mismo.

Ian la miró fijamente. Ya no usaba esos lujosos vestidos que llevaba cuando Angus estaba vivo; ahora su atuendo era más sencillo y mugroso. Su cabello ya no estaba tan cuidado y su piel había envejecido veinte años, a pesar de solo haber pasado trece desde que su padre murió.
Y aun así, no era suficiente satisfacción para Ian verla en ese estado.

—No me importan tus advertencias, Marion. Puedes reservártelas —respondió Ian, dándole la espalda. No perdería más su tiempo con su malvada madrastra.

—Recuerda que te lo advertí, *querido hijo*.

Ian apretó los puños al escucharla llamarlo así.

Ella sabía cuánto odiaba que lo llamara hijo, y por eso lo hacía, y más cuando había alguien del clan presente.

Ian suspiró, tratando de controlar la ira que Marion siempre provocaba en él. Si no fuera porque el clan creía que ella era su madre, la hubiera exiliado hacía mucho, o le habría puesto un trabajo peor del que ya hacía. Pero al menos ya no estaba rodeada de lujos como antes.

En pocas zancadas estuvo sentado en su silla en el gran salón, mientras esperaba que Gregor sirviera los cuencos con whisky.

Las palabras de Marion aún lo tenían algo enojado. Era una bruja ponzoñosa; solo quería verlo sufrir y solo. Pero quien sufriría más sería ella, solo llevaría a Brianna al castillo para restregárselo en la cara, que viera, aunque fuera falso, que era feliz en su matrimonio con su joven y hermosa esposa.

Capítulo 1

De todo lo que podía pasarle en la vida, nunca imaginó que una de ellas sería tener a Aisla frente a él una vez más, viva, cuando claramente todos creían que estaba muerta.

El calor del gran salón contrastaba con el frío del invierno que azotaba el exterior. Las antorchas y candelabros iluminaban las paredes de piedra, proyectando sombras danzantes entre los tapices y las largas mesas aún cubiertas con restos de comida y jarras de bebida. La música que momentos antes llenaba el ambiente había cesado por completo, y ahora solo reinaba un silencio denso, expectante, casi irreal.

Sus ojos ambarinos la recorrieron completamente, identificando cada detalle de la mujer que había amado en su juventud. La miró, queriendo encontrar algo que le dijera que no era ella, pero sus ojos, de un verde claro y profundo, eran los mismos que recordaba. Su rostro conservaba una suavidad casi etérea, pero en sus facciones ya se insinuaba la madurez de una mujer de veintinueve años.

Sí, era ella. No había duda alguna de que la mujer frente a él era Aisla.

Ian tenía la boca seca; ni siquiera podía tragar el nudo que se le había formado en la garganta.

Todos alrededor miraban la escena en silencio y expectantes, esperando la reacción de su laird ante el regreso de la mujer que había amado… y de su esposa. Pero Ian ni siquiera prestaba atención a la cantidad de pares de ojos que estaban sobre ellos; solo miraba a Aisla, que lo miraba también. Había una tenue sonrisa nerviosa en sus labios, pero… había algo diferente. Ella era diferente ahora. Igual que él.

Observó cómo, a los pocos segundos, la castaña desviaba sus ojos verdes de él y miraba detrás suyo, sobre su hombro. Su corazón retumbó en su pecho al recordar que detrás de él estaban Brianna y su hija.

Su mente se nubló de tal manera que no supo cómo reaccionar. Solo se quedó inmóvil, sin siquiera razonar o pensar en algo coherente; solo podía ver a Aisla y pensar en todo el problema que se le avecinaba sobre sus hombros. Pero no había una solución. ¿Qué podía hacer cuando ahora tenía dos esposas y no sabía cuál de las dos era la legal?

—Creo que deberían pasar a otra sala para que puedan hablar mejor —expresó Helen, en tono bajo y suave.

Aisla miró a la mujer un segundo y asintió despacio, a la vez que buscaba la aprobación de Ian.

Él tardó unos segundos más en reaccionar, hasta que asintió también. Su corazón latía con fuerza, con miedo, desesperanza y perdición.

Sin mirar atrás ni a nadie, salió del gran salón seguido de Aisla.

Sí, necesitaba hablar, pero no se creía capaz de hacerlo en ese instante, de hacer las preguntas correspondientes, ya que ni siquiera podía asimilar el hecho de que la mujer que había creído muerta por trece años estuviera viva… y que hubiera decidido regresar justo en el momento en que él había aceptado ser feliz.

∞∞∞

Brianna no supo en qué momento dejó de respirar con normalidad. Estaba de pie, sosteniendo a su hija dormida entre sus brazos por pura inercia.

Sus ojos estaban aún clavados en la puerta abierta que daba a otra parte del castillo, desconocida para ella, por donde habían salido Ian y… Aisla.

La imagen de la mujer aún persistía en su mente, haciéndola sentir tan insignificante que dolía.
Aisla no era como la había imaginado. Sabía del buen gusto de su esposo; cuando había creído que Isobel era su amante, había pensado que la mujer era hermosa, y ella misma… no se veía como una mujer poco agraciada. Ella y sus hermanas tenían una belleza ideal para haber triunfado en los salones de baile de Londres, pero Aisla la dejaba completamente insegura de su propia belleza.
Su cabello, largo y ondulado, caía en un tono castaño con matices cobrizos que enmarcaban su rostro sereno, de rasgos suaves pero definidos. Era esbelta, alta y con una silueta marcada bajo el vestido sencillo que llevaba.
Cuando apartó la vista de la puerta, recorrió el salón, observando cómo los presentes, que minutos antes celebraban y conversaban entre ellos, ahora estaban en silencio, observándola, a ella y a su hija.
Por instinto, apretó a Aurora más contra ella, queriendo protegerla de las miradas. Algunas eran de juicio, otras de curiosidad, y algunas solo miraban sin interés.
—Mòrag —Brianna miró a Helen, que pasó a su lado para dirigirse a la madre de Ian—. Por Dios… pensé que no volvería a verte nunca, mujer.
—Pensé lo mismo —escuchó la respuesta de Mòrag, pero no se giró. Sintió cómo los ojos le ardían, pero no se permitió soltar las lágrimas. Parpadeó varias veces y respiró profundo.
La soledad la invadió como una sombra gigante. No tenía a nadie que la consolara, ni que estuviera ahí con ella ayudándola a afrontar todo lo que vendría.
El pensamiento de sus hermanas la invadió, y sus ojos volvieron a humedecerse. Si ellas estuvieran a su lado, se sentiría con más fuerza para afrontar la situación. Estaba segura de que Clariss ya habría soltado alguno de sus comentarios, y Amelia ya la habría regañado y algún consejo le habría dado.
—Brianna —la voz de Blair la sacó de sus pensamientos. Se giró un poco para mirar a la pelinegra—. ¿Estás bien? —preguntó con una voz suave y consoladora.

Brianna la miró sin responder por largos segundos, hasta que negó. No valía la pena mentir cuando seguramente su rostro delataba sus emociones, su miedo y su tristeza.
—No —murmuró—. Aún no puedo creer cómo todo se torció tan rápido.
Blair la miró con una sombra de pena.
—No sé quién sea esa mujer, pero no creo que sea de gran importancia.
Con esas palabras, Brianna comprendió que Blair no conocía a Aisla, ni quién había sido en la vida de Ian. Si Blair lo supiera, entonces sería más que consciente del temor que Brianna sentía, del enorme problema que ahora tenían.
Alrededor se empezó a escuchar el murmullo de los presentes, pero la música siguió apagada. Las palabras pasaban inentendibles por los oídos de Brianna, y ese fue otro golpe en el estómago. Ella no sabía hablar gaélico, lo que sería una gran dificultad para comunicarse con las personas.
Su respiración se volvió un poco más errática de lo normal. Todo estaba de mal en peor, y ya intuía que su tiempo en Escocia no sería el mejor.
—Brianna —llamó Blair, más cerca de ella al verla entrar en pánico—. Dame a Aurora, no te ves bien.
Brianna solo sintió cómo el peso de Aurora la abandonaba. Sintió su cuerpo flotar sin el ancla que era su hija.
—Debes calmarte. Ante todo, eres la esposa del laird, no debes demostrar debilidad —le susurró Blair, esta vez con la voz más dura —. Respira hondo.
Brianna hizo lo que Blair le indicó. Respiró hondo y cerró los ojos para no ver cómo era observada y juzgada por muchos de los presentes, por personas que no la conocían. Pero Blair tenía razón, ella no podía demostrar tal debilidad al dejarse caer. Sí, la situación era difícil, muy difícil, pero debía mantenerse en pie al menos un par de horas más.
—Deben estar cansadas. Vengan, siéntense a la mesa, mientras Ian y Aisla resuelven sus asuntos. Coman algo también —dijo Helen, acercándose con Mòrag hacia ella.

Brianna abrió los ojos para ver a la mujer, que había hablado en inglés. Helen la miró por un momento y luego a Aurora. Una vez más, su mirada regresó a ella, y muy contrario al encuentro inicial, le sonrió con calidez.
—Brianna —la llamó por su nombre y se acercó a ella con un poco de cautela, como si temiera su rechazo. Brianna le sonrió de vuelta, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos; solo fue una sonrisa tranquilizadora, para que la mujer confiara en ella—, te ves… cansada.
Aunque cansada no era la palabra para describir cómo se sentía, Brianna asintió. Helen terminó con la distancia y la tomó por los hombros.
—Ven, cariño, siéntate aquí —la guió hasta un lugar de la mesa, donde justo había cuatro sillas disponibles.
Blair y Mòrag la siguieron.
Los presentes las miraron con más curiosidad. Helen se alejó unos minutos y cuando regresó lo hizo con dos mujeres que dejaron sobre la mesa, frente a ellas, bandejas con comida y bebida. Luego se sentó en el lugar disponible, entre Blair y Mòrag. Brianna estaba sentada al otro lado de Blair, sosteniendo la cabeza de Aurora.
Brianna miró la comida, pero su apetito estaba cerrado. No tenía hambre y el nudo en su garganta tampoco la dejaría tragar.
De vez en cuando miraba hacia la entrada por donde Ian y Aisla habían salido, esperando que en cualquier momento Ian regresara, se acercara a ella y la tomara entre sus brazos y le asegurara que la amaba a ella.
Pero no podía engañarse así. Debía ser fuerte para cualquier situación, para cualquier decisión de Ian. Porque, a pesar de que en los últimos días él le había asegurado más de una vez que la amaba, sabía que el regreso de Aisla lo haría dudar y replantearse su presente con ella.
Ell solo pensamiento de que Ian la descartara por Aisla… cerró los ojos ante el estremecimiento de dolor que la recorrió. No creía que pudiera soportar eso.
—¿Y quién es ella? —preguntó Blair con cautela, haciéndola abrir los ojos. Sabía que se refería a Aisla.

Brianna la miró y luego miró a su hija dormida entre los brazos de Blair.
—Ella… es la esposa… de Ian —respondió Brianna, ardiéndole el pecho al decir aquello.
Ella era su esposa. Ella se había casado con Ian, pero… Aisla era también su esposa, la primera esposa de Ian. Y eso invalidaba su matrimonio con él.
Ahora ya no sabía quién era ella en la vida de Ian.

Capítulo 2

Ian miraba a Aisla, recostado en el borde de la mesa de madera maciza que hacía de escritorio. Había elegido la tranquilidad de su despacho; nadie interrumpiría ni serían vigilados. Llevaban en silencio desde que salieron del gran salón, ninguno había dicho una palabra. Él observó cómo ella recorría la estancia con la mirada.

—No ha cambiado mucho —murmuró ella para sí misma, pero el silencio hizo que él también la escuchara.

Luego, sus miradas se encontraron. Él permanecía quieto, con los brazos cruzados, mirándola. Ella estaba a un metro de distancia, con una postura aparentemente relajada.

—Estamos alargando esto —dijo ella despacio.

—Solo estoy esperando que empieces a explicar por qué fingiste tu muerte todos estos años y regresas justo ahora —respondió Ian con seriedad. Pero, al verla bajar la cabeza y los hombros, se sintió culpable por alguna razón.

—No fingí mi muerte, Ian —respondió Aisla al fin, levantando la cabeza y sosteniéndole la mirada, con un destello de dolor en los suyos. Ian tragó grueso—. Supongo que nunca te interesé realmente lo suficiente como para buscarme… o siquiera considerar que no estaba muerta.

El ceño fruncido de Ian desapareció al instante. La culpa creció en su interior, resonando con las últimas palabras de ella.

—¿Cómo puedes decir que no me interesaste lo suficiente? ¡Eras mi esposa! —exclamó Ian, abriendo los brazos y dejándolos caer luego a sus costados. Respiró profundo y negó—. ¿Cómo podía buscarte cuando pensé que habías muerto en aquel incendio?

Aisla alzó las cejas y sonrió con ironía.

—O tal vez eso era lo que querías pensar, Ian. ¿Tengo que recordarte que nuestra última vez fue una gran pelea? —replicó, dando un paso al frente, con el entrecejo fruncido. Luego ladeó la

cabeza y retrocedió dos pasos—. Como ves… no estoy muerta. Sobreviví.
Ian la miró y asintió despacio.
—¿Y por qué esperaste trece años para regresar, Aisla? —la pregunta estaba cargada de culpa y reproche, con una mezcla confusa entre: quería que volvieras antes… y no quería que volvieras.
—Porque no recordaba quién era —respondió ella, dejándolo estupefacto—. Cuando desperté, no sabía ni mi nombre. No podía recordar de dónde venía… nada. Así pasé trece años —continuó, aún con el entrecejo fruncido, pero mirando a la nada—. Al principio fue difícil, vivir sin recuerdos, sin saber quién era o si tenía familia. Con el tiempo, cuando entendí que no recordaría nada de mi vida anterior, decidí vivir la nueva vida que se me había dado —se encogió de hombros—. Y más cuando me di cuenta de que nadie vendría a buscarme… ahí comprendí que probablemente no tenía a nadie. Nadie que estuviera… buscándome.
Ian bajó la mirada, sintiendo cómo la culpa se volvía más pesada que al inicio. Había entrado a ese despacho con la idea clara de reprocharle a Aisla su ausencia, de decirle que ahora no le importaba su regreso porque tenía una familia que lo amaba y que no lo abandonaría como ella había hecho. Pero ahora… ¿cómo podía decirle eso cuando ella no lo había abandonado por decisión propia?
—¿Perdiste… la memoria en el incendio? —preguntó.
Ella asintió, aún indecisa.
—¿Cuándo… recordaste todo?
—Hace pocas semanas —respondió. Lo miró a los ojos, y él a ella. Sus ojos verdes reflejaban dolor y confusión, como si estuviera luchando con todo lo que ahora era—. No es fácil, Ian… —su voz se quebró al cerrar los ojos. Él se quedó inmóvil, incapaz de acercarse y consolarla como antes, porque para él… ella ya era una desconocida —. Había aceptado mi nueva vida, había construido una identidad distinta. Pero cuando esta… otra vida regresó… —volvió a mirarlo— es como si el tiempo no hubiera pasado, como si hubiera despertado en 1815 y aún… estuviera enojada contigo por lo que me hiciste.

Ian se tensó. De todo lo que había ocurrido, aquello era lo que menos esperaba que ella recordara con tanta claridad.
—Aisla, yo… —no encontró palabras.
Pero ella negó con la cabeza.
—Sé que no estamos en 1815. Han pasado trece años, pero es inevitable no sentirme como entonces. Y más cuando… —se detuvo, desviando la mirada. Él la observó en silencio, esperando—… cuando tuviste una hija con otra mujer.
El corazón de Ian golpeó con fuerza en su pecho. Apretó los puños… y luego los soltó.
—No metas a mi hija en esto —dijo, con un ligero matiz de advertencia.
Aisla negó nuevamente y sonrió débilmente.
—No quiero hacerlo. Pero no puedo evitar pensar en cómo me negaste esa posibilidad a mí… haciéndome creer que yo era el problema. Y ahora simplemente tienes una hija… y veo que sí la quieres —guardó silencio un instante—. ¿Acaso era conmigo con quien no querías hijos, Ian?
Ladeó la cabeza, cruzándose de brazos, mirándolo fijamente. Ian evitó su mirada verdosa, incapaz de sostenerla, atrapado por la culpa.
—No sabes todo lo que ha pasado, Aisla. En aquel entonces era demasiado joven para afrontar todo mi trauma con mi padre. Era demasiado estúpido e insensato para ser sincero contigo, y me arrepiento. Durante todos estos años, en los que creí que estabas… muerta, yo… prometí que no me casaría de nuevo, porque te amaba. Muy contrario a lo que piensas ahora, yo sí te amé, Aisla, y juré que serías mi única esposa, pero… tuve que casarme una vez más —explicó, recordando a Brianna, su mujer, y el sentimiento de amor que solo su nombre le provocaba—. La verdad, no esperé… nada de lo que pasó después. Todo surgió y, como hiciste tú, acepté mi presente.
Quiso decirle más. Explicarle que se había enamorado de Brianna sin quererlo, que ocurrió muchos años después de guardarle un luto que ni siquiera debía, porque al final ella estaba viva… aunque sin recuerdos. Pero no podía herirla más de lo que ya lo había hecho.

—No juzgo que hayas querido avanzar. Si hubiera muerto de verdad, habría deseado que fueras feliz, que no hubieras perdido tanto tiempo guardándome luto, Ian —dijo ella, acercándose. Su mirada era triste y tormentosa, casi un reflejo de la suya—. Pero ahora todo cambia. Yo… sigo siendo tu esposa.

Silencio.

Ian apretó los puños, sintiéndose perdido respecto a ese tema. No sabía cómo iba a enfrentar a Brianna, cómo decirle que su matrimonio con ella tal vez se invalidaría ahora que Aisla había regresado, que quizá Aurora ya no sería considerada legítima. Y eso le dolía. Le dolía saber que su mujer sufriría una vez más por su causa, que su hija tendría que cargar con el destino de bastarda.

Levantó la mirada hacia la castaña, queriendo decirle que quería el divorcio, que deseaba hacer a Brianna su esposa ante todos antes de que el rumor llegara a Londres. Si actuaba rápido, no habría necesidad de explicar nada. Aurora seguiría siendo legítima, al menos para los ingleses.

Pero no podía decirle eso a Aisla. No cuando apenas habían hablado después de trece años. Y, seguramente, ella aún lo quería. Y esperaba que eso no fuera un problema… porque él ya no podía corresponder esos sentimientos.

—Sí, sigues siendo mi esposa —murmuró Ian, con un tono cargado de derrota.

—¿Deberíamos seguir con nuestro papel? —preguntó Aisla—. El clan espera que retome mi lugar. Siguen siendo excelentes personas —sonrió—, aunque a la mayoría ya no los reconozco.

Intentó bromear, pero Ian no pudo sonreír. No cuando ella insinuaba que podían retomar todo desde donde lo habían dejado.

—Aisla… —la detuvo él.

Ella lo miró con los ojos abiertos, expectante. Entonces Ian notó lo cerca que estaba, la forma en que lo observaba.

—Has cambiado un poco… ya no tienes esa cara joven sin barba —murmuró ella en voz baja, ladeando la cabeza, como si hablara consigo misma. Levantó una mano y trazó suavemente la línea de su barba.

Ian la sujetó con suavidad, apartando su mano con discreción.

—Ya no tengo veinte años —respondió, encogiéndose de hombros para disimular la tensión en su cuerpo—. Ahora soy un hombre de treinta y tres.
Ella asintió débilmente.
—Sí… es un buen recordatorio de todo el tiempo que ha pasado.
De pronto, se alejó con rapidez y le sonrió.
—¿Regresamos a la fiesta? El clan debe estar esperando para hablar con su laird.
Ian asintió.
Aunque, en realidad, hubiera preferido quedarse solo en el despacho, intentando encontrar la forma de enfrentarse a Brianna. No quería lastimarla. Y tampoco quería que se alejara de él… no cuando por fin había logrado que ella se abriera y aceptara que lo amaba.

∞∞∞

Brianna contaba los minutos con desesperación. Su mente no dejaba de imaginar qué tanto podrían estar hablando Ian y Aisla a solas. Su impaciencia era tal que su pie izquierdo se movía en un ritmo inquieto. Sus manos le sudaban y no había podido dar un solo bocado ni un trago a la comida que tenía frente a ella.
—Cálmate un poco —le dijo Blair, aún con Aurora en sus brazos—. Antes de que Ian se fuera, debió ordenar que prepararan nuestras habitaciones. Estoy cansada, y tanta gente ya me está impacientando.
Brianna no respondió. No tenía cabeza para seguir una conversación con Blair. Solo quería ver a Ian, hablar con él… saber qué pasaría con ellos ahora que Aisla, su esposa legal, estaba de regreso y viva.
El ambiente había vuelto a ser festivo. La música continuó, aunque un poco más baja. Eso, al menos, la alivió, ya que no tenía todas las miradas sobre ella.
—Así que es cierto… —Brianna se tensó al reconocer aquella voz—. La inglesa está aquí.

Blair se giró para ver quién hablaba. Brianna, en cambio, soltó un leve suspiro antes de enfrentarse a ella. Al girarse, se encontró con la mujer que tiempo atrás había creído amante de Ian. Le sonrió sin humor.

—Isobel —dijo Brianna, mirándola. Llevaba un vestido sencillo de manga larga—. No pensé verte aquí.

—¿Por qué no estaría? Mi hermana ha regresado viva cuando todos creíamos que estaba muerta. Estoy celebrando su regreso… algo que imagino no es lo que tú estás haciendo aquí —respondió Isobel, señalando los baúles que aún permanecían junto a la entrada del gran salón.

Brianna apretó la mandíbula y tragó con dificultad.

—Los baúles no deberían importarte, hipócrita —Isobel hizo un gesto de falsa ofensa—. Ambas sabemos que el regreso de tu hermana no te importa —continuó Brianna—, dado que siempre deseaste a Ian.

Blair miraba la escena sin comprender.

—Bueno, de eso mi hermana es consciente —replicó Isobel con calma—. Pero ¿lo eres tú ahora que tu papel de esposa se ha visto relegado, querida? Si yo fuera tú, volvería por donde vine… porque para nadie en este clan es un secreto que Ian siempre escogerá a Aisla.

Aquellas palabras atravesaron a Brianna como un puñal. Miró alrededor, temiendo que todos estuvieran observándola, pero solo unos pocos parecían atentos a la escena.

En ese momento, la música se detuvo una vez más y el silencio se instaló. Brianna giró la cabeza de golpe hacia la puerta por donde Ian y Aisla se habían ido anteriormente. Se levantó al instante al ver a Ian entrar al salón, seguido de una sonriente Aisla. Su corazón tembló ante esa imagen. Ambos juntos… encajaban demasiado bien.

Negó con la cabeza, apartando esa idea absurda. Más aún cuando sus ojos se encontraron con los ambarinos de Ian, y él le sonrió.

«No seas tonta. Ian te ama». Se recordó a sí misma.

Ian se acercó hasta quedar frente a ella, aunque manteniendo una distancia prudente. Aquello la desilusionó un poco, pero entendió la situación: estaban frente al clan, y para todos, Aisla era la verdadera esposa.

—Siento haberte dejado sola tanto tiempo, Brianna —dijo Ian en voz baja, mirándola fijamente—. Necesitamos hablar.
El alma se le cayó a los pies. La seguridad momentánea que había sentido al verlo sonreírle se desvaneció como humo al escucharlo, y más por el tono serio con el que lo dijo. Miró hacia Aisla, que se encontraba a unos metros, hablando con Isobel. Se veía segura, firme, enfrentándose a su hermana… mientras ella estaba llena de miedo e incertidumbre, pensando en su futuro y en el de su hija. Temiendo que Ian, al final… la descartara y eligiera continuar su matrimonio con Aisla.
Brianna asintió despacio, sosteniéndole la mirada a Ian, que la apartó para ver a su hija dormida entre los brazos de Blair. Enseguida se acercó y la tomó con cuidado.
Brianna lo observó, consciente de que ahora todos los miraban. Sin evitarlo, dirigió la vista hacia Aisla, que también observaba la escena fijamente, con una mezcla de tristeza y anhelo al ver a Aurora con Ian. No pudo evitar recordar lo que Ian le había contado, lo que había hecho años atrás, negándole a Aisla la posibilidad de ser madre. No sabía si era empatía o simplemente porque era mujer y podía ponerse en su lugar, pero sintió una leve pena por ella.
—La llevaré a su habitación —dijo Ian. Luego miró a Helen, que aún estaba absorta conversando con Mòrag—. Helen, encárgate de que preparen las habitaciones para todos nosotros.
—Enseguida —respondió, levantándose de su lugar.
—Brianna —la llamó Ian—. Ven conmigo.
Ella miró a su alrededor, presa de las miradas sobre ella… de la mirada de Aisla sobre ella. En ese momento se sintió como una descarada amante, usurpando el lugar de la esposa.
Apartó la vista rápidamente y la clavó en el suelo. Nunca se había sentido así. Durante tres años evitó cualquier acercamiento de hombres justamente para no ser juzgada… y ahora no podía creer que lo estaba siendo con su propio esposo.
O bueno… ya no sabía cómo llamar a Ian.
Sin querer seguir bajo esas miradas, se adelantó y salió del gran salón con la cabeza en alto, a pesar de la vergüenza que la consumía por dentro. Una vez fuera del ojo público, se recostó

contra la pared de piedra. Aún podía escuchar el murmullo del salón, ya que se encontraba justo al otro lado de la puerta por la que habían salido Ian y Aisla antes.
—Brianna, ¿qué pasa? —preguntó Ian al detenerse frente a ella, con Aurora en sus brazos.
—No soporto que me miren así —respondió ella, con una dureza que ni ella misma notó—. Yo no soy tu amante, Ian. Soy… soy… yo me casé contigo también. No sabía que ella estaba viva. Ni siquiera sabía que habías estado casado.
Las palabras salieron atropelladas, cargadas de ansiedad, miedo y vergüenza.
—*mo chreach…* —susurró Ian, acercándose a ella y pasando los nudillos por su rostro—. Lo siento… lo siento tanto.
Brianna lo miró, dándose cuenta por primera vez del tormento en él. Había estado tan inmersa en su propio dolor que no había pensado en lo que él también estaba enfrentando.
—Por favor, dime que no me dejarás —suplicó, dejando que sus ojos se humedecieran.
Ian vio el brillo de sus lágrimas a la luz de las antorchas alineadas en la pared. Negó con firmeza.
—No, *mo chreach*. Jamás podría dejarte. Te amo —aseguró, mirándola a los ojos. Ella soltó un sollozo de alivio—. Esto… esto que está pasando, no…
Pero él se detuvo cuando ella lo besó de repente. Lo rodeó con sus brazos, cuidando de no despertar a Aurora, y lo besó con amor, como si necesitara recordarle —y recordarse— que ella era su mujer.
Él respondió de inmediato, acercándola más a su cuerpo. El beso terminó, y ella apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo su corazón latir con fuerza.
—Lo superaremos —aseguró ella en voz baja—. Solo… necesitaba saber que me amabas.
—Lo hago… y dudo que eso cambie —respondió él, besando su cabello y abrazándola, sintiéndose en calma al tener a su mujer y a su hija consigo.
Pero, a pesar de todo, Brianna no estaba tan segura. El amor era un sentimiento tan firme como incierto, y ella sabía que el primer amor

nunca se superaba del todo… y más cuando el de Ian y Aisla había sido interrumpido por una falsa muerte.
Aun así, no se apartaría. Lucharía por su propio matrimonio. Y dejaría claro quién era la verdadera mujer de Ian Dunmond.

Capítulo 3

—¿Estás más tranquila? —preguntó Ian con suavidad.

Brianna asintió, dedicándole una débil sonrisa.

—Sí.

—Resolveré todo, ya verás, *mo chreach.* Pero deberíamos hablar. Quiero que estés al tanto de todo lo que tendremos que afrontar —expresó Ian, con un tono más decaído, cansado—. No quiero que te sientas incómoda o apartada porque Aisla esté aquí.

Brianna sonrió un poco más, sintiendo cómo el peso del miedo que había llevado encima comenzaba a desvanecerse poco a poco.

—Eso es lo que necesito, Ian. Que seas sincero en todo y no me apartes.

Porque, a pesar de todo, era inevitable no sentir dudas con una mujer como Aisla rondando a su alrededor. No la conocía, no podía juzgarla ni decir que fuera una mala mujer por querer de vuelta lo que era suyo… pero ella se había ido. Había estado lejos por mucho tiempo. Ahora Ian era suyo.

Ian le sonrió sin mostrar los dientes.

—¿Crees que después de todo lo que hice y el tiempo que esperé para tenerte, lo arriesgaría todo por tan poco? —preguntó en un ligero tono de broma, aunque ambos sabían que no había nada de juego en esa situación.

—Está bien. Podemos hablarlo mañana. Ambos estamos cansados y Aurora está dormida. Lo mejor es descansar y hablar con la mente más fresca —recomendó ella, pasando su mano por el rostro abatido de Ian—. Tú más que nadie necesitas descansar y dejar de pensar por unas horas, mi amor.

Ian posó su mano libre sobre la de ella y cerró los ojos, suspirando, a la vez que asentía. Ella tenía razón… pero dudaba que pudiera dormir. La preocupación que lo invadía era tan grande que sabía que los días venideros serían demasiado difíciles. Pero al menos tenía a su mujer de su parte. Eso era lo más importante.

—Vaya… es increíble cómo te restriegas con tu amante y tu bastarda cuando tienes a tu verdadera esposa a pocos metros, justo detrás de esa pared.

Ian se tensó al escuchar la voz de su madrastra. Miró a Brianna, tomando fuerzas del delicado y hermoso rostro de su mujer, ajena aún a la tormenta que Marion representaba para ellos.

Se giró para encarar a su madrastra, que sonreía con las manos apoyadas en la cintura.

—Tu regreso ha sido simbólico, *hijo*.

—Te he dicho que no me llames hijo, Marion. Sabes que no lo tolero —advirtió Ian con dureza, en inglés, para que Brianna entendiera.

Brianna miró a la mujer con una ceja arqueada, deduciendo de inmediato quién era. Con el rostro serio y la cabeza en alto, se colocó al lado de Ian, tomando su mano, dándole fuerza.

—Y además, una amante que no sabe tu idioma… qué irónico —se burló Marion, también en inglés, haciendo que Brianna apretara los puños.

—Si vuelves a llamar amante a mi mujer, aumentaré tu castigo sin importarme las habladurías del clan.

Marion arqueó una ceja.

—¿Te arriesgas a que empiecen a cuestionar por qué tratas así a tu madre? —inquirió con un tono fingido de desdicha.

—A estas alturas, ya no me importa lo que se diga de mí. Por eso deberías mantenerte callada y alejada de mi mujer y de mi hija. No toleraré insultos hacia ellas —respondió Ian.

Brianna, por su parte, comenzaba a comprender por qué Ian odiaba a su madrastra. Más allá de lo que él le había contado, esa mujer desprendía maldad con solo mirarla. No lograba distinguirla del todo

bien; se encontraba a cierta distancia, envuelta en sombras, fuera del alcance de las antorchas… pero su cabello oscuro era inconfundible.

Marion solo rió ante la advertencia.

—Yo estaré callada y tranquila… observando cómo te hundes lentamente —dijo con una amplia sonrisa. Luego fingió un bostezo —. Estoy cansada, he trabajado mucho hoy —se dio la vuelta, pero antes giró el rostro sobre su hombro—. Yo te advertí que no te casaras con esa inglesa.

Y sin más, se alejó, dejando a Brianna confundida por sus últimas palabras, y a Ian con el ceño fruncido y la mirada endurecida.

—¿Qué quiso decir con que te advirtió? —preguntó Brianna.

Ian giró el rostro para mirarla.

—Hace tres años, antes de nuestra boda, me dijo que no debía casarme contigo. No le hice caso. Marion solo quiere verme hundido en la miseria, pero ahora…

—¿Ella sabía que… Aisla estaba viva? ¿Las dos estaban de acuerdo para hacerte sufrir? —preguntó Brianna, con el ceño fruncido y un tono de ira—. No puedo creer que esa mujer haya regresado solo para…

—Brianna, *mo chreach* —interrumpió Ian con suavidad, negando con la cabeza—. Aisla y Marion jamás se unirían, ni aunque fuera el fin del mundo. Y además… Aisla no tenía recuerdos sobre mí ni sobre su vida. Por eso no regresó hasta ahora.

—¿Qué? —musitó Brianna, desconcertada, asimilando lo que Ian acababa de decir—. Aisla… ella…

—Sí. Yo también estoy…

—¿Confundido? —preguntó ella.

—Sorprendido —terminó él, luego suspiró—. Vamos, *mo chreach*… vamos a dormir.

La tomó de la mano mientras aún sostenía a Aurora y la guio por las escaleras de piedra iluminadas por antorchas. Brianna aprovechó el momento para observar con atención, intentando memorizar el

camino: giros, puertas, pasillos, todo lo que la llevaría de regreso al gran salón o a la salida del castillo si lo necesitaba.

El sonido de sus pasos resonaba suavemente en el silencio del castillo. Las paredes de piedra, gruesas y frías, estaban adornadas con antiguos tapices que apenas se distinguían bajo la luz titilante del fuego.

—Al ser de noche no podrás apreciar bien el castillo ni el paisaje, pero mañana será mejor… en todos los aspectos —dijo él, bajando la voz en las últimas palabras.

Cuando llegaron a una gran puerta de madera maciza, Ian la abrió y soltó su mano solo cuando estuvieron dentro, luego se dirigió a la gran cama para depositar a Aurora con cuidado.

La habitación estaba en penumbra. La chimenea estaba apagada y las velas consumidas. Solo la luz de la luna, filtrándose por la ventana, iluminaba tenuemente la estancia, dibujando sombras suaves sobre las paredes de piedra.

—Encenderé el fuego, hace frío —mencionó, dirigiéndose hacia las leñas junto al hogar—. Puedes ponerte cómoda.

Brianna lo miró y arqueó una ceja.

—Los baúles aún están en el salón de abajo, Ian. No podré ponerme cómoda.

Ian se detuvo y asintió, frunciendo el ceño.

—Soy un desastre —murmuró.

Brianna negó con la cabeza y se acercó a él, rodeándolo por detrás, apoyando su cabeza en su espalda. Él pasó sus manos por los brazos de ella, frotándolos con suavidad.

—No eres un desastre, mi amor. Solo hemos tenido una mala noche —murmuró ella.

—Quisiera regresar a los días que pasamos en el barco —dijo él, con un dejo de anhelo en la voz.

«Yo también», pensó Brianna.

—Pero debemos afrontar esta situación. Ya verás cómo se soluciona todo… y seremos felices —aseguró ella, aunque ni ella misma estaba del todo convencida.

Ian se giró para quedar frente a ella. La tomó del rostro, levantando su mentón para que lo mirara a los ojos. Él se perdió en el azul de los suyos.

—Gracias, *mo chreach* —musitó sobre sus labios, antes de besarla con dulzura.

Ella respondió, rodeando su cuello para acercarlo más. Ian la tomó por la cintura y la alzó ligeramente, alineando sus alturas para sentirla más cerca. El beso terminó con suavidad. Ella se abrazó a él, mirando por la ventana la noche iluminada por la luna y las estrellas.

Luego de ese momento, Ian se dedicó a encender el fuego para calentar la habitación, aunque antes salió brevemente a dar la orden de que subieran los baúles.

—Esta es tu habitación —afirmó Brianna, sentándose en el borde de la cama mientras observaba cómo el fuego cobraba vida.

—Sí. ¿Te gusta? —preguntó, mirándola sobre su hombro.

Brianna recorrió la estancia una vez más, ahora iluminada por el fuego.

La habitación era amplia, con muros de piedra cubiertos parcialmente por tapices de tonos oscuros que representaban escenas de caza y antiguos símbolos del clan. La gran cama, elevada y robusta, estaba cubierta con pieles y mantas gruesas, pensadas para resistir los inviernos escoceses. A un lado, un arcón de madera tallada descansaba junto a una mesa pequeña con una jarra y una vela encendida. La ventana, estrecha y alta, dejaba ver la silueta de las colinas bajo la luz plateada de la luna.

A pesar de la sobriedad del lugar, había una sensación de refugio… de calor que comenzaba a imponerse gracias al fuego recién encendido.

—Sí… es bastante acogedora. Y más grande que la que tenía en Nueva Orleans, sin duda —respondió ella, volviendo la mirada hacia

él—. ¿Dónde dormirás tú?

Ian la miró con desconcierto ante la pregunta.

—¿Aquí… contigo? —respondió, sin comprender del todo.

—Ian —comenzó ella, con el ceño fruncido—. Creo que no deberíamos dormir juntos… al menos no hasta que quede claro que no soy tu amante —hizo una breve pausa, sosteniendo su mirada—, sino tu esposa.

Ian la miró fijamente.

—No creo aceptar esa condición. Ya hemos dormido separados por tres años, no voy a permitir que vuelvas a dormir en una cama que no sea la mía, *mo chreach* —dijo con voz seria, pero baja para no despertar a Aurora.

—Voy a dormir en tu cama —señaló Brianna, indicando la inmensa cama en la que estaba sentada.

—Brianna—advirtió él con firmeza.

—Ian —repitió ella, más seria—. A mí tampoco me gustaría dormir sin ti, más aún cuando estamos en proceso de reconciliación completa. Pero debes entenderme. No me gusta que me señalen y me vean como la villana o como una amante, cuando yo también caminé por un pasillo de iglesia hasta ti, cuando me pusiste tu anillo, cuando firmé en una hoja y llevo tu apellido. Y hasta que todo el clan… y Aisla… no tengan certeza de eso, no dormiremos juntos.

Ian apretó la mandíbula, molesto, no con Brianna, sino consigo mismo por no poder hacer más. Sabía que ella tenía razón. Él tampoco quería que nadie la señalara como su amante. Brianna era su esposa, su mujer, la madre de su hija… y, sobre todo, la mujer que amaba.

Pero de poco servían las palabras cuando la ley estaba en su contra. Ante todos, Aisla era su esposa. Aun así, se aseguraría de que nadie hiciera ningún comentario sobre Brianna o su hija. Nadie se atrevería a tratarlas con desprecio.

Ian se acercó, quedando a mayor altura que ella, y se inclinó hasta apoyar los puños a cada lado de su cuerpo sobre el colchón.

—Al menos… no me prohíbas poder hacerte el amor, *mo chreach* —musitó, mirándola a los ojos.

Brianna entreabrió los labios y se echó ligeramente hacia atrás, apoyando los codos en la cama. Ian se inclinó más, acercándose hasta casi quedar sobre ella.

—Ian… —comenzó, pero él besó su cuello con deseo— no… —susurró, respirando hondo— Aurora… —logró decirlo con esfuerzo—. No podemos ahora.

Apoyó las manos sobre el pecho de él, quedando completamente recostada. Ian la observó en silencio: su rostro, sus labios, su cabello esparcido sobre las sábanas.

Con un leve gruñido, se apartó.

—Bien… pero no sé cuánto tiempo podré contenerme.

Brianna sonrió apenas.

—No dije que no vayamos a estar juntos —respondió, arqueando las cejas—. No te dejaré a merced de las hermanas —dijo, refiriendose también a Isobel—… solo que ahora no, por Aurora.

—Oh… eso me deja un poco más tranquilo. Solo un poco —respondió él, aliviando parte de su enojo—. Pero eso no significa que esté contento por dormir lejos de ti.

—Ian…

—Pero te entiendo, *mo chreach.*

—Gracias.

Tras unos últimos besos suaves, Ian permitió que Brianna descansara. Ella se cambió a su camisón y luego se acercó a la ventana, observando el paisaje oscuro que rodeaba el castillo.

Era tan diferente a Londres y a Nueva Orleans que se sentía extraña, fuera de lugar. Pero debía acostumbrarse. Ese sería su hogar durante los próximos meses, hasta que todo se resolviera y pudieran regresar.

Se apartó de la ventana y volvió a la cama, con el pensamiento claro de que, al día siguiente, lo primero que haría sería escribir a sus

hermanas.

Capítulo 4

La noche había sido un desastre total. A Ian le resultó imposible conciliar el sueño, aunque eso era algo que él ya preveía. Apenas el sol comenzó a salir, se dio por vencido en intentar apagar su mente.

Se levantó de la cama, en la que se había sentido tremendamente solo después de haber pasado varias semanas maravillosas durmiendo abrazado a su mujer.

Con un suspiro, terminó de ponerse las botas y salió de la habitación. Estuvo tentado a ir a ver a Brianna y a Aurora, pero prefirió dejarlas dormir; al menos ellas merecían ese descanso.

Mientras bajaba las escaleras de piedra, no pudo evitar pensar una vez más en Marion y en sus últimas palabras. Pasó casi toda la madrugada dándole vueltas a ese asunto, sin poder evitar preguntarse si su madrastra tuvo algo que ver con el accidente de Aisla o con su desaparición durante tantos años.

No dudaba que fuera capaz de hacerlo. Marion solo quería verlo sufrir y arrastrarse de dolor. Pero no podía lanzar esa acusación sin pruebas, y más cuando Aisla era su sobrina.

Al llegar a la puerta del gran salón, escuchó una fuerte discusión que lo hizo fruncir el ceño, y más al reconocer las voces de su madre y su hermana.

Abrió las puertas de inmediato y entró, sorprendiéndose al ver a su hermana sujetando a Marion por el cabello, mientras Helen intentaba separarlas y su madre gritaba, desesperada, sin poder intervenir.

—¿Qué demonios…? —murmuró Ian, corriendo hacia ellas.

Tomó a su hermana por la cintura y la apartó con fuerza, logrando separarla de Marion. La mujer tenía el cabello revuelto y el rostro enrojecido por la ira y la agitación.

—¡Cálmense! —ordenó con firmeza, sacudiendo ligeramente a su hermana para hacerla reaccionar.

—Blair, por favor, cálmate —pidió Mòrag, colocándose frente a su hija.

La risa de Marion se escuchó, y Blair gruñó hacia ella, levantando las manos al aire.

—¡Maldita seas! —escupió Blair.

—Hazle caso a tu madre. Aunque ya veo que, además de bastarda, eres una salvaje —provocó Marion, acomodándose el cabello con desdén.

—¡Suéltame, Ian! ¡Voy a hacerla callar de una vez! —replicó Blair, ciega de ira.

—No te dejes provocar, Blair —dijo Ian, sujetándola con firmeza, aunque él mismo luchaba por contener su enojo—. ¡Marion! Si vuelves a hablar, no será mi hermana quien te castigue.

Marion entrecerró los ojos y luego dirigió la mirada hacia Mòrag, que se mantenía firme frente a sus hijos.

—Le habría pedido a Angus que te matara… y no que te vendiera —susurró con veneno—. Así me habría librado de ti por completo.

—Sabes que Angus no lo habría hecho —respondió Mòrag, levantando el mentón y acomodando el manto que cubría su brazo faltante.

—Tal vez él no… pero yo sí. Fui demasiado necia al pensar que no regresarías.

Ian entrecerró los ojos ante esas palabras. Marion prácticamente estaba admitiendo que asesinar no le suponía ningún problema.

Dio un paso al frente y alzó un dedo hacia Mòrag.

—Haré que sufras por haberte metido en mi matrimonio.

Ian iba a intervenir, pero su madre lo detuvo con un gesto, sin apartar la mirada de Marion. Luego negó lentamente.

—Sabes perfectamente que yo no me metí en nada. Angus me compró como mercancía y me… —miró a sus hijos de soslayo—… me forzó. Muchas veces. Para dejarme embarazada porque tú —dio un paso al frente, imponiéndose— no podías.

Marion entreabrió los labios y retrocedió dos pasos, con la respiración entrecortada. Ian notó un destello de dolor cruzar sus ojos oscuros.

—En aquel entonces no podía defenderme, ni a mis hijos, Marion. Pero ahora no voy a permitir que los culpes ni que intentes hacerlos sufrir por tu incapacidad de procrear.

—¡Cállate! —gritó Marion, completamente fuera de control—. ¡Cállate, sucia ramera! ¡Solo llegaste a arruinarme la vida con tu vientre fértil!

—¡Marion! —vociferó Ian, interponiéndose entre ella y su madre—. ¡Suficiente!

—¡Tú! —lo señaló con un dedo, descompuesta, con los ojos desorbitados—. Bastardo maldito. No debiste traerla de regreso… ni a ella —señaló a Blair—. ¿No es suficiente castigo tenerte aquí, que también quieres torturarme con su presencia?

Ian miró a Helen, sin saber exactamente cómo manejar la situación. En todos los años que llevaba enfrentándose a Marion, nunca la había visto tan fuera de sí.

—Marion, basta —dijo Helen con calma, acercándose sin miedo. La tomó de los hombros y comenzó a alejarla—. Cálmate.

—Helen… —sollozó Marion—. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué la trajo de vuelta?

Su voz se fue apagando a medida que Helen la alejaba.

El silencio se instaló en el salón e Ian pasó una mano por su cabello y soltó un suspiro.

—Esa mujer está loca —dijo Blair, aún tensa, dejándose caer en una silla junto a la mesa.

Ian asintió despacio, comprobando que nadie hubiera presenciado la escena. Por suerte, el salón estaba vacío.

—No necesito preguntar cómo empezó todo —añadió, tomando asiento.

—Estábamos aquí con Helen, esperando que sirvieran café, cuando ella entró, me reconoció… y bueno… —explicó Mòrag, sentándose junto a Blair.

—Comenzó a insultarla, y luego a mí —continuó Blair—. No tolero que me insulten, así que le di unas buenas bofetadas y le estiré un poco el cabello para que aprendiera a callarse, pero la mujer es dura, debo admitirlo.

Ian arqueó una ceja, mirando a su hermana.

—Tu lado escocés se ha fortalecido en… ¿veinticuatro horas?

Blair entrecerró los ojos hacia su hermano.

—Soy escocesa desde la punta de los pies hasta la última hebra de mi cabello, igual que tú.

—Sí —asintió Ian—. No lo digas delante de Brianna, por favor.

—No tengo que ser adivina para saber que dijiste alguna estupidez al respecto, ¿cierto? —dijo Blair, cruzándose de brazos.

Ian solo asintió, sin poder mirarla a la cara.

Lo había hecho por estúpido, y no quería que Brianna recordara eso. Si ella le estaba dando otra oportunidad, lo último que quería era que recordara lo ruin que había sido al comienzo de su matrimonio.

En ese momento, un hombre entró en el salón. Se acercaba despacio, con una sonrisa.

—Al fin el laird se ha dignado a regresar a su clan.

Ian sonrió al escuchar la voz de su amigo Gregor. Se levantó enseguida y fue a su encuentro.

—¿Creías que te dejaría al frente de mi clan toda la vida? Al menos tenía que volver a fastidiarte un poco —respondió Ian.

Ambos hombres se estrecharon la mano y luego se abrazaron.

—Es bueno tenerte en casa de nuevo, amigo —murmuró Gregor, aún abrazándolo.

—Sí… yo también te extrañé.

Se separaron, e Ian dejó una mano sobre el hombro de Gregor.

—¿Cómo ha estado el clan estos meses? —preguntó.

—Tranquilo. Sabes que nada ocurre mientras estoy yo —respondió Gregor con una sonrisa.

—Presumido —se burló Ian, sin perder la sonrisa—. Ven, déjame presentarte a mi hermana y a mi madre.

Gregor lo miró sorprendido, y luego dirigió la vista hacia las mujeres sentadas en la mesa.

—Las encontraste… —musitó con una sonrisa sincera.

Gregor, al igual que Helen y Aisla en su momento, sabía que Marion no era la verdadera madre de Ian, y que él había salido a buscarlas meses atrás.

—Madre, Blair, este es Gregor, mi mejor amigo y mano derecha del clan —presentó Ian.

Gregor les dedicó una sonrisa, sus ojos moviéndose con curiosidad y asombro entre ambas mujeres.

—Es un verdadero honor, miladys.

Mòrag le devolvió una sonrisa suave, aunque aún se percibía en su gesto la fatiga tras el reciente altercado con Marion.

—Gracias, Gregor. Mi hijo me ha hablado de tu lealtad y de cómo has cuidado del clan en su ausencia. Me reconforta saber que ha tenido un hermano de vida a su lado —respondió.

Gregor centró entonces su atención en Blair, quien lo observaba con los brazos cruzados y una ceja arqueada, sin dejarse intimidar por la imponente estatura del hombre. Luego volvió a mirar a Ian con una expresión divertida.

—Definitivamente es tu hermana —Ian rió, sabiendo que eso molestaría a Blair—. El parecido es innegable… además de ese carácter que ahuyenta a todos sin siquiera hablar.

Blair entrecerró los ojos.

—No me conoces, sin embargo ya supones cosas de mí… George.

—Es Gregor —corrigió él, ahora más serio al notar la burla.

—Como sea —Blair se encogió de hombros y giró el rostro, molesta.

Ambos hombres se alejaron hacia la entrada del castillo, que permanecía abierta. El día aún no había despuntado del todo, y el frío de la noche seguía impregnando el aire, junto con la humedad de la tierra.

—Me alegra que hayas encontrado a tu familia, Ian —dijo Gregor.

—Sí… y no solo a ellas. También encontré a mi esposa y a mi hija —añadió Ian.

Gregor lo miró aún más sorprendido.

—¿A tu esposa inglesa?

Ian asintió. Gregor se pasó una mano por el rostro.

—Dios… —soltó un suspiro—. ¿Sabes que… esto no lo vas a creer, pero… Aisla…?

—Está viva —terminó Ian por él, mirando el paisaje que rodeaba el castillo. Luego volvió la vista hacia su amigo—. Lo supe en cuanto puse un pie aquí anoche.

Gregor asintió en silencio.

—Imagino que fue una noticia difícil de asimilar.

—Aún lo es —admitió Ian, apretando la mandíbula—. Nunca esperé que Aisla estuviera viva.

—Ni yo —murmuró Gregor.

—Ahora todo en mi vida se ha complicado. Tengo a mi primera esposa y a Brianna bajo el mismo techo.

Gregor se rascó la nuca, sin saber qué decir.

—Sí, está complicada tu situación, amigo —dijo Gregor—. No hay que conocerte mucho para saber que amas a la sassenach.

Ian lo miró a los ojos y asintió.

—La amo, Gregor, y tengo miedo… porque, aunque ella lo sabe, la presión que recibirá aquí, las miradas y la presencia de Aisla, la harán dudar. Y no quiero que eso pase… no quiero que se vaya —admitió Ian, revelando el mayor temor que sentía ante toda la situación.

—¿Y tú? ¿No dudarás? Sé que acabas de decir que la amas, y se te nota, pero también amaste a Aisla. Quizás el roce, o verla todos los días, haga que te confundas y empieces a sentir que el amor hacia ella…

—No, Gregor. Han pasado trece años. Cuando creí a Aisla muerta, la lloré. Tú mejor que nadie sabes de mi luto por ella, de los años que pasé culpándome por su muerte… pero he sanado. El amor que siento por Brianna es completamente diferente al amor que sentí por Aisla. Gracias a Brianna y a mi hija pude abrirme, ver los errores que había cometido y, sobre todo, entender que tenía derecho a otra oportunidad… y Brianna me la dio, aun después de lo que hice.

Gregor suspiró profundamente, dejando que el vaho de su aliento se mezclara con la bruma matutina. Cruzó los brazos sobre su pecho, asimilando la confesión de su amigo.

—El problema, Ian, no es solo lo que tú sientas —señaló Gregor con voz seria, pero calmada—. El problema es que el clan es como un nido de avispas. Para ellos, Aisla es la esposa que regresó de entre los muertos, una especie de milagro que refuerza nuestras tradiciones. Brianna, en cambio, sigue siendo una forastera para muchos, una inglesa que ocupó un lugar que, a ojos de los más conservadores del clan, nunca dejó de pertenecer a otra.

Ian apretó los puños, sintiendo cómo la frustración le quemaba el pecho. Sabía que Gregor tenía razón. En las Tierras Altas, la lealtad a la sangre y a los antiguos juramentos pesaba más que cualquier sentimiento personal.

—No voy a permitir que la desplacen, Gregor, ni que la traten como si fuera mi amante, cuando no lo es —sentenció Ian, girándose para mirarlo directamente—. Brianna es mi mujer. La convertí en mi esposa como mismo hice con Aisla hace años. Si el clan espera que

la repudie para volver a los brazos de un fantasma del pasado, están muy equivocados.

—Aisla no es un fantasma, Ian. Está ahí dentro, de carne y hueso —recordó Gregor con cautela, sin juzgarlo ni reprocharle nada—. No la lastimes más de lo que ya hiciste en el pasado. Trata este asunto con delicadeza. Ella también te amó… y tú a ella. Al menos honra eso.

Ian guardó silencio un momento, dejando que el aire frío despejara sus pensamientos. La situación era una bomba de tiempo. Por un lado, el clan, que sin duda se inclinaría por Aisla antes que por Brianna. Por otro, Marion, que seguramente aprovecharía el regreso de Aisla para sembrar más discordia y hacer sentir inferior a Brianna.

Todo jugaba contra ella. Pero él sería su escudo en todo lo posible.

—No soy el mismo hombre que la lastimó, Gregor. Por eso estoy tan frustrado. No quiero lastimar a Aisla diciéndole que quiero el divorcio para hacer a Brianna mi esposa… otra vez. Y menos cuando apenas hemos hablado. Pero tampoco quiero lastimar a Brianna, haciéndola pasar por un infierno con esta situación.

—Puedes enviarla a Londres. Estará mucho más tranquila allí —propuso Gregor.

Ian negó con la cabeza. Ya lo había considerado, pero no quería alejarla de él. Además, ella le había pedido que no la apartara, y enviarla a Londres sería exactamente eso.

—Ella está de mi lado. Conoce la situación. Incluso me pidió que no compartamos habitación hasta que todo esté resuelto.

Gregor sonrió levemente y asintió.

—Es una dama, después de todo. Debo admitir que, en eso, los ingleses siempre nos han superado.

—Necesito que difundas mi mensaje —dijo Ian, ignorando el comentario—. Quiero que, en mi nombre, dejes claro que no toleraré rumores, habladurías, miradas o cualquier tipo de desprecio hacia Brianna. Si es necesario, explica la situación. Aunque mi clan no es tan necio como para no entender, sabían perfectamente que estaba

casado con ella. Deben comprender que no es mi amante… solo estamos enfrentando un proceso legal debido al regreso de Aisla.

—Lo haré. Pero deberías convocar una reunión con el consejo y explicarlo tú mismo. Ellos pueden ser un gran apoyo.

Ian asintió.

—Ya lo había pensado para esta tarde. Reúne a los líderes de familia y a los ancianos. Con ellos bastará para que el mensaje se extienda.

Gregor asintió también.

—Ah, y quiero que todos los que hablen inglés lo usen cuando Brianna esté cerca. Hablar en gaélico la hará sentirse incómoda dada la situación.

Gregor frunció el ceño.

—Eso es pedir mucho, Ian —comentó, sacudiendo la cabeza—. Sabes tan bien como yo que para muchos aquí el gaélico no es solo un idioma… es nuestra identidad. Obligarlos a hablar la lengua de los Sassenach en sus propias tierras… lo verán como una imposición.

Ian clavó su mirada en su amigo, una mirada cargada de la autoridad que le otorgaba su título de laird.

—No estoy pidiendo que renuncien a su lengua, Gregor. Estoy pidiendo que sean hospitalarios. Brianna no es una enemiga, es mi esposa, y si Aisla no hubiera regresado, esta orden sería la misma. Lo mínimo que pueden hacer mis hombres es asegurarse de que no se sienta mal en su propia casa. Ella es la madre de mi hija, y mientras yo respire, nadie la hará sentir menos en este castillo.

Gregor desvió la mirada y asintió, sabiendo que quien hablaba era el laird, y no su amigo.

Ian relajó un poco el semblante.

—Solo pido que sean pacientes con ella, y un poco de tiempo. Yo mismo le enseñaré nuestra lengua. Brianna es inteligente —sonrió al decir aquello—. ¿Sabías que hasta tiene su propia tienda de botánica en Nueva Orleans?

Gregor arqueó una ceja, algo sorprendido.

—Está bien. Sabes que siempre te apoyaré en todo.

—Gracias, amigo —dijo Ian, palmando su hombro.

—Haré lo que pueda para preparar el terreno antes de la reunión de esta tarde —concedió Gregor, ajustándose el kilt—. Pero prepárate, Ian. Los ancianos, especialmente los más veteranos como el viejo Colum, no se guardarán sus opiniones sobre el regreso de Aisla. Para ellos, la ley de la Iglesia y la del clan son una sola.

—Lo sé —respondió Ian, con abatimiento ante ese recordatorio.

Ambos observaron cómo una llovizna fina y fría comenzaba a caer.

—Gregor, necesito que, como amigo de Aisla, averigües qué siente… y qué espera de todo esto tras haber regresado.

Gregor mantuvo la mirada fija en el suelo húmedo.

—No eres el único que ha cambiado, Ian. Aisla también. No se abrirá conmigo como lo hacía antes —respondió Gregor.

Ian asintió, sin saber qué otro recurso utilizar.

—Al menos… ¿puedes intentarlo?

—Sabes que sí.

En ese momento, Aisla salió con las manos en la cintura y un abrigo de piel ajustado a la silueta de su cuerpo. Miró el cielo y frunció el ceño, sin notar que Ian y Gregor estaban allí.

Ian carraspeó para llamar su atención.

Aisla miró enseguida, apartando algunos mechones de su cabello de su rostro sereno.

—Oh. No sabía que estaban aquí fuera —dijo Aisla, su voz clara a pesar del viento que empezaba a soplar con más fuerza.

Se acercó a ellos con pasos lentos y seguros.

Ian la observó ahora a la luz del día, notando la madurez en sus rasgos femeninos, los que alguna vez lo habían enamorado.

—Estábamos discutiendo algunos asuntos del clan —respondió Ian, sin moverse de su lugar, manteniendo una distancia prudente.

Gregor hizo una breve inclinación en reafirmación de las palabras de Ian.

Aisla clavó su mirada en él con una sonrisa.

—Anoche no te vi en la celebración.

—Yo… estuve algo ocupado —respondió Gregor, llevándose una mano a la nuca en señal de nerviosismo.

Ian alzó una ceja, sin poder evitar notar lo inusual de esa reacción en su amigo, él nunca se pondría nervioso admitiendo que había llevado una mujer a su cama.

—Asuntos que imagino me conciernen, ¿verdad? —preguntó ella, con una media sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Después de todo, mi regreso y el tuyo parecen haber alterado la paz del clan más de lo que cualquiera de nosotros esperaba.

Ian no pudo evitar notar la ligera amargura en su tono, como si a ella también le pesara toda esa situación, aunque intentara disfrazarla de indiferencia.

—Estamos tratando de encontrar la mejor solución para todos, Aisla. No es un camino fácil —explicó Ian con voz firme.

—Lo sé —murmuró ella, dirigiendo de nuevo la mirada hacia el horizonte gris y las colinas que rodeaban la propiedad.

—Deberíamos entrar. El viento se está volviendo más fuerte —propuso Gregor.

Ian asintió, separándose de la pared de piedra del castillo, donde había estado recostado.

—¡Papá!

La vocecita de Aurora resonó en el salón en cuanto entraron.

Ian sonrió al verla correr hacia él con su vestido azul y su abrigo del mismo color.

Sin detenerse a pensar en la escena que podía provocar —y ahora con más personas presentes entre sirvientes—, se inclinó sobre una rodilla para abrazarla y luego alzarla en brazos, mientras su mirada buscaba a Brianna.

Ella lo observaba, alternando su atención entre él… y Aisla, a su lado.

Capítulo 5

La sensación que le generaba ver a Ian y Aisla tan juntos era agonizante. Brianna sabía que Ian no había provocado el acercamiento, o eso quería creer tras la conversación que habían tenido la noche anterior; aun así, no podía evitar sentirse… celosa de la cercanía de la castaña con su esposo.

Pero lo que terminó de acelerar su creciente molestia fue ver cómo Aisla se acercaba a ellos y le extendía una mano a su hija con una sonrisa, y luego esa misma mano acariciaba delicadamente el brazo de Ian.

Por impulso, se levantó de su lugar para ir hacia ellos, interrumpir la escena y presentarse como la esposa de Ian, porque lo era, no Aisla. Pero fue detenida por Helen, quien la tomó del brazo con suavidad. Ella miró a la mujer con el ceño fruncido.

—No cuando hay tantas miradas sobre ti. Si lo haces, solo reafirmarán lo que piensan de ti y de tu origen inglés —murmuró Helen, empujándola suavemente hacia su lugar de nuevo, al lado de Mòrag.

Brianna se dejó guiar, respirando hondo y apretando los puños. Iba a actuar por impulso, guiada por los celos de ver a Aisla con Ian y su hija. Pero no apartó la mirada; observó, aguantando la molestia, cómo Ian hablaba con Aurora, mientras Aisla observaba y, en un segundo, desaparecía del salón, dejándola confundida. Había esperado… más provocación de su parte.

«Tal vez… no sea tan parecida con su hermana», pensó Brianna.

Entonces, Ian comenzó a caminar hacia ella con Aurora en sus brazos, ajeno a la mirada de los pocos trabajadores que estaban en el salón.

Él la miró con intensidad a los ojos y luego, por unos segundos, se detuvo en sus labios. Por instinto, ella pasó su lengua por ellos,

humedeciéndolos, tentándolo a algo que ambos sabían que no podían hacer frente a todos.
—¿Dormiste bien? —preguntó él, carraspeando, y sentándose a su lado, poniendo a Aurora sobre su regazo.
Todos, incluida Helen, miraron a Ian sorprendidos por haber escogido un lugar cualquiera, dejando su lugar y silla habitual vacíos, ese que indicaba su título de laird.
Brianna se encogió de hombros y asintió.
—Un poco… no estabas con nosotras —respondió casi en un murmullo, solo para él.
Ian le sonrió de medio lado.
—Tú fuiste quien puso la condición, *mo chreach*, a mí no me habría importado —respondió Ian, tomando de la mesa un trozo de pan aún tibio, con ese tono seductor y bajo.
Sin dejar de mirarla, lo partió con las manos y lo pasó por la mantequilla que comenzaba a ablandarse en un pequeño cuenco de loza.
—Ian… —musitó ella, desviando la mirada hacia la mesa, servida con el desayuno.
Cuencos de avena humeante reposaban a lo largo de la mesa, desprendiendo un aroma cálido y reconfortante que se mezclaba con el de la carne curada y los huevos recién cocidos. Había una jarra de leche y otra de cerveza clara, y cestas de pan recién hecho, además de algunas frutas.
—Sí, lo sé —dijo él, llevando un trozo de pan a su boca. Luego picó un pedazo más pequeño para Aurora, que lo tomó entre sus manitas y también lo llevó a su boca.
Brianna asintió, tomando un pan también para ella y un poco de leche tibia.
—¿Prefieres té? Puedo hacer que lo preparen para ti —expresó Ian, buscando con la mirada a alguna empleada.
—No es necesario, la leche está bien —se apresuró a decir Brianna.
—Sé que prefieres el té —respondió Ian, esperando que una de las sirvientas se acercara—. Prepara una taza de té de… —miró a Brianna y le preguntó en inglés—. ¿Cuál quieres?

Brianna, sin mirar a la sirvienta directamente, juntó sus manos por debajo de la mesa.
—Té negro —respondió con suavidad, procurando que su inglés no se notara tanto.
Ian dio la orden en gaélico, y la mujer asintió, alejándose.
—No era necesario, Ian —dijo ella.
—Quiero que te sientas cómoda —respondió él, encogiéndose de hombros.
Brianna suspiró un poco, dejando la mitad de su pan a un lado, centrándose en darle de comer a Aurora.
—Podría sentirme más cómoda si aprendiera a hablar tu idioma —expresó ella, sin mirarlo.
—Lo sé, ya había pensado en darte clases —dijo Ian, sujetando a Aurora—. Que aprendieras un poco facilitaría las cosas.
Brianna asintió, tentada a decir lo que pensaba: que por eso no quería haber salido de Nueva Orleans, porque sabía que no sería bien recibida. Pero no haría ese comentario; eso solo haría que Ian se sintiera mal, que pensara que ella rechazaba su cultura y su pueblo.
—Helen y mi madre también pueden ayudarte cuando yo esté resolviendo los asuntos del clan y la destilería —continuó Ian. Brianna solo volvió a asentir.
—Está bien —musitó, dándole ahora un poco de leche a Aurora—. Quiero enviar algunas cartas a mis hermanas —dijo de pronto, mirándolo—. No encontré papel ni tinta en tu habitación.
—Por supuesto —respondió Ian enseguida, rascándose la nuca—. No suelo llevar el trabajo a mi habitación, prefiero dejarlo todo en el despacho. Pero puedes tomar mi despacho como tuyo.
Brianna le sonrió en respuesta; agradecía que él estuviera haciendo todo lo posible por hacerla sentir cómoda, aunque la diferencia entre Nueva Orleans y Escocia era inmensa y le llevaría un poco más de tiempo acostumbrarse.
—Te acompaño —dijo Ian, haciendo el ademán de levantarse con Aurora, pero Brianna lo detuvo.
—Quédate, disfruta del desayuno, y así puedes cuidar de Aurora mientras escribo. Solo indícame el camino.

Ian la miró algo dubitativo.
—No me voy a perder —aseguró ella, sonriéndole.
Él terminó asintiendo.
Por debajo de la mesa, cuidando que nadie estuviera observando, él tomó una de sus manos y la acarició con suavidad.
—Extrañé tenerte a mi lado anoche —confesó Ian, sin dejar de mirarla.
Brianna puso un rostro melancólico al escucharlo.
—Yo también —musitó ella, dedicándole una sonrisa tenue, disfrutando de ese pequeño contacto, pero molesta por tener que esconder esos pequeños actos de afecto hacia su propio esposo.
En ese instante, llegó la sirvienta con el té, rompiendo el momento, aunque ninguno hizo el ademán de retirar la mano que mantenían unida debajo de la mesa.
Brianna tomó su taza y sopló un poco antes de probarlo. Abrió los ojos, aguantando las ganas de escupir el líquido.
—¿Pasa algo? —preguntó Ian.
Brianna negó con la cabeza, tragando el líquido.
—No —susurró, tratando de no sacar la lengua, como hacía Bridget cada vez que probaba el té.
Pero es que ese que le habían servido estaba horrible: un té negro, fuerte y sin azúcar. Ningún inglés, por mucho que le gustara el té, se tomaría algo como eso.
—Está un poco… caliente —alejó un poco la taza de ella—. Indícame el camino.
Ian sonrió, alejando finalmente su mano, aunque con evidente renuencia.
—Sigue por el corredor principal hasta el final, dobla a la izquierda después de los tapices de caza y sube la pequeña escalera de piedra. Es la única puerta de madera oscura con remaches de hierro. No tiene pérdida —le explicó, mientras acomodaba a Aurora en su regazo, quien intentaba alcanzar una pera.
Brianna se puso de pie, dándole un último vistazo al té que reposaba en la mesa.
—No tardaré mucho —prometió, dejando un beso fugaz en la frente de su hija antes de retirarse.

Siguió el camino indicado por Ian, tratando de recordar cada indicación para no perderse. Cuando dobló un pasillo, se detuvo en seco al encontrarse frente a frente con Isobel. Ambas se miraron fijamente, y Brianna esperó que Isobel soltara su veneno para responder, pero, en vez de eso, Isobel siguió su camino, pasando por su lado sin decir nada.

Brianna ladeó la cabeza y miró hacia atrás, verificando que hubiera sido Isobel a quien había visto.

—Vaya, eso sí es nuevo —musitó Brianna, retomando su camino.

Isobel nunca habría desaprovechado la oportunidad de enfrentarla, mucho menos cuando estaban solas.

Los pasillos estaban iluminados por antorchas y por la escasa luz que entraba a través de las estrechas y distantes ventanas. Reinaba la calma; solo se escuchaba el eco de sus pasos sobre la piedra.

Al entrar al despacho, el aroma la golpeó de inmediato. Era una mezcla de cuero viejo, humo de turba y el olor metálico de la tinta. Era un espacio profundamente masculino, pero extrañamente acogedor. Se acercó al escritorio, pasando los dedos por la superficie de madera maciza. Sobre él encontró plumas bien afiladas, un tintero de peltre y varios rollos de pergamino cuidadosamente organizados.

Se sentó en la pesada silla de respaldo alto y suspiró, dejando que el silencio de la estancia la envolviera. Por fin, lejos de las miradas curiosas del gran salón, se permitió relajar los hombros.

Tomó una hoja en blanco y mojó la pluma, pero la punta quedó suspendida en el aire, dejando caer una pequeña gota de tinta que se expandió sobre el papel como una mancha, sin saber cómo comenzar.

¿Cómo explicarles a sus hermanas que, aunque Ian era atento y la amaba, se sentía como una extraña en una tierra que también debía ser su hogar? ¿O cómo decirles que la esposa que habían creído muerta… estaba viva y de regreso en el clan?

—Eso las preocuparía demasiado, y ambas están encinta —musitó Brianna con frustración. Aun así, necesitaba desahogarse… necesitaba consejo.

Debía ser consciente de que la correspondencia tardaría en llegar, y seguramente la respuesta también. En el mejor de los casos, tardaría un mes.
Dejó la pluma en el tintero y se pasó una mano por el rostro. Luego arrugó la hoja manchada de tinta y tomó otra en blanco. La observó largo rato, pensando en las posibles soluciones que Amelia le daría.
Sin más demora, volvió a tomar la pluma… y comenzó a escribir.

Mis queridas hermanas,

Espero que esta carta las encuentre bien, aunque no puedo evitar imaginar que, al leerla, estarán juntas. Las extraño más de lo que creí posible.

Hemos llegado a Escocia.

El viaje en barco… fue mejor de lo que esperaba. Mucho mejor. Ian estuvo a mi lado en todo momento, demostrándome su amor. Hubo instantes en los que todo parecía tan sencillo y fluía tan bien que llegué a preguntarme si era un sueño. Él me ama. Y creo que, después de todo, hice bien en darle otra oportunidad.

Aún no he salido del castillo para conocer los alrededores del clan. El clima no ayuda en lo absoluto. Hace un frío constante, de ese que no se va ni siquiera junto al fuego, y la lluvia parece no tener intención de detenerse. Es distinto a todo lo que conocíamos en Nueva Orleans.

El castillo, sin embargo, es acogedor a su manera. Es una fortaleza en toda regla, con muros de piedra gruesa que apenas dejan entrar la luz del día. A veces parece que el tiempo se detiene dentro de estas paredes.

Aurora está bien, tranquila, como si todo esto fuera una aventura para ella. Yo también estoy bien, no se preocupen. Supongo que solo necesito tiempo para adaptarme a las costumbres escocesas.

Las extraño muchísimo. Más de lo que estas palabras pueden expresar. Me habría gustado que vivieran esto conmigo, aunque estoy casi segura de que Clariss no soportaría estar encerrada tanto tiempo con este clima; probablemente ya habría declarado la guerra al cielo por tanta lluvia.

Espero poder escribirles pronto de nuevo… y también que no pase mucho tiempo antes de regresar a Nueva Orleans. Antes de eso, iremos a Londres cuando la temporada esté por comenzar, así podré presentarme ante el rey. Y con eso, espero que todo se resuelva y poder volver con ustedes.

Las quiero con todo mi corazón,

Brianna Dunmond Straton.

Brianna dejó la pluma en el tintero y miró la hoja con su letra. La releyó, comprobando si no había dejado ver entre líneas que algo más estaba pasando. Cuando terminó, su mirada se quedó fija en una palabra.

Londres.

Dejó la carta sobre la mesa y relajó los hombros, mirando un punto invisible.

—Londres… —susurró, pensando en algo que debería haber considerado desde el momento en que vio que todo se complicaba.

Sonrió levemente, vislumbrando por fin un poco de esperanza entre tanta oscuridad.

Sin más, comenzó a escribir otra carta, esta vez dirigida a Londres.

∞∞∞

Ian había dejado a Aurora con Mòrag y Blair cuando Gregor había ido por él.

Antes, había hablado con su madre, quien había aprovechado el momento en que Brianna había salido del salón para hacer la pregunta que sabía que quería hacer desde la noche pasada.

¿Quién era Aisla?

Tuvo que contarle todo desde el inicio, haciéndola comprender por qué el ambiente estaba tan tenso. Para su suerte, su madre comprendió, aunque Blair no dejó pasar la oportunidad de burlarse de él, aunque después le dio, indirectamente, su apoyo. Sabía que poco a poco su hermana se iría abriendo a él. Solo era cuestión de tiempo y paciencia.

—¿Qué pasa? —preguntó a Gregor mientras se dirigían a la destilería.

Ambos iban a caballo, soportando la fina llovizna, aunque el cielo gris prometía una lluvia más fuerte en poco tiempo. El frío era intenso, pero las pieles de su abrigo y su cuerpo acostumbrado al clima lo hacían soportable.

—Había olvidado decirte que hoy se celebraba la boda de la nieta de Colum —dijo Gregor, alzando un poco la voz para que Ian pudiera

escucharlo por encima del viento—. Todo el clan estará reunido.
Ian giró apenas el rostro hacia él, entornando los ojos para protegerse de las gotas que comenzaban a caer con mayor insistencia.
—¿Hoy? —repitió, con un deje de sorpresa—. ¿Entonces la reunimos con el consejo?
Gregor negó.
—Quería preguntarte si permites que sea mañana. Es mi culpa haber olvidado la boda —respondió Gregor.
Ian asintió. Sabía que celebraciones como las bodas eran importantes; no habría nada que pudiera detenerlas.
—Y que estés presente la hace más importante, más cuando el clan no esperaba que su laird estuviera presente —agregó Gregor.
—Será mañana, entonces —aceptó Ian—. ¿Al menos pudiste difundir mis órdenes?
—A algunos. Muchos están centrados en la celebración. Lo recordé cuando vi que estaban preparando la capilla. Imagino que más tarde comenzarán a preparar el gran salón para la celebración, después de la ceremonia —explicó Gregor.
Ian miró el cielo, completamente encapotado.
—Creo que han elegido un mal día para una boda —musitó.
—Eso pensé —dijo Gregor, encogiéndose de hombros.
Llegaron a la destilería y dejaron los caballos bajo techo. Luego se dirigieron a la entrada; desde afuera podía escucharse el ruido de los pesados alambiques de cobre y el rítmico golpeteo de los barriles siendo acomodados.
Al entrar, el calor sofocante del fuego que alimentaba las calderas los recibió, cargado con el aroma penetrante de la cebada fermentada y el humo de turba. Los trabajadores, con el torso empapado de sudor a pesar del frío, saludaron a Ian con breves asentimientos mientras continuaban con su labor.
Ian caminó entre las filas de barriles, observando la calidad del grano y la temperatura de los fuegos.
—Todo parece estar bajo control. Has hecho un buen trabajo —comentó Ian, deteniéndose frente a una de las cubas—. Asegúrate de que los hombres reciban una ración extra de ale después del

turno. Si van a asistir a una boda, quiero que lo hagan con el ánimo en alto.
Gregor asintió.
—¿Lo haces por ellos o para que, de cierta forma, acepten a Brianna? —inquirió.
Ian lo fulminó con la mirada. Gregor se atrevía a hacer ese tipo de comentarios porque sabía que Ian lo consideraba un hermano; de lo contrario, hacía mucho se habría reservado sus palabras.
—Solo haz lo que te digo, Gregor —replicó Ian, volviendo su atención al movimiento de los trabajadores.
Gregor levantó las manos en señal de rendición, con una tenue sonrisa, mientras Ian negaba con la cabeza.
No hacía falta decir en voz alta que sí lo hacía por Brianna. Al menos en la celebración quería que todos estuvieran centrados en disfrutar y no en su mujer. Aunque sabía que un poco de whisky de más no borraría la tensión permanente que había entre ellos.
Solo quedaba esperar… y ver cómo se desarrollaba el ambiente esa noche.

Capítulo 6

La tranquilidad del despacho le daba a Ian un momento de paz que realmente necesitaba. No llevaba ni un día de vuelta en el clan y ya los problemas lo estaban absorbiendo. La verdad, en los años que llevaba como laird, nunca había tenido un problema tan grande como el que afrontaba ahora.

La ceremonia de la boda daría inicio pronto, y él aún no sabía qué haría con Brianna y Aisla juntas en un mismo lugar. No podía prohibirles a ninguna asistir, pero tampoco quería tanta tensión entre ellas.

Sabía que, además de la celebración, la mayoría de los miembros del clan estarían observando cada movimiento de los tres, y cualquier gesto sería tomado como una decisión, o una falta de respeto.

Apoyó ambas manos sobre la madera, inclinándose levemente hacia delante. Bajó la mirada, clavándola en la superficie. Frente a él tenía el cuenco de whisky intacto. Ni siquiera el alcohol podía sacarlo de la agonía y la culpa que lo quemaban por dentro.

Tal vez todo lo que estaba viviendo era un castigo por todos sus errores, con Aisla y con Brianna. Un castigo y un recordatorio de que había tenido oportunidades para cambiar, para escoger ser feliz y olvidar la vida que le había dado su padre, pero en vez de eso, escogió hacer sufrir a dos mujeres que no lo merecían.

Porque, por mucho que Brianna lo hubiera perdonado y le brindara una oportunidad, sabía que el daño que había causado tres años atrás no se borraba con tanta facilidad.

Y en cuanto a Aisla, ella había sufrido por él, y estaba seguro de que el accidente donde terminó perdiendo la memoria, inconscientemente, había sido culpa suya.

Ian entrecerró los ojos al pensar en ese detalle. Claramente no había pensado en Aisla lo suficiente como para darse cuenta de que aquel supuesto accidente quizá no había sido solo un accidente. No estaba seguro, pero tampoco creía que hubiera sido mera coincidencia.

En ese momento llamaron a la puerta y, un segundo después, vio entrar a Helen como si nada, con un sobre en la mano.

—Te estás escondiendo de tus esposas —expresó Helen con una ceja arqueada y divertida—. Nunca pensé que vería a Ian Dunmond huir de dos mujeres.

Ian puso los ojos en blanco y se inclinó hacia atrás en la silla.

—No estoy huyendo de nadie, Helen —dijo él con voz monótona—. Solo necesitaba un momento para pensar.

—Al final, es lo mismo —Helen se encogió de hombros. Luego miró a Ian y soltó un leve suspiro—. Me da un poco de pena tu esposa sassenach, parece una mujer demasiado buena para sufrir esta conspiración de tener a Aisla aquí de vuelta.

Ian miró a la mujer regordeta que prácticamente lo había criado.

—Pero también comprendo a Aisla. Pasar trece años sin saber quién eres o de dónde vienes… es difícil. Comprendo que regresar tampoco haya sido fácil para ella.

—¿Por qué dices que no es fácil? Ella vivió aquí mucho tiempo —inquirió Ian, queriendo saber más de la opinión de Helen.

—Bueno, debiste haberte dado cuenta de que no es la misma mujer de antes. Pero, a pesar de eso, es como si no quisiera estar aquí, como si se sintiera en el deber y no en el querer, ¿comprendes?

Ian mantuvo su expresión impasible, pero terminó asintiendo, comprendiendo un poco de lo que Helen quería decir.

—Creo que debes hablar con ella —añadió Helen.

Ian asintió.

—Lo sé. Debo saber más sobre ese accidente donde perdió la memoria, si recuerda algo… o a alguien.

Helen abrió los ojos.

—¿Crees que alguien intentó… matarla? —preguntó.

Ian se encogió de hombros y bebió un poco de whisky.

—No lo sé, pero debo salir de dudas.

—Sí… sí, haces bien, muchacho —asintió ella varias veces—. ¿Y tu sassenach? —Ian la miró interrogante—. ¿Dejarás que asista a la boda?

Ian asintió, aunque dubitativo respecto a esa decisión.

—No puedo decirle que no vaya. La haría sentir mal… o desconfiar de mí. No quiero eso. Y aunque el clan aún no la reconozca como mi esposa, algo que intentaré arreglar mañana, no voy a aislarla. Ella estará presente como todos los demás.

—¿Y no crees que se sentirá más sola y perdida en medio de tantos escoceses que no la reconocen como tu esposa, que estando tranquila en su habitación? —intentó razonar Helen, pero Ian negó.

—Ella no querrá quedarse encerrada, Helen. Conozco a mi mujer —aseguró Ian.

Helen ladeó la cabeza de un lado a otro. Luego miró a Ian y levantó el sobre que había mantenido en la mano.

—Llegó esto para ti días después de que partieras a América —dijo Helen, colocando el sobre sobre la mesa.

Ian lo miró con el ceño fruncido y lo tomó entre las manos, dándose cuenta de que estaba abierto. Frunció aún más el ceño, pero justo cuando iba a preguntar por qué una correspondencia suya había sido abierta, Brianna asomó la cabeza por la puerta.

—Ian —expresó Brianna.

Él enseguida se levantó, dejando la carta a un lado.

—*Mo chreach* —dijo él, acercándose a ella, sin percatarse de cómo Helen arqueaba las cejas, sorprendida por el apodo—. ¿Te pasa algo? —preguntó preocupado.

—No. Es que acabo de saber por Blair que hoy habrá una celebración —explicó ella mirándolo con el entrecejo fruncido—. ¿Debo quedarme en mi habitación?

Ian sintió cómo una punzada de dolor le atravesaba el pecho al escucharla preguntar eso. Ella no debía hacer esa pregunta. Era su esposa, y su derecho y deber era estar a su lado en ese tipo de eventos. Pero, dada la situación en la que se encontraban, entendía su preocupación.

—No, *mo chreach* —musitó él con voz débil, sin importarle que Helen aún estuviera presente observando la escena—. Claro que puedes ir —afirmó con firmeza—. Eres mi esposa ante Dios y ante mi corazón. No permitiré que nadie te haga sentir como una extraña en lo que ahora es tu hogar, ni que te escondas como si tuviéramos algo de lo que avergonzarnos.

—Pero el clan...

—Ellos aprenderán a respetarte porque yo así lo exijo.

Brianna bajó la mirada, apretando los dientes. No quería que Ian se enfrentara a su clan por ella, no quería ser la causa de un conflicto.

—No los obligues. Puedo desempeñar bien mi papel y ganármelos. Sé que todo está más tenso porque soy inglesa —dijo ella, volviendo a levantar la mirada.

Ian se acercó y tomó sus manos entre las suyas, sintiendo la frialdad de sus dedos.

—Tienes frío —dijo él, apretando sus pequeñas y delicadas manos entre las suyas más grandes y ásperas—. ¿Por qué no usas guantes para protegerlas?

—Los llevo —se apresuró a decir, sacando del bolsillo de su abrigo los guantes que había llevado durante el día.

Ian los tomó y, con cuidado, volvió a colocárselos.

—¿Por qué te los quitaste? —susurró él, aunque no fue realmente una pregunta para ella, sino para sí mismo.

—Es que aquí ustedes no los usan —musitó ella, volviendo a sentir la tela cubriendo sus dedos.

Ian la miró con el ceño fruncido.

—Pero no eres igual que nosotros, muchacha —habló Helen desde detrás de Ian. Su tono no era acusador ni ofensivo, más bien de

reproche por su falta de cuidado—. No lo digo como ofensa, pero como inglesa debes entender que ustedes y nosotros no somos iguales. Me refiero al clima.

Brianna asintió, comprendiendo el punto de la mujer. Ian, sabiendo que Helen no se había explicado del todo bien, decidió intervenir.

—Lo que Helen intenta decir, Brianna, es que nuestra sangre es distinta, forjada por siglos de inviernos implacables en estas montañas. No tienes por qué castigarte tratando de demostrar una resistencia que tu cuerpo aún no posee. No te hace más débil usar guantes.

Ian le acarició las mejillas con los pulgares, buscando calentar su piel antes de soltarla. Brianna asintió levemente, aunque la inquietud no abandonaba sus ojos azules.

—La hospitalidad escocesa es ley, muchacha —añadió Helen, suavizando la expresión—. Pero el orgullo es nuestra moneda. Si vas a bajar a ese salón, hazlo con la cabeza en alto. Demuestra que este castillo ahora es tuyo tamben.

Ian le lanzó a Helen una mirada de gratitud antes de volver a centrarse en Brianna.

—Escúchala. Ella sabe de lo que habla. Esta noche, los hombres del clan buscarán cualquier defecto en ti para cuestionar mi elección de haberte traído. Pero yo estaré allí, aunque no pueda tomar tu mano para apoyarte.

Él le acarició el mentón con ganas de besarla en ese momento, pero se detuvo por la presencia de Helen. Nunca había tenido tantos deseos de decirle a la mujer que se retirara.

—Esta noche quiero que entres a ese salón con la cabeza en alto. No eres una simple mujer más, eres mi mujer.

Brianna sintió su corazón latir y su cuerpo erizarse al escuchar con la firmeza que Ian declaraba que ella era s*u mujer.*

Helen asintió.

—Si te quedas encerrada, solo alimentarás los rumores de que tienes miedo y de que sí eres la amante.

—Está bien —terminó aceptando.

Ian le dedicó una sonrisa leve, al igual que Helen.

—Entonces vamos, te ayudaré a arreglarte.

Helen pasó por el lado de Ian y arrastró a Brianna con ella, haciendo que ambos soltaran sus manos. Brianna le dio una última mirada de disculpa a Ian, y él solo asintió, entendiendo, moviendo los labios sin pronunciar sonido alguno.

«Te amo».

Ella sonrió, pero no tuvo tiempo de responder, porque Helen ya la estaba arrastrando lejos del despacho.

—Tenemos que apresurarnos, la boda dará inicio en pocas horas —parloteó Helen aún arrastrándola, esquivando a algunas mujeres que se encargaban de la decoración del gran salón, el cual había cambiado completamente desde el almuerzo.

Grandes telas de tartán colgaban entre las columnas de piedra y sobre las largas mesas de madera. Las antorchas ya habían sido encendidas a pesar de que aún era temprano, pues la constante lluvia y el cielo encapotado apenas dejaban entrar luz por las estrechas ventanas del castillo.

Algunas mujeres acomodaban arreglos sencillos hechos con ramas de pino, brezo y pequeños racimos de acebo. Más al fondo, varios hombres movían barriles de cerveza y whisky cerca de las paredes, mientras otros colocaban tablas adicionales sobre los soportes de madera para extender las mesas y hacer espacio para todo el clan.

—¿Siempre decoran tan rápido? —preguntó Brianna, observando a todos moverse de un lado a otro.

Helen sonrió apenas, sin detener el paso.

—Las bodas del clan son importantes. Y con este clima, todos querrán permanecer dentro del castillo hasta el amanecer.

Aquello no tranquilizó a Brianna en absoluto. Más bien, la hizo pensar en su propio matrimonio.

—Helen, si Ian y yo nos hubiéramos casado aquí, frente a todo el clan, ¿me habrían aceptado desde el principio y no dudarían de quién es su esposa, cierto? —preguntó Brianna una vez estuvieron fuera del salón, ya en los pasillos silenciosos del castillo que conducían hacia las habitaciones.

El paso de Helen aminoró un poco, dejando entrever su duda sobre si debía responder o no.

—Tal vez —respondió finalmente, sin mirarla, hasta que llegaron a la habitación de Ian, donde Brianna se estaba quedando con Aurora. Entonces Helen giró el rostro hacia ella—. Los escoceses somos algo recelosos con lo que no conocemos. Una ceremonia en el gran salón no habría borrado tu origen de la noche a la mañana, pero les habría dado una imagen que respetar, un juramento que no podrían ignorar. Ahora, sin eso, solo tienen rumores… y una cara bonita que nunca antes habían visto en estas tierras.

El fuego en la chimenea mantenía la estancia bastante cálida, alejando el frío intenso del exterior.

Brianna solo asintió, sin nada que decir. Ya todo estaba hecho y no podían volver el tiempo atrás. De nada valía reclamarle a Ian por no haber hecho las cosas bien desde el inicio de su matrimonio.

Él había sido sincero con ella, le confesó que la amaba y ella le dio otra oportunidad.

Todo habría sido más fácil si Ian hubiera demostrado que seguía siendo un granuja, pero ya no era ese hombre con el que se casó. Era diferente, y se lo estaba demostrando al querer enfrentar a todo su clan, a su propia gente, por ella.

—Déjame ver qué tienes en esos baúles, muchacha —habló Helen, sacándola de sus pensamientos mientras se acercaba a los baúles cerrados acomodados frente a la cama.

Brianna observó cómo la mujer los abría y comenzaba a rebuscar entre vestidos y abrigos. Verla así, queriendo ayudarla, le hizo liberar un peso que no sabía que había estado cargando desde que llegó.

Helen era una persona importante para Ian, y el recibimiento que le dio al principio le había hecho pensar que no le agradaría. Pero verla ayudándola ahora, dándole consejos y preocupándose por ella, consiguió que Brianna se sintiera un poco más segura en ese momento.

Lo suficiente como para creer que sí podía bajar a ese salón… y enfrentar a todo un clan.

Capítulo 7

—¿Solo tienes vestidos de seda? —preguntó Helen, dejando otro vestido sobre la cama.

Brianna se había sentado en una silla y apoyaba los codos sobre las rodillas, sosteniendo el mentón sobre una de sus manos.

—Y de muselina —agregó Brianna sin cambiar de posición.

Mientras observaba a Helen sacar vestido tras vestido, pensó en qué hora podría ser y qué haría con Aurora mientras ella estuviera en la boda.

En ese momento su hija estaba con Blair y Mòrag, quienes habían pedido cuidarla un rato. Mòrag quería fortalecer su vínculo de abuela con la niña, y solo lo lograría pasando tiempo con ella. Pero a la hora de la boda no habría nadie disponible para cuidar de Aurora.

—Mejor déjalo, Helen —dijo, enderezando la postura para quedar más recta—. Igual no podré asistir.

Helen detuvo sus movimientos y se giró hacia ella con el vestido borgoña entre las manos.

—¿Y ahora qué tontería se te ha metido en la cabeza, muchacha? —replicó Helen mirándola con el entrecejo fruncido. Luego llevó una mano a la cintura.

—No tengo con quién dejar a mi hija, y ella es muy pequeña para asistir a estos eventos.

Helen la miró unos segundos en silencio y luego soltó una breve risa nasal, como si Brianna acabara de decir algo absurdo.

—¿Pequeña? —repitió, haciendo que Brianna frunciera ligeramente el ceño. Helen levantó el vestido a la altura de los hombros para observarlo mejor, soltando pequeñas carcajadas—. Aurora no será la única niña correteando por el gran salón esta noche —continuó,

dejando el vestido borgoña apartado de los demás—. Además, Mòrag no soltará a esa niña ni aunque el castillo se incendiara. Esa mujer pasó demasiados años lejos de su familia como para desaprovechar ahora a su nieta.

—Vaya —musitó Brianna, algo sorprendida al saber que ellos permitían la presencia de niños en celebraciones como esas—. No creí que fueran tan diferentes.

Helen le dedicó una amplia sonrisa.

—Debes dejar de pensar como inglesa, cariño. Estás en Escocia, aquí no somos tan estrictos con las normas. Somos educados, pero tampoco tan estirados como ustedes —bromeó Helen—. Sin ofender.

Brianna negó enseguida con la cabeza.

—No me ofende —dijo Brianna, observando el montón de vestidos sobre la cama—. Siendo inglesa, muchas veces me he cansado del sistema tan estricto que seguimos.

Suspiró un poco y miró a Helen con más confianza.

—Mis hermanas y yo hemos vivido en Nueva Orleans desde hace tres años. Hemos perdido algunas costumbres inglesas, pero nuestra educación...

—Aún sigue arraigada en ustedes —terminó Helen por ella.

—Sí —respondió Brianna con un suspiro.

—Bueno, aquí con nosotros aprenderás a olvidar esas absurdas reglas, sassenach —dijo Helen divertida, abrazándola por los hombros. Luego la soltó y se dirigió al vestido borgoña que había apartado—. Con este te verás perfecta, y es una tela más gruesa que la de tus otros vestidos, te protegerá mejor. Pero Ian debe mandar a hacerte más vestidos que te ayuden a adaptarte a este clima.

El vestido era bonito. Era uno de los tantos que Ian había ordenado confeccionar aquella vez en el *atelier de madame Eloise*. La cintura se ajustaba justo bajo el busto, las mangas eran largas hasta las muñecas y el escote moderado. Una fina capa de encaje oscuro suavizaba el borde del corpiño, mientras pequeñas costuras doradas

recorrían discretamente la tela, apenas visibles bajo la luz. La falda caía pesada y abundante hasta rozar el suelo.

—Me gusta —asintió Brianna.

—Perfecto —exclamó Helen, dejando el vestido sobre la cama, a un lado de los otros—. La boda debe comenzar en dos horas. Creo que es tiempo suficiente para que tú y la niña estén listas.

—Es más que suficiente —aseguró Brianna, brindándole una sonrisa a la mujer—. Gracias, Helen.

—No hay de qué, querida —respondió Helen con un gesto amable, restándole importancia a su ayuda—. Ahora, ponte ese vestido.

Mientras Helen recogía los vestidos que había dejado sobre la cama, Brianna se cambiaba el vestido que estaba usando por el borgoña detrás del biombo que había en un rincón de la habitación. Ian había hecho que lo llevaran ese mismo día, después del almuerzo, junto con un espejo de cuerpo completo.

Brianna se observó en el espejo, notando cómo el color borgoña resaltaba la palidez de su piel y el rubio de su cabello, el cual decidió dejar suelto para que cubriera al menos parte de su cuello del frío. Una vez lista, Helen la ayudó a ajustar los últimos ganchos de la espalda que ella sola no pudo alcanzar.

—Iré a por Aurora —anunció Brianna, sintiendo un leve cosquilleo de nerviosismo en el estómago al pensar en el salón lleno de gente rodeándola y observándola. Aun así, respiró hondo, obligándose a serenarse.

—Yo debo bajar a supervisar que los barriles de cerveza y whisky estén en su sitio antes de que los hombres pierdan la compostura. Nos vemos más tarde —dijo Helen con un guiño.

Después de que Helen la dejara sola en la habitación, Brianna buscó a Aurora y la vistió y peinó también. Luego ambas se colocaron los abrigos de piel y los guantes.

Antes, Brianna había querido parecer más fuerte quitándose los guantes, pero si no hubiera sido por Ian, quien volvió a colocárselos, habría terminado con las manos congeladas. Debía aceptar que no

era como aquellas mujeres escocesas. Sí, pudo haber trabajado durante tres años, maltratando sus delicadas manos, pero eso no la hacía resistente al feroz frío de las Tierras Altas.

Una hora más tarde, Brianna bajó al gran salón con Aurora de la mano, y detrás de ella iban Mòrag y Blair, quienes habían ido a buscarla a la habitación. El salón estaba casi vacío y la decoración ya estaba lista.

—Seguro la mayoría ya debe de estar en la parroquia —dijo Mòrag al ver el salón casi desierto, excepto por algunos empleados que colocaban copas y cuencos sobre las mesas.

Aunque sabía que Ian no estaba allí, Brianna no pudo evitar buscarlo con la mirada, sintiendo un pequeño aguijón en el pecho al pensar que seguramente él también ya estaría en la parroquia.

—Vamos —la llamó Mòrag mirándola. Brianna no se había percatado de que ellas ya habían avanzado algunos pasos.

—Por supuesto —murmuró, acercándose a ambas.

Al salir, el aire frío las golpeó con fuerza. Brianna sintió cómo se le erizaba el cuerpo por completo a pesar de llevar el abrigo de piel. Enseguida miró a su hija y la vio encogerse sobre sí misma. Rápidamente la tomó en brazos, abrazándola para cubrirla mejor.

Además del frío, una llovizna persistente caía sobre el castillo y los alrededores. Antes de hablar, Brianna miró a su alrededor esperando encontrar algún carruaje o transporte que las llevara a la capilla, pero no había nada.

—Por Dios, nunca pensé que hiciera tanto frío aquí —comentó Blair, guardando las manos dentro del abrigo.

—Sí, pero al parecer este año hace más frío de lo normal —respondió Mòrag, aunque ninguna se atrevió a avanzar.

—Creo que me quedaré en el castillo —avisó Brianna, abrazando más a su hija y dando un paso atrás—. No puedo avanzar con este frío y esta lluvia llevando a Aurora conmigo. Ella no está acostumbrada a este clima y puede enfermar.

Mòrag asintió, dándole la razón.

—Ian debió al menos haber ordenado un carruaje para ustedes —mencionó Blair con el ceño fruncido.

Brianna bajó ligeramente la cabeza, dándole la razón a Blair en silencio. Ya lo había pensado, pero prefirió callar, porque en el fondo había esperado que Ian fuera a buscarlas a la habitación. Pero, en vez de eso, ni siquiera estaba por los alrededores.

—Debo entrar —dijo ella sin más, dándoles la espalda para refugiarse en el salón cálido gracias a la enorme chimenea y las antorchas.

Mòrag y Blair la siguieron también hacia el interior.

—Nosotras tampoco iremos —dijo Blair tomando asiento mientras se arropaba mejor con el abrigo—. Aún no conocemos a nadie en este clan.

—Apenas llevamos un día, Blair. No busques lo negativo en este lugar —reprendió Mòrag con suavidad.

—Solo pienso que hemos hecho mal en venir —continuó Blair, encogiéndose de hombros—. En Nueva Orleans estaríamos mejor, al menos el invierno allí es más suave y llevadero.

—Blair, eres escocesa, basta ya de rechazar a tu pueblo —reprendió Mòrag, haciendo que Blair apretara los puños.

—Ese mismo pueblo te vendió, madre. ¿Cómo puedes seguir defendiéndolo? —acusó Blair, entrecerrando los ojos.

Brianna observaba a ambas mujeres sin decir una palabra, mientras acurrucaba y calentaba el cuerpecito de su hija.

—Pero no todos son iguales. No puedo culpar a todo un país por lo que me pasó, Blair. Ya basta de justificarte por mi pasado.

Blair resopló, girando el rostro hacia el lado contrario de Mòrag.

El silencio entre ellas se instaló durante varios minutos, escuchándose solo el sonido del viento afuera y el crepitar del fuego del hogar. Brianna aprovechó aquel silencio para pensar en la posibilidad que se le había ocurrido esa mañana para salvar su matrimonio y demostrar que ella era la esposa verdadera y actual de

Ian. La posibilidad era mínima, pero mientras existiera, habría esperanza.

—Al parecer Helen también se adelantó —mencionó Brianna, rompiendo el silencio sofocante.

—Ella mencionó que lo haría, que nos esperaría allí —respondió Mòrag, acomodándose en la silla.

Brianna solo asintió, preguntándose por qué Ian, de repente, parecía haberse olvidado de ellas.

Media hora después, Blair había servido a las tres un poco de whisky. Al principio Brianna se negó a beberlo.

—Bébelo, hará más soportable el frío —le aconsejó Mòrag, bebiendo un sorbo de su cuenco.

Lo hizo, y el sabor la repugnó, pero después del cuarto sorbo el líquido comenzó a parecerle menos desagradable, y el frío de su cuerpo empezó a disminuir, haciéndola sentir mejor.

—Ahora entiendo por qué los hombres y algunas mujeres siempre llevan un poco de whisky consigo —comentó Brianna, dejando el cuenco a un lado.

Aurora se había bajado de su regazo para subirse a una de las sillas y tomar de la mesa ya servida un pedazo de pudín que descansaba sobre una bandeja de plata.

—¡Aurora! —susurró Brianna alarmada, avanzando hacia ella entre las personas que continuaban acomodando el salón.

Pero antes de que pudiera alcanzarla, una de las sirvientas apareció apresurada desde el otro extremo de la mesa y apartó la mano de la niña con brusquedad.

—¡Eso aún no es para ti, niña! —regañó en gaélico, arrebatándole el trozo de pudín de las manos.

Aurora abrió los ojos sobresaltada por el tono severo y bajó rápidamente de la silla, escondiéndose detrás de las faldas de Brianna justo cuando ella llegaba a su lado.

—Lo siento —se apresuró a decir Brianna en inglés. Trató de sonar tranquila, pero no le había gustado nada la forma en que había

tratado a su hija—. Ella no sabía.

—La niña no debe tocar la comida antes de que lleguen los recién casados —recriminó la mujer en un inglés forzado.

Brianna sintió cómo algo dentro de ella se tensaba al escucharla referirse a Aurora de aquella manera tan fría, como si fuera una molestia más dentro del salón, aun siendo la hija del laird. Miró a su hija, todavía aferrada a su vestido, confundida y asustada.

—Entiendo perfectamente eso —respondió Brianna con seriedad y firmeza—. Pero no volverás a tratar así a mi hija.

La mujer parpadeó, y algunas de las mujeres que colocaban las carnes asadas sobre las mesas levantaron la vista discretamente.

Brianna mantuvo la postura recta, mirando a la sirvienta con el entrecejo fruncido.

—Si hubiera hecho algo indebido, bastaría con decirlo —continuó sin alzar la voz, sabiendo que la sirvienta la entendía—. Aurora es una niña, no un animal al que debas apartar de esa manera.

La sirvienta desvió la mirada un instante, incómoda.

—No... fue mi intención faltar al respeto, milady —murmuró finalmente, aunque las palabras parecieron costarle salir.

Brianna sostuvo su mirada apenas un segundo más antes de asentir con suavidad.

—Bien. Que no vuelva a ocurrir.

La mujer asintió y regresó rápidamente a sus tareas.

Durante unos segundos más, Brianna permaneció inmóvil hasta que tomó a Aurora en brazos. Luego observó cómo seguían agregando más y más comida sobre las mesas.

«¿Protestar por un pedazo de pudín cuando hay tanta abundancia? ¡Ridículo!», pensó Brianna, observando cómo las sirvientas iban y venían cargando enormes bandejas de carne asada que desprendían un aroma intenso y especiado.

Colocaban fuentes de cordero, venado y aves doradas junto a cestas rebosantes de pan de avena y bannocks aún calientes. Grandes

ruedas de queso eran acomodadas sobre tablas de madera, acompañadas por mantequilla, nabos cocidos y recipientes humeantes de sopa espesa.

Los dulces tampoco faltaban. Bandejas de shortbread recién horneado, tartas de manzana y pequeños pasteles de frutas secas comenzaban a ocupar espacio sobre las mesas. El pudín que Aurora había intentado tomar fue finalmente colocado en el centro de una de las mesas principales, cubierto con una ligera capa brillante de miel y especias.

Brianna volvió a su lugar con Aurora aferrada a ella.

—Yo le habría soltado un par de bofetadas —mencionó Blair—, pero mi madre me detuvo —señaló a Mòrag, que negó con la cabeza.

—No valía la pena. Solo habrían complicado más las cosas para ustedes —mencionó Mòrag—. Pero admito que sí me molestó cómo trató a Aurora. Aunque supiste defenderla como toda una inglesa —le sonrió Mòrag con orgullo.

—Aunque la opción de Blair no suena tan mal —admitió Brianna, haciendo que Blair le sonriera a su madre con suficiencia—. Molestarse solo por un pedazo de pudín —bufó, todavía un poco molesta.

—Es una tradición esperar a que los recién casados estén presentes antes de comenzar el banquete —explicó Mòrag.

—Entiendo lo de las tradiciones, Mòrag, pero no es una excusa para la falta de modales —replicó Brianna en voz baja, acariciando el cabello de Aurora para calmarla.

La pequeña ya parecía haberse olvidado del pudín, distraída observando el ambiente.

De pronto, el murmullo y la música vibrante de las gaitas comenzaron a resonar desde el exterior del castillo. El sonido atravesó los muros de piedra y provocó que los pocos presentes se irguieran y dirigieran la mirada hacia las grandes puertas de roble.

Blair se cruzó de brazos y Mòrag levantó ligeramente el mentón para observar.

—Ya vienen —anunció Blair.

Las puertas se abrieron de par en par, dejando entrar una ráfaga de aire frío que hizo oscilar las llamas de las antorchas en las paredes. Brianna sintió que el corazón le daba un vuelco involuntario. A pesar de la firmeza que había mostrado minutos antes, la realidad de la celebración y lo que aquello representaba para su posición y la de Aurora dentro del clan la golpeó de nuevo.

Observó cómo la multitud se apartaba y creaba un pasillo humano para recibir a los recién casados.

Los primeros en entrar fueron los músicos, dejando que el sonido de las gaitas y los violines llenara el gran salón con una melodía viva. Detrás de ellos aparecieron los recién casados con expresiones radiantes.

La novia llevaba un vestido de lana fina color marfil, sencillo, pero adornado con delicados bordados. Un manto grueso cubría sus hombros, sujeto al pecho con un broche de plata labrada. El esposo, por su parte, vestía un kilt en tonos verdes y azules, acompañado de una chaqueta oscura ajustada y una banda cruzándole el pecho.

Apenas cruzaron completamente las puertas, el salón estalló en aplausos y vítores que hicieron sobresaltar a Brianna en su lugar, porque ella había estado más pendiente de la entrada de Ian que de la de los propios recién casados.

Aquel estallido de felicidad la hizo volver a la realidad que representaba estar entre los miembros del clan. Pero si había podido enfrentarse a una de ellos, aunque solo hubiera sido una sirvienta, ahora se sentía más segura de poder afrontar al resto.

Su error había sido pensar que no podía. Que no tenía derechos allí. Pero ella era Brianna Dunmond Straton. Y no volvería a bajar la cabeza ante ningún escocés.

Capítulo 8

Cuando Ian entró en el gran salón, la celebración ya estaba en pleno apogeo.

Las gaitas resonaban con fuerza entre los muros de piedra, mezclándose con las risas, los brindis y el constante sonido de las jarras de cerveza chocando unas contra otras. El calor del lugar contrastaba con el frío que se colaba desde el exterior cada vez que alguien abría las enormes puertas del castillo.

Ian apenas se había retrasado quince minutos para averiguar por qué su esposa, su madre y su hermana no habían llegado a la parroquia para la boda, especialmente cuando él mismo había ordenado preparar un carruaje para ellas.

Antes, se había adelantado porque, después de todo, no podía llegar junto a Brianna. Y había preferido que Mòrag y Blair le hicieran compañía durante el trayecto. Disimuladamente había logrado retrasar la ceremonia un poco, esperando verlas bajar del carruaje. Pero cuando comprendió que no llegarían, permitió que todo comenzara. Aun así, antes de presenciar la ceremonia, había ordenado a uno de sus hombres volver para averiguar si había ocurrido algo.

Y sí había ocurrido algo. El cochero le confirmó que Marion había hablado en su nombre, asegurando que ya no necesitaban el carruaje.

Ian había sentido una furia tan intensa al escucharlo que por un momento pensó en descargarla sobre el hombre, pero se contuvo, el hombre no tenía la culpa, simplemente creyó que obedecía órdenes.

Ahora, mientras avanzaba entre la multitud, buscó a Marion entre los miembros del clan. Quería ver si tenía el descaro suficiente para presentarse a la celebración después de lo que había hecho.

Pero no la encontró, y aquello solo hizo que Ian apretara los puños con más fuerza. Porque sabía perfectamente lo que Marion intentaba hacer. Quería que Brianna se sintiera aislada y olvidada. Y no solo ella, sino también su madre y Blair.

Ian observó alrededor mientras varios hombres brindaban cerca de los barriles de whisky y las mujeres servían más comida sobre las largas mesas. Suspiró pesadamente y apartó a Marion de su mente por un instante.

Ella recibiría su castigo tarde o temprano.

Ahora debía encontrar a Brianna y explicarle lo que había pasado.

Caminó hacia su silla, que en esos casos de celebración, era colocada sobre una tarima ligeramente más alta para que el laird pudiera observar el salón completo desde allí.

Sin sentarse, recorrió con la mirada la multitud que llenaba el gran salón del castillo. Algunos hombres ya bailaban junto a las mujeres del clan, y varios niños corrían entre las mesas y las personas. Ian entrecerró los ojos buscando el cabello rubio e inconfundible de su mujer entre tanta gente comiendo, bebiendo, bailando y moviéndose de un lado a otro, hasta que la encontró.

Estaba al otro extremo del salón, en un rincón de una de las mesas, en compañía de su madre y de Blair. Ian la observó durante varios segundos, contemplando la expresión seria de Brianna mientras miraba alrededor. No parecía estar disfrutando nada de la celebración.

Aquello lo hizo sentirse culpable y miserable.

«La trajiste aquí para ser feliz tú, pero ella no lo es».

Ian apretó ligeramente la mandíbula al escuchar aquella molesta voz en su cabeza. Continuó observándola hasta que Brianna giró el rostro y sus miradas finalmente se cruzaron. Él le dedicó una pequeña sonrisa como disculpa, pero ella solo lo miró con fijeza.

—Sí, está enojada —murmuró para sí mismo, consciente de que nadie podría escucharlo entre el estruendo de las gaitas y los violines.

Con un suspiro, bajó de la tarima dispuesto a ir hacia ella para explicarle lo ocurrido con el carruaje. Pero apenas dio unos pasos, Colum lo interceptó.

—¡Ian! —exclamó el anciano, colocando una mano sobre su hombro con afecto—. Me alegro de que hayas regresado por fin al clan. No tuve tiempo de decírtelo en la parroquia.

Colum era uno de los hombres más ancianos y respetados del clan. A pesar de su edad, seguía siendo alto y algo corpulento, pero ya tenía los hombros encorvados por los años y una espesa barba gris que le cubría casi todo el rostro.

Ian asintió, conteniendo la impaciencia por llegar hasta Brianna.

—Ansiaba regresar con los míos —respondió.

—Lo sé, lo sé. Nosotros los escoceses amamos estas tierras —continuó Colum—. Me siento orgulloso de ser escocés… y del legado que he creado.

El anciano señaló a su nieta, que bailaba y reía cerca de los músicos mientras varios miembros del clan golpeaban las mesas siguiendo el ritmo de la música.

—Tú debes empezar a crear el tuyo, muchacho, y más ahora que Aisla ha regresado de entre los muertos. Un verdadero milagro.

Ian apretó la mandíbula, imaginando hacia dónde se dirigía aquella conversación.

—Colum —lo detuvo—, respeto mucho tus decisiones dentro del clan, tu sabiduría y tus consejos, pero no es con Aisla con quien continuaré mi legado.

Colum lo miró serio durante un segundo. Luego soltó una risa divertida y le dio una palmada sobre el hombro.

—Nunca habías sido tan gracioso, muchacho. Siempre demostraste ser demasiado serio en todos los aspectos —rio Colum—. Por supuesto que Aisla será una madre divina para tus hijos.

En ese momento, Aisla pasó frente a ellos como si hubiera sido invocada por la conversación. Colum la detuvo tomándola del brazo con suavidad.

—Milady —dijo el anciano con evidente alegría.

Aisla los observó con el ceño ligeramente fruncido y luego retiró el brazo con delicadeza.

—Sí —respondió ella, alejándose un paso de ambos.

Ian observó mejor al viejo y finalmente comprendió que estaba bastante pasado de whisky. Aquello explicaba un poco su comportamiento.

—El laird y yo estamos hablando de sus futuros hijos —anunció Colum con total naturalidad.

Ian cerró los ojos un instante, pensando en cómo salir del radar del anciano, mientras veía la expresión de sorpresa y desconcierto en el rostro de Aisla.

—¿H... hijos? —preguntó ella, parpadeando como si acabara de despertarse de un sueño.

—Así es. Ustedes, como marido y mujer, tienen el deber de darle al clan el próximo laird y... —dejó de hablar cuando su atención se desvió hacia alguien más—. Disculpen, mi hijo me está llamando. Enseguida regreso para hacer el brindis.

Y sin más, el anciano se alejó entre la multitud.

—¿De qué está hablando Colum? ¿Hijos? —preguntó Aisla casi con desesperación.

Ian negó lentamente con la cabeza, queriendo estrangular a Colum por meterlo en semejante situación.

Observó a Aisla con atención, intentando comprender qué tipo de respuesta buscaba realmente. Pero la expresión de ella lo confundía. Podía ser terror ante la idea de tener hijos con él… o esperanza de que aún existiera algo entre ambos.

Se pasó una mano por la nuca sin saber exactamente qué decir.

—Creo que deberíamos hablar tranquilamente de eso mañana —dijo al final.

Aisla seguía mirándolo, esperando una respuesta más clara.

—¿Mañana? —susurró ella, asintiendo lentamente—. Sí... creo que está bien. Deberíamos hablar y dejar claro cómo se van a hacer las cosas.

Ian asintió una vez más, queriendo entender qué significaban realmente aquellas palabras de Aisla. Hubo un tiempo, años atrás, en el que le resultaba fácil interpretarla, leer cada gesto de su rostro. Pero al parecer eso también se había perdido. O tal vez ambos habían cambiado tanto que ya no se reconocían como antes.

—¡Hagamos el brindis! —anunció Colum, llegando nuevamente hasta ellos, aunque esta vez acompañado de su hijo.

—Mañana hablaremos —le aseguró Ian a Aisla. Ella solo asintió.

El anciano guio a Ian de vuelta hacia la tarima, dejando a su hijo y a Aisla abajo. El bullicio del salón comenzó a disminuir poco a poco.

—¡Por mi nieta y su esposo! —declaró Colum, alzando el cuenco de whisky—. ¡Que tengan inviernos cálidos, hijos fuertes y una casa llena de abundancia! ¡Que nunca falte comida en su mesa ni fuego en su hogar!

Un coro de voces repitió el brindis entre aplausos, risas y golpes sobre las mesas de madera. Varios cuencos chocaron al mismo tiempo, haciendo resonar el salón.

—Y ahora... —continuó Colum, carraspeando mientras apoyaba una mano algo tambaleante sobre el hombro de Ian—. Creo que este clan tiene otra razón para alzar las copas esta noche.

Ian tensó la mandíbula al comprender hacia dónde se dirigían aquellas palabras.

—Colum... —advirtió en voz baja.

Pero el anciano no le hizo caso. Solo apretó más el agarre sobre su hombro y luego señaló hacia Aisla, que permanecía frente a la tarima.

—¡Lady Aisla Dunmond, esposa de nuestro laird, ha regresado a este clan después de que todos creyéramos que el Señor la había reclamado para sí! Pero Dios y los antiguos espíritus de estas tierras la devolvieron a donde pertenece.

El anciano le hizo una seña a Aisla para que subiera junto a ellos. Ian permaneció rígido, mirando directamente a Brianna, quien

parecía algo perdida ante las palabras pronunciadas por Colum en gaélico.
Aisla negó suavemente con la cabeza, dejando claro que no quería subir. Pero las personas a su alrededor comenzaron a insistirle, prácticamente empujándola hacia la tarima hasta que no tuvo más opción que subir y colocarse al lado de Ian.
Brianna se tensó al verla subir. Ella también se había levantado de su asiento, igual que todos los demás, comprendiendo que se trataba de un brindis al ver al anciano junto a Ian levantar el cuenco y pronunciar unas palabras que el resto del salón recibió con entusiasmo.
Incluso había sonreído unos segundos antes, contagiada por la alegría bulliciosa que impregnaba el ambiente. Pero la sonrisa desapareció por completo en cuanto vio a Aisla ocupando el lugar que debía ser suyo.
Apretó las manos alrededor del cuenco que sostenía con tanta fuerza, solo para no gritar delante de todos.
Colum levantó aún más el cuenco, sonriendo ampliamente.
—¡Por el regreso de la esposa del laird Dunmond!
El salón estalló una vez más en vítores y Brianna sintió que el aire se volvía más pesado a su alrededor. No había entendido exactamente las palabras del anciano, pero no necesitaba conocer el idioma para comprender que aquel brindis había sido dedicado a Ian y Aisla.
El reconocimiento y la aceptación que el clan mostraba hacia Aisla, aun sabiendo que ella estaba presente, la hicieron sentirse insignificante. Y una vez más comenzó a dudar de si podría convertirse en la esposa que Ian necesitaba.
Muchos bebieron sin siquiera mirarla. Otros sí lo hicieron, pero discretamente, queriendo ver cómo reaccionaría la inglesa, la mujer que gran parte del clan seguía creyendo que era la amante del laird.
Ian permaneció inmóvil sobre la tarima, con la expresión endurecida y la mandíbula tensa. Aisla tampoco parecía cómoda y, en cuanto tuvo la oportunidad, bajó rápidamente de la tarima.
Brianna desvió la mirada, buscando a Aurora entre los niños que corrían y jugaban cerca de una de las mesas.

—Brianna... —la llamó Blair con expresión de disculpa por lo que había sucedido segundos antes. Brianna negó levemente con la cabeza y luego miró a Mòrag, que tenía exactamente la misma expresión.
—Regresaré a mi habitación. Estoy... cansada —dijo, apartando la mirada mientras buscaba desesperadamente a su hija entre la multitud.
Necesitaba salir de allí. Del salón. Del castillo. De Escocia.
El pensamiento se instaló con fuerza en su mente, sobre todo al comprender que, hiciera lo que hiciera, el clan jamás la aceptaría voluntariamente.
—No te vayas. Espera un rato más y diviértete —le pidió Mòrag—. Mi hijo vendrá a ti con una explicación. Recuerda que, para él, solo tú eres su esposa.
Mòrag intentó convencerla, pero Brianna negó con la cabeza.
—No puedo —fue lo único que dijo.
Luego se alejó, acercándose al grupo de niños hasta encontrar a Aurora entre ellos. La tomó en brazos y se marchó sin importarle quién pudiera estar observándola. Ella tenía orgullo y dignidad. No tenía por qué soportar la presencia de Aisla, ni aquella humillación pública, ni mucho menos las miradas constantes de los escoceses. Ni siquiera volvió a mirar hacia la tarima donde Ian ahora estaba rodeado por varios hombres del clan.
Al salir del salón, respiró con algo más de normalidad. El ruido de las gaitas quedó atrás, amortiguado por los gruesos muros de piedra.
—Mamá, ¿por qué nos vamos? —preguntó Aurora, alzando la cabeza hacia ella.
—Ya es tarde, terroncito. Es hora de dormir, y mañana nos espera un largo viaje —respondió Brianna, fingiendo una sonrisa para su hija.
Pero cuando se dirigía hacia la habitación, se encontró con Aisla recostada contra la pared de piedra de uno de los pasillos.
Brianna se detuvo en seco, mirando a la castaña. Entrecerró los ojos cuando Aisla le devolvió la mirada. Llevaba un abrigo de piel un poco menos grueso que el suyo y un vestido mucho más escocés, confeccionado en lana fina. La falda de color musgo rozaba el suelo,

mientras la parte superior estaba adornada con cuadros en tonos azules y rojos.
Durante unos segundos ninguna habló. Solo se escuchaba el sonido lejano de las gaitas y las risas apagadas que provenían del salón.
Aisla se separó lentamente de la pared, como si fuera a decir algo. Pero Brianna habló primero.
—No sé qué esperas de todo esto —dijo, sintiendo cómo la rabia y la humillación todavía le ardían dentro del pecho—. No sé si piensas que puedes regresar después de tantos años y encontrar todo exactamente como lo dejaste.
Aisla abrió apenas los labios, pero Brianna continuó antes de que pudiera responder.
—Porque mientras tú estabas lejos, Ian siguió adelante. Se casó conmigo y tuvimos una hija, a la que le estás quitando su lugar —la voz se le quebró apenas en las últimas palabras, aunque mantuvo el mentón en alto—. Tal vez fuiste su esposa una vez, no lo niego —continuó, sintiendo cómo los ojos comenzaban a humedecérsele por la mezcla de dolor y enojo—. Pero ahora Ian es mi esposo.
Aisla permaneció inmóvil, observándola fijamente. Aquello solo hizo que Brianna sintiera más desesperación, porque no había desprecio en el rostro de la castaña. Ni burla. Ni provocación. Y eso, de alguna manera, hacía todo mucho más difícil.
Antes de darle tiempo a Aisla de responder, pasó por su lado con Aurora en brazos y continuó caminando por el pasillo, aferrándose a la poca dignidad que aún conservaba.

Capítulo 9

Ian aún estaba atrapado entre varios hombres que lo habían rodeado después del absurdo brindis que Colum había hecho en su nombre y en el de Aisla.

El gran salón seguía envuelto en música, risas y el constante sonido de los cuencos chocando unos con otros. Pero para Ian, toda aquella celebración comenzaba a sentirse sofocante. Ya ni siquiera sabía cómo manejar las cosas sin volver a convertirse en el mismo hombre frío y severo de tres meses atrás. Pero, dadas las circunstancias, empezaba a pensar que tendría que volver a imponer las mismas reglas.

—Hizo bien en no traer a esa sassenach durante todo este tiempo, laird —dijo uno de los hombres con una risa ahogada. Ni siquiera era un anciano ni un jefe de familia para atreverse a decir algo semejante.

—Sí, después de todo, la verdadera lady del clan ha regresado —añadió otro, alzando el cuenco de whisky.

Ian los fulminó con la mirada.

—Si vuelven a decir una palabra más sobre mi mujer, olvidaré que ustedes son miembros de mi clan —advirtió con voz firme, haciendo que las risas murieran de inmediato y que los hombres enderezaran la postura—. Es tiempo de que entiendan que las cosas con Aisla no continuarán. Di órdenes precisas de tragarse cualquier comentario respecto a Brianna.

Los hombres desviaron la mirada y bajaron ligeramente la cabeza, avergonzados por lo que acababan de decir.

—Ian, muchacho —intervino otro de los ancianos que había permanecido cerca, sosteniéndose del bastón con ambas manos—.

¿En serio pretendes quitarle el lugar a tu primera esposa por una sassenach?

Ian apretó la mandíbula.

—Brianna también es mi esposa.

—Ese matrimonio queda invalidado tras el regreso de Aisla —añadió el anciano, mirándolo fijamente—. Pero no creo que sea conveniente hablar de esos asuntos durante una celebración tan importante como esta boda.

Ian respiró hondo para contener el enojo que comenzaba a hervirle bajo la piel.

—He convocado al consejo para una reunión mañana a primera hora. No toleraré retrasos… y tampoco aceptaré una solución en la que Brianna tenga que salir de mi vida.

Y sin más, les dio la espalda, dejando un silencio incómodo entre el grupo. Estaba siendo demasiado tolerante con el clan respecto a Brianna. Pero ya era hora de pensar menos en el clan y más en su familia.

Llegó hasta donde había visto a Brianna antes, pero no la encontró. Solo vio a su madre y a Blair sentadas junto a una de las mesas. Frunció el ceño y miró más allá de ellas, buscándola entre la multitud.

—¿Dónde está Brianna? —preguntó a Blair apenas estuvo frente a ella.

Su hermana arqueó una ceja y luego bebió un sorbo de whisky antes de responder.

—¿Ahora te preocupa ella? —inquirió Blair con la misma expresión dura—. No entiendo para qué querías que viniéramos a Escocia contigo. Ni siquiera puedes poner a tu esposa en su lugar, y mucho menos eres capaz de decir públicamente que tu verdadera madre es Mòrag. Empiezo a pensar que no tienes verdadero poder sobre tu gente, hermano.

Ian fulminó a Blair con la mirada mientras ella le sostenía la suya sin retroceder.

—No hables de lo que no entiendes, Blair. Tener un título y cargar con un clan entero no es tan sencillo como crees —replicó Ian, bajando la voz para no atraer más atención de la necesaria—. ¿Hacia dónde fue?

Blair suspiró. Su expresión se suavizó apenas al notar la angustia evidente en los ojos de su hermano. Dejó el cuenco de whisky sobre la mesa y señaló con la barbilla hacia una de las grandes puertas de roble que daban al exterior del salón.

—Salió hace unos minutos, justo después de que Colum decidiera que era una excelente idea celebrar el regreso de Aisla como tu esposa y compañera —respondió con amargura—. Si yo fuera ella, ya estaría a mitad de camino de regreso a Nueva Orleans. No sé qué esperabas, Ian.

Ian no se quedó a escuchar el resto del reproche. Porque, después de todo, Blair tenía razón en todo. Se abrió paso entre los presentes, ignorando los saludos y las manos que intentaban detenerlo para hablarle sobre la supuesta bendición que significaba el regreso de su primera esposa. Cuando cruzó el umbral del salón, el aire frío y silencioso del castillo golpeó su rostro acalorado por la rabia y el tumulto de gente.

Miró hacia un lado del pasillo y luego hacia el otro, entrecerró los ojos al distinguir una figura femenina acercándose lentamente bajo la luz de las antorchas.

—Acaba de irse por ese pasillo —señaló Aisla con voz tensa cuando estuvo frente a él.

Ian se tensó de inmediato al pensar que ambas se habían encontrado frente a frente.

—¿Hablaste con ella? —preguntó con cautela.

—No exactamente —respondió la castaña, cruzándose de brazos—. Ella habló… y yo solo escuché.

Ian ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Habló? —Aisla asintió y luego soltó una pequeña risa sin humor —. ¿Qué te dijo?

Aisla se encogió de hombros, todavía abrazándose a sí misma.

—Que regresé demasiado tarde, y que tú eres su esposo —Ian arqueó las cejas un poco sorprendido. Después de todo lo ocurrido en el salón, no esperaba que Brianna aún lo reclamara como suyo—. Ella te quiere —continuó Aisla.

Ian la miró mientras asentía despacio.

—Espero que siga haciéndolo después de todo esto —admitió finalmente, dejando escapar parte de la angustia y frustración que llevaba acumulando desde que llegó a Escocia.

Aisla ladeó ligeramente la cabeza y lo observó con los ojos entrecerrados.

—Dime algo, Ian. Y quiero que seas completamente sincero. Creo que es algo que no hemos hecho… y deberíamos hacerlo —Ian permaneció en silencio, observándola—. ¿Qué sientes por mí?

Ian se pasó una mano por la nuca, buscando las palabras correctas, aunque sabía que ninguna evitaría el dolor. Aisla tenía razón, debían ser sinceros. Seguir retrasando lo inevitable solo estaba haciendo sufrir a la mujer que amaba por proteger a la que había amado. Y al final terminaría haciéndolas sufrir a ambas una vez más por culpa de sus malas decisiones.

—Como te dije antes, Aisla, te amé —admitió al fin, mirándola directamente—. Te lloré durante años. Hubo un tiempo en que despertaba pensando en ti y me dormía odiando al mundo por haberte perdido. Pero pasaron demasiados años… y yo seguí viviendo.

Ella lo observó en silencio, escuchando todo lo que tenía que decir.

—Ni siquiera quería volver a sentir algo por otra mujer. Pero Brianna apareció… y terminé enamorándome de ella. Brianna es la mujer que me devolvió la vida y me hizo comprender que tengo derecho a ser feliz, que no tengo por qué vivir preso de mi pasado. Y lo comprendí después de haberla hecho sufrir también. Aun así, ella me dio otra oportunidad.

Se pasó la mano por el cabello y luego volvió a mirarla, odiándose un poco por tener que confesar todo aquello que sentía por Brianna a la mujer que, después de todo, había amado.

—Y… ahora ella es más importante para mí, Aisla. Y no soporto verla sufrir por… porque estás aquí, o porque el clan la vea como insuficiente para ser mi esposa —Aisla bajó ligeramente la mirada, pero Ian continuó. Ya no había vuelta atrás—. Brianna es mi esposa. Tú… perdiste ese lugar para mí. Y voy a hacer lo que sea necesario para que ella tenga el lugar que merece a mi lado.

No sabía si lo que estaba haciendo era correcto, pero se sentía bien. Estaba defendiendo el lugar de su mujer frente a Aisla. Y aunque ella no estuviera reclamando el sitio de primera esposa, era algo que Ian necesitaba decirle. Y por fin lo estaba haciendo.

—Espero que no te conviertas en un impedimento entre nosotros —añadió finalmente—. Y que ahora, sabiendo lo que siento, puedas entender que nuestros caminos ya se separaron.

El silencio que siguió fue tan largo que Ian llegó a prepararse para el llanto, el enojo o incluso los gritos. Pero entonces Aisla soltó un profundo suspiro. Uno cargado de alivio. Ian frunció el ceño inmediatamente, desconcertado por aquella reacción. Aisla cerró los ojos unos segundos y luego dejó escapar una pequeña risa que era una mezcla de alivio y alegría.

—Dios… —murmuró, llevándose una mano al pecho—. Pensé que tendría que pasar el resto de mi vida atrapada en esto.

Ian la observó confundido, viendo cómo la castaña se recomponía y le sonreía como no lo había hecho en muchos años: con alivio y una especie de esperanza renovada.

—Ian, ¿por qué no dijiste todo esto la otra noche? Nos habríamos ahorrado mucha tensión y drama —inquirió Aisla con diversión.

Ian seguía desconcertado. Era como si le hubieran cambiado a la mujer que segundos antes había tenido frente a él. Pasó de seria y distante… a relajada y casi divertida.

—Espera —dijo él levantando las manos y mirándola con el ceño fruncido—. ¿No estás molesta? ¿Ni dolida? ¿Ni celosa? ¿Ni mucho menos sientes rencor hacia mí o hacia Brianna?

Aisla frunció el ceño, aunque con una mezcla de diversión y negación.

—¡Por supuesto que no! —respondió ella—. A ver, pienso igual que tú. Han pasado muchos años. Y sí, yo no recordaba nada, pero también… hice una vida a la que deseo regresar.

Ian todavía no acababa de aceptar que aquello realmente estuviera ocurriendo. Todo estaba resultando demasiado fácil.

—¿Entonces por qué regresaste, si querías continuar con tu vida? —preguntó, aún sin estar completamente convencido de que Aisla realmente estuviera tranquila.

—Quería estar segura y ver lo que había dejado atrás. Saber qué había sido de ti. En mi mente, el último recuerdo que tenía era el de un hombre enojado, cautivo de su pasado y de todo lo relacionado con su padre… un hombre que me había mentido y culpado por no poder tener hijos —respondió Aisla.

Ian sintió una punzada de vergüenza al recordar al hombre que había sido años atrás.

—No quería continuar mi vida pensando que tal vez podrías sentirte culpable por algo —continuó ella—. Y también quería averiguar si los sentimientos que recordaba tener hacia ti… aún seguían dentro de mí.

Ian la miró rápidamente, temiendo escuchar algo que los devolviera al mismo punto de conflicto.

—Puedes estar tranquilo, esos sentimientos cambiaron —dijo ella, sonriéndole con nostalgia—. Creo que solo queda el cariño y la amistad que nos unieron al principio. ¿Lo recuerdas?

Ian asintió, sonriendo un poco también al recordar aquellos años en los que habían sido amigos antes de enamorarse mutuamente.

—Entonces… ¿estás de acuerdo con que deberíamos divorciarnos? —preguntó Ian de repente.

Aisla soltó una risa divertida.

—Llevas queriendo decir eso desde que me viste, ¿cierto? —bromeó ella.

Ian sintió cómo el ambiente entre ambos cambiaba por completo. La tensión comenzaba a disiparse.

—¿Debo disculparme por eso?

—Para nada.

Luego hubo unos segundos de silencio, aunque esta vez no resultó incómodo.

—De verdad me alegra saber que podemos hacer esto sin rencores, Aisla —dijo Ian mirándola con sinceridad.

—A mí también. Me preocupaba mucho que quisieras seguir el honor y el protocolo de las leyes —añadió Aisla, poniendo los ojos en blanco. Ian observó lo relajada que parecía ahora en comparación con minutos antes, en el salón—. Por cierto, deberías decirles a esos ancianos que dejen las leyes y sus prejuicios a un lado. Aunque yo no hubiera regresado, igual tendrían que aceptar a tu esposa.

Ian asintió lentamente.

—Pienso hacerlo mañana mismo. Quería hacerlo hoy, pero Gregor me informó sobre la boda. Aunque me siento más tranquilo al saber que tú no pretendes iniciar una guerra por recuperar un lugar que, en cierto modo y por ley, te pertenece.

Aisla negó con suavidad.

—Ya no me pertenece, Ian. Ese lugar ahora es de Brianna y de tu hija. Yo dejé de ser tu esposa hace mucho tiempo… aunque un estúpido papel diga lo contrario.

Ian dejó escapar una pequeña risa cansada.

—Gracias, Aisla. Por comprender… y por no guardarme rencor por todo lo que pasó entre nosotros hace años.

—No vale la pena vivir guardando rencores. Ambos hemos madurado lo suficiente para entenderlo —respondió ella, haciendo que Ian asintiera al darse cuenta de cuánta razón tenía—. Ahora ve

y tranquilízala, por favor. De paso, puedes decirle que no intento robarle el esposo.

Aisla soltó una risa divertida.

—La verdad, me gustaría que fuéramos amigas. Parece una buena mujer.

—Lo es —respondió Ian con una sonrisa mucho más tranquila.

Aisla asintió y luego pasó junto a él en dirección al salón.

—Aisla —la llamó Ian. Ella se volvió—. Luego quiero hablar contigo sobre el accidente en el que perdiste la memoria.

Aisla ladeó ligeramente la cabeza, esta vez más seria.

—¿No es mejor dejar eso en el pasado? —preguntó. Ian negó lentamente.

—No lo creo.

Fue lo único que dijo antes de seguir caminando por el pasillo que conducía hacia las habitaciones. Subió las escaleras de piedra, sintiendo cómo, por primera vez desde el regreso de Aisla, el peso que había cargado sobre los hombros comenzaba a aliviarse un poco. Ahora solo faltaba enfrentar al clan.

Cuando llegó a la habitación, decidió entrar sin tocar, esperando encontrar a Brianna sentada junto a la estrecha ventana o acostada despierta junto a Aurora. Pero al abrir la puerta encontró la estancia en penumbras, iluminada únicamente por el resplandor tenue de la chimenea y algunos rayos de luna que se filtraban por la ventana.

—Brianna… —la llamó casi en un susurro.

No obtuvo respuesta.

Miró hacia la cama y encontró a Brianna dormida con Aurora sobre el pecho, abrazándola bajo las gruesas mantas de piel que las protegían del frío.

Ian suspiró suavemente. Había querido hablar con ella esa misma noche y contarle lo ocurrido con Aisla, pero tendría que esperar hasta el día siguiente. Brianna necesitaba descansar. Y quizás así recibiría un poco menos de la furia que seguramente todavía sentía

por lo sucedido con el carruaje y el brindis de Colum frente a todo el clan.

Con sigilo, se acercó a la cama y dejó un casto beso sobre los labios de Brianna y otro sobre la frente de su hija.

—Las amo —susurró antes de abandonar la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

Brianna abrió lentamente los ojos en la oscuridad, sintiendo todavía el leve cosquilleo que el beso de Ian había dejado en sus labios. Pudo haber hablado y decirle que estaba despierta. Pero no quería hacerlo. No en ese momento. Estaba demasiado molesta para enfrentarlo, pero al menos le daría unos días de castigo. Después de todo, él debía recordar perfectamente quién había sido el que terminó suplicando por otra oportunidad.

Capítulo 10

Blair miraba la celebración sin ningún entusiasmo. Nada de aquello le parecía realmente divertido. Estaba lejos de su hogar, en un lugar donde nadie la consideraba una lady, y sabía que, si aún no había recibido comentarios o miradas incómodas, era únicamente porque todos estaban demasiado centrados en su hermano y sus dos esposas. Y porque, seguramente, todavía no se habían extendido los rumores de que ella era la hija bastarda de Angus.

Las gaitas seguían resonando con fuerza en el gran salón, mezclándose con las risas y el constante murmullo de los miembros del clan. Blair miró a su madre, que observaba la celebración con una leve sonrisa en los labios mientras seguía con la mirada a las personas que bailaban en el centro del salón.

Blair no entendía cómo Mòrag podía sentirse cómoda entre aquella gente. Pero su madre, a pesar de todo lo que había vivido, seguía conservando un corazón demasiado noble.

—Madre —la llamó, haciendo que Mòrag girara el rostro hacia ella sin perder del todo la sonrisa—. ¿Por qué nunca reprendes a Ian por su comportamiento? Se olvidó de nosotras hace un par de horas… y deja que traten a Brianna como si no fuera la madre de su hija.

La sonrisa de Mòrag se desvaneció un poco. Bajó la mirada mientras acomodaba el abrigo sobre sus hombros.

—Es… complicado, hija —respondió finalmente. La música era tan fuerte que ambas tuvieron que elevar un poco la voz—. Yo no crié a Ian. Estuve demasiado tiempo lejos de él y… no me siento con derecho a reprocharle nada, a pesar de ser su madre.

Blair frunció el ceño mientras la escuchaba.

—Aún estoy aprendiendo a conocerlo —continuó Mòrag—. A entender al hombre en que se convirtió. No puedo llegar después de

treinta años de ausencia a imponerle regaños, no cuando lo que más deseo es ganarme su confianza.

Blair bajó la mirada, tentada a reclamarle que con ella sí vivía reprendiéndola constantemente. Pero comprendía la diferencia. Mòrag la conocía perfectamente. Había entre ambas un vínculo fuerte, íntimo, el tipo de relación que permitía a una madre corregir a su hija sin miedo a perderla.

—Y tú… —Blair levantó la mirada nuevamente—. Y no pienses que mis regaños son por capricho, mi niña. Conozco tu carácter mejor que nadie… y debo decir que has cambiado mucho desde que dejamos Londres y ocurrió aquel incidente.

Blair apretó la mandíbula y desvió la mirada inmediatamente.

—No quiero hablar de eso, madre —pidió en voz baja, tragando saliva.

Mòrag dejó escapar un suspiro cansado.

—Mi niña, lo que ocurrió podría haberle pasado a cualquier mujer. No por eso debes castigarte hasta el punto de rechazar cualquier posibilidad de matrimonio.

—Madre… —advirtió Blair, apretando los puños sobre la tela de su vestido.

Aquel seguía siendo un tema que no podía tocar sin sentir rabia, vergüenza y una amarga desesperanza revolviéndole el pecho.

—Está bien —cedió finalmente Mòrag con suavidad—. Pero en algún momento tendrás que afrontar la realidad.

Blair no respondió.

Simplemente terminó de beber el whisky que quedaba en su cuenco de un solo trago. El líquido le quemó la garganta agradablemente. Luego se puso de pie.

—Iré por más whisky.

∞∞∞

Ian estaba sentado en su silla, tomando un poco de café mientras se preparaba mentalmente para la reunión que dentro de poco tendría lugar. Se había levantado con más ánimo y esperanza. Por fin podría darle a Brianna el lugar que merecía y ofrecerle un poco de paz y tranquilidad. Sabía que, una vez solucionado todo aquello, ella podría concentrarse en ganarse su lugar dentro del clan libremente. Aprender gaélico, cuidar de Aurora y comenzar poco a poco a comprender las funciones que, como esposa del laird, debía desempeñar.

Suspiró, sintiendo que finalmente las cosas comenzaban a acomodarse en su sitio. Y con esa reunión todo sería definitivo. Ya no tendría que dormir separado de su mujer, tampoco tendría que contenerse cada vez que quisiera tocarla o besarla.

El clan, tarde o temprano, aprendería a apreciar a Brianna. Ellos mismos descubrirían que su esposa no era una simple inglesa incapaz de respetar las costumbres escocesas. Y quería lograr todo aquello antes de partir hacia Londres para la temporada social, donde presentaría oficialmente a Brianna ante el rey y la alta sociedad como la condesa de Warwick. Algo que, sin duda, debió haber hecho desde el momento en que la convirtió en su esposa tres años atrás. Pero ahora corregiría aquel error.

Aunque antes debía resolver el asunto legal entre Aisla y Brianna. Primero tendría que formalizar el divorcio con Aisla y luego volver a casarse con Brianna. Pero debía hacerlo antes de que los rumores escaparan de las Tierras Altas y llegaran hasta Londres… o peor aún, hasta los oídos del rey. Porque si se descubría que Aisla seguía viva y había regresado al clan, muchos podrían interpretar que había ocultado deliberadamente la verdad para conservar el título de conde y legitimar un segundo matrimonio inválido ante la corona inglesa.

Y aquello no sería visto como un simple escándalo familiar. Podría considerarse un fraude y una grave falta de respeto hacia la autoridad de la corona. Lo último que necesitaba era provocar la enemistad de los ingleses o atraer una investigación sobre sus títulos, propiedades y legitimidad.

Ian lanzó una fuerte bocanada de aire mientras observaba el ambiente. En el gran salón todavía quedaban algunos trabajadores de la destilería durmiendo sobre el suelo, completamente ebrios tras la celebración de la boda.

El lugar entero era un desastre. Había restos de comida sobre las mesas y el piso de piedra, jarras volcadas, manchas de cerveza y whisky secándose lentamente sobre los tablones de madera, bandejas abandonadas y bancos fuera de lugar. Varias sirvientas recorrían el salón recogiendo los restos de la larga noche mientras otras abrían ligeramente las ventanas estrechas para dejar salir el pesado olor a alcohol, humo y carne asada.

Ian ni siquiera sabía a qué hora había terminado la celebración, aunque imaginaba que debieron llegar hasta el amanecer viendo el estado en que había quedado el salón y a varios hombres todavía tirados junto a la chimenea.

Terminó de beber el café y esperó un rato más, observando distraídamente el movimiento de los sirvientes mientras aguardaba la aparición de Gregor. Su amigo debía estar preparando todo para la reunión. Aunque Ian ya podía imaginárselo todavía en la cama junto a alguna mujer del clan.

—Idiota irresponsable —murmuró, aunque sin verdadero enojo.

Después de todo, Gregor merecía aquel descanso. Había llevado el clan y la destilería durante todos los meses en que Ian estuvo fuera de Escocia. Y lo había hecho bien. Mejor de lo que Ian esperaba, si era sincero.

Bostezó lentamente y luego se acomodó mejor en la silla dispuesto a esperar al menos media hora más antes de dirigirse a la sala de reuniones y aguardar a que los ancianos y jefes de familia se dignaran a aparecer.

Mientras tanto, sus pensamientos volvieron inevitablemente a Brianna. A lo feliz que lo hacía que, por fin, esa misma noche volvería a dormir con ella entre sus brazos. Aunque también debía pensar en acondicionar una habitación para Aurora, una cercana a la de ellos. Si no fuera porque apreciaba demasiado la intimidad con su

esposa, probablemente habría dejado que la niña continuara durmiendo con ambos hasta que terminara de acostumbrarse al castillo.

También tendría que ordenar confeccionar ropa adecuada para el clima escocés tanto para Brianna como para Aurora. Había sido un error no prepararse para aquello mientras aún estaban en Nueva Orleans. Así Brianna no estaría pasando tanto frío.

Cuando se cansó de observar a los sirvientes recogiendo el desastre del salón, se puso de pie y se dirigió hacia la sala de reuniones. La estancia era demasiado amplia, probablemente era incluso más grande que el propio gran salón. El castillo había sido construido originalmente como una fortaleza capaz de albergar una enorme cantidad de hombres y comandantes durante tiempos de guerra. Pero ahora gran parte de ese espacio parecía desperdiciado. Sólo una inmensa mesa de madera robusta ocupaba el centro de la sala, una chimenea demasiado grande para calentar toda la sala, y tapices, muchos tapices que mostraban pasajes de todos los antepasados y acontecimientos que sucedieron a lo largo de los años.

A los pocos minutos de haberse sentado en su silla, se abrieron las grandes puertas de la sala, dejando entrar a los hombres del consejo. Era una mezcla de ancianos y jefes de familia del clan. Algunos avanzaban con pasos lentos, otros murmuraban entre ellos en voz baja mientras tomaban asiento alrededor de la enorme mesa de madera. La mayoría tenía el rostro cansado y ojeroso tras la larga celebración de la noche anterior, pero no sería condescendiente con ninguno de ellos.

Ian esperó hasta que el último hombre tomó asiento antes de incorporarse lentamente de su silla.

—Espero que todos hayan disfrutado lo suficiente la celebración de anoche —habló finalmente con voz firme.

—¡Sí! Muy buena celebración —respondió uno de los hombres, provocando murmullos de aprobación entre varios miembros del consejo.

—Bien, pero ese no es el tema de esta reunión —sentenció Ian, elevando apenas la voz.

Las conversaciones cesaron y todos volvieron la atención hacia él. Algunos intercambiaron miradas discretas mientras Ian caminaba despacio alrededor de la mesa.

—Durante años he llevado este clan con la mayor justicia que merecía. Muchos de ustedes han dicho que he sido un mejor líder y más justo que mi padre —continuó—. He hecho que el clan Dunmond sea reconocido entre los clanes y pueblos de las Tierras Altas, llevándolos a una educación y un estatus que incluso se comparan con el clan Campbell.

En la voz de Ian se percibía claramente el enojo, y aquello aumentó todavía más la tensión en la estancia. Apoyó ambas manos sobre la mesa y clavó la mirada en Colum y en otros dos ancianos que habían apoyado el brindis de la noche anterior.

—Pero lo que vi anoche fue a un grupo de hombres comportándose como viejas comadres incapaces de respetar a la mujer que lleva mi apellido.

El silencio llenó la sala. Ian observó cómo varios ancianos y jefes de familia fruncían el ceño ante sus palabras.

—No me interesa lo que piensen sobre el origen de Brianna —continuó Ian con la mandíbula tensa—. No me interesa si nació en Inglaterra o si no habla gaélico. Brianna es mi esposa. La madre de mi hija y la mujer que ocupará su lugar a mi lado como lady de este clan.

Un anciano carraspeó ligeramente antes de hablar.

—Laird —dijo desde su asiento, mientras los demás lo observaban expectantes—, debe entender que nosotros, los escoceses, tenemos un gran rencor hacia los ingleses. Durante siglos, solo nos han traído sangre y leyes destinadas a asfixiarnos. Ver a una mujer con ese acento y esas costumbres ocupar el lugar de una verdadera escocesa genera inquietud.

Ian entrecerró los ojos, fijando la mirada en el hombre que acababa de hablar.

—¿En serio recurren a esa excusa? Tú mismo lo dijiste, Fenrus. Han pasado siglos. La familia Dunmond fue una de las primeras en aceptar la alianza con Inglaterra mediante matrimonio. Y les recuerdo que gracias a eso ostento hoy el título inglés de conde, el mismo que convirtió a este clan en uno de los más importantes de las Tierras Altas. Que ahora menosprecien a la mujer que hizo eso posible… es una gran hipocresía.

—Laird, por favor —intervino Colum al otro extremo de la mesa—, no nos ofenda de esa manera.

Ian soltó una sonrisa cínica.

—Ahora saben lo que ha sentido mi esposa con su rechazo y sus humillaciones.

—Su esposa es Aisla. Ella regresó de entre los…

—Aisla ha aceptado que ya no es la lady de este clan —interrumpió Ian, provocando un fuerte murmullo entre los presentes.

—¿Cómo que rechazó su lugar? —preguntó uno de los hombres, haciendo que todos volvieran la atención hacia Ian, esperando su respuesta.

—Han pasado trece años. Y yo me casé legalmente con Brianna. Sí, el regreso de Aisla generó conflictos legales que resolveremos entre nosotros, pero Aisla, como una mujer sensata, comprendió que nuestros caminos debían separarse. Ella desea continuar la vida que ha llevado todos estos años, dándonos la oportunidad a Brianna y a mí de resolver esta situación sin provocar un escándalo sobre el clan.

Los hombres comenzaron a murmurar nuevamente entre ellos.

—Una mujer no puede tomar una decisión semejante, no tiene…

El hombre fue interrumpido por el estruendo de las puertas al abrirse de golpe contra la pared. Todos se giraron sobresaltados hacia la entrada.

—¡¿Cómo se atreven a interrumpir una reunión importante?! —exclamó uno de los hombres, levantándose abruptamente de su asiento.

Ian lo fulminó con la mirada hasta que el hombre volvió a sentarse en silencio.

—¡Ian! —exclamó Helen con angustia. Ian frunció el ceño al verla acercarse apresuradamente junto a Aisla, que venía unos pasos detrás de ella—. ¡Es Brianna!

Ian sintió de inmediato cómo el corazón comenzaba a golpearle con fuerza dentro del pecho, preso del miedo de que algo pudiera haberle ocurrido.

—¿Qué sucedió? —preguntó, apretando los puños.

—No está —respondió Aisla—. La hemos buscado por todo el castillo.

—Se ha ido —terminó Helen mirándolo con pena.

Ian sintió cómo el mundo se le derrumbaba bajo los pies. Tuvo que apoyarse sobre la mesa para no desplomarse frente a todos, porque las piernas parecían haber abandonado sus fuerzas.

«Se fue».

La respiración se le volvió errática mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No —murmuró antes de mirar nuevamente a Helen y Aisla—. No… ella no me dejaría.

—No está en el castillo —repitió Aisla con más suavidad.

—Seguro… seguro está afuera o… —se detuvo, intentando pensar con claridad—. Podría estar en mi despacho escribiendo alguna carta para sus hermanas.

Apenas terminó de hablar, salió casi corriendo de la sala de reuniones, dejando atrás a todos los hombres completamente confundidos por su reacción. Helen fue tras él, dejando a Aisla atrás intentando calmar los murmullos del consejo.

—Ya buscamos, muchacho. No está —dijo Helen mientras lo seguía por los pasillos. Pero Ian apenas escuchaba. Solo avanzaba a grandes zancadas hacia el despacho.

Cuando llegó, abrió la puerta con fuerza y encontró la estancia vacía. Aquello terminó de destruirlo. La esperanza que había sentido se desvaneció de golpe, haciéndolo caer de rodillas sobre el suelo de piedra.

—Ella no me dejó —murmuró con la voz quebrada—. Ella me ama.

Helen llevó ambas manos a la boca, sorprendida y angustiada al verlo derrumbarse de aquella forma. Solo lo había visto así cuando todos creyeron que Aisla había muerto.

—Debe estar cerca —intentó animarlo—. Vamos, búscala afuera, como dijiste.

Ian asintió lentamente, aferrándose nuevamente a una mínima esperanza. Se puso de pie y, antes de abandonar el despacho, vio una hoja doblada sobre el escritorio.

Entrecerró los ojos y se acercó de inmediato, esperando que fuera una nota de Brianna explicándole que había salido a recorrer los alrededores. Pero la esperanza volvió a desplomarse al reconocer la letra de Gregor. Aun así, abrió la nota y leyó rápidamente:

Acompañé a tu esposa y a tu hija a Londres.

Ian sintió cómo la ira terminaba de apoderarse de él mientras arrugaba el papel entre los dedos.

—Maldito… —murmuró antes de girarse hacia Helen—. Ordena que preparen un caballo de inmediato. Iré a Londres.

Capítulo 11

El carruaje avanzaba pesadamente por el camino embarrado, sacudiéndose con fuerza cada vez que las ruedas chocaban contra alguna piedra o desnivel del terreno. Afuera, la lluvia seguía cayendo con insistencia, acompañada por un viento helado. Dentro del carruaje, el ambiente era mucho más cálido gracias a las gruesas mantas y al pequeño brasero de metal asegurado en una esquina.

Brianna permanecía sentada al lado de Aurora, completamente cubierta por un abrigo oscuro de lana y pieles. La niña dormía recostada sobre ella, protegida por los pesados cobertores. El silencio dentro del vehículo se había vuelto denso con el paso de las horas. Brianna levantó ligeramente la mirada y observó al hombre sentado frente a ella.

Gregor permanecía serio, con un brazo apoyado cerca de la pequeña ventana empañada, mientras el movimiento del camino balanceaba apenas su cuerpo. De vez en cuando apartaba la cortina para vigilar el exterior o comprobar que los caballos continuaban avanzando sin problemas bajo la lluvia.

Brianna aún no entendía por qué había insistido tanto en acompañarla. Negarse tampoco había sido una opción; Gregor prácticamente se impuso en el momento en que la descubrió abandonando el castillo con Aurora.

Ni siquiera esperó a que el cielo comenzara a aclarar. Solo aguardó hasta que dieron las cinco de la madrugada para prepararse para partir. Esperaba no estar pidiendo demasiado al ordenar un carruaje a esas horas, especialmente cuando todavía podía escuchar a lo lejos el sonido de las gaitas y los gritos de celebración provenientes del Gran Salón.

—Espero que Ian esté lo suficientemente ebrio para no percibirlo —murmuró, aunque la idea de imaginar a Ian borracho no le agradaba en absoluto.

Aurora aún permanecía adormilada sobre la cama. Brianna la observó un instante, sintiéndose culpable al pensar que debía exponerla al frío de la madrugada antes de resguardarla dentro del carruaje. Cuando terminó de guardar lo esencial en un pequeño baúl, se colocó el abrigo y luego la larga capa oscura que la cubría casi por completo. Primero tomó a Aurora en brazos, envolviéndola cuidadosamente con mantas de piel, y luego levantó el baúl con la mano libre.

El peso de ambas cosas la haría más lenta, pero podría soportarlo hasta llegar al carruaje.

Salió de la habitación mirando hacia ambos lados del pasillo. Todo permanecía tranquilo y en silencio, salvo por el eco lejano de la celebración que todavía continuaba abajo. Bajó las escaleras de piedra con cuidado y luego miró alrededor buscando alguna salida que no la obligara a atravesar el Gran Salón. Pero no quería arriesgarse a perderse dentro del castillo, así que continuó por el camino principal.

Se asomó discretamente hacia el salón y comprobó que quedaban muchos menos miembros del clan que antes. Algunos seguían bebiendo junto a las mesas, otros dormitaban cerca de la enorme chimenea, y varios hombres todavía cantaban canciones gaélicas completamente ebrios. Brianna se cubrió mejor con la capa y atravesó el salón intentando no llamar la atención. Pero justo cuando abrió la puerta de salida, se sobresaltó al casi chocar contra un hombre que venía acompañado de una mujer. Sintió cómo el corazón le dio un vuelco en el pecho por el susto y el miedo. Se apartó inmediatamente para dejarles espacio y seguir caminando, pero el hombre la observó entornando los ojos.

Brianna bajó ligeramente el rostro, ocultándose más bajo la capucha. Lo había reconocido como el hombre que había estado junto a Ian aquella mañana. No sabía quién era, pero parecía alguien cercano a él.

—Lady Brianna —ella se tensó al oír su nombre—. ¿A dónde va? —preguntó en inglés.

Brianna evitó levantar la mirada.

—Voy a tomar aire —mintió, cerrando los ojos apenas terminó de hablar al darse cuenta de lo absurda que había sonado esa respuesta.

El hombre arqueó una ceja mientras la mujer que lo acompañaba continuaba caminando hacia el salón, dejándolo atrás.

—¿Con un baúl en las manos? —preguntó él, cruzándose de brazos —. ¿A dónde va realmente, milady?

Brianna se sorprendió al notar el respeto con el que la trató en ese momento. Entonces levantó la cabeza y sostuvo su mirada.

—Iré a Londres —respondió con firmeza, sintiendo cómo el peso de Aurora comenzaba a cansarle los brazos.

—¿A Londres? ¿Con Ian? —preguntó nuevamente, y ella negó despacio.

—Iré sola. Necesito resolver algunas cosas.

—Supongo que Ian no sabe que está escapando.

Brianna frunció el ceño.

—No estoy escapando… —comenzó a decir, pero la voz se le apagó lentamente cuando comprendió que, efectivamente, sí estaba huyendo.

—A Ian no le gustará saber lo que planea hacer —advirtió él.

Brianna apenas se encogió de hombros, aunque el movimiento resultó casi imperceptible por el peso que llevaba encima.

—Permiso, necesito salir —pidió, intentando avanzar, pero él no se apartó.

—Espera, espera —dijo levantando una mano—. ¿Piensa ir hasta Londres así nada más? ¿Cómo exactamente?

—En carruaje —respondió ella como si fuera lo más obvio. El hombre asintió lentamente.

—Iré con usted.

Brianna lo miró confundida.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitir que viaje sola con la niña. Y además imagino que no hay nada que pueda decirle ahora mismo para hacerla cambiar de opinión, ¿cierto?

Brianna asintió lentamente, dándole la razón, aunque seguía sin comprender por qué ese hombre que apenas la conocía se ofrecía a

acompañarla.
—¿Quién es usted? —preguntó de pronto.
—Mi nombre es Gregor. Soy amigo y mano derecha de Ian —respondió él—. Vamos, la ayudaré con el carruaje.
Gregor la condujo hacia las caballerizas. El lugar era enorme, lleno de caballos que resoplaban inquietos por el frío y la lluvia. Brianna esperó allí durante varios minutos hasta que Gregor regresó acompañado por otro hombre, quien resultó ser el cochero. Observó cómo Gregor ensillaba personalmente a dos caballos mientras el cochero preparaba el carruaje y encendía el pequeño brasero que mantendría tibio el interior.
La llovizna seguía cayendo con insistencia. Brianna sabía que ese no sería un trayecto cómodo ni sencillo, pero necesitaba llegar a Londres. Había pensado en hablar con Ian antes de partir, incluso en viajar junto a él. Pero después de lo ocurrido esa noche, ya no quería enfrentarlo por el momento. Todavía no podía olvidar que se había olvidado de ellas para asistir a la ceremonia y que luego prácticamente las ignoró durante la celebración.
Ella lo amaba. Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a soportar cualquier trato. Ian había sido quien la buscó y le suplicó una segunda oportunidad. Le aseguró que nadie dentro de ese clan la trataría con desprecio por ser inglesa. Y aun así, eso era exactamente lo que había soportado desde que llegó a Escocia.
Pero ya no más. Mientras él resolvía sus problemas con su clan, ella averiguaría si legalmente su matrimonio había quedado inválido tras el regreso de Aisla y, sobre todo, descubriría cuál era realmente el estatus de Aurora. Porque si permanecía en Escocia, terminaría perdiéndose a sí misma, intentando convertirse en alguien que no era y soportando humillaciones que no tenía por qué aceptar.
—Ya todo está listo —avisó Gregor.
Brianna asintió. Miró una última vez el castillo antes de subir al carruaje y acomodarse junto a Aurora, que enseguida se acurrucó sobre sus piernas.
Y ahora llevaban varias horas de viaje completamente solos, acompañados únicamente por el cochero. Brianna ni siquiera sabía cuánto tardarían en llegar a Londres. Nunca había recorrido esa

distancia desde Escocia hasta Inglaterra, y el clima solo empeoraba el trayecto.
Apretó un poco más las mantas alrededor de Aurora y volvió la mirada hacia la ventana empañada. Afuera, el paisaje gris de las Tierras Altas avanzaba lentamente entre la lluvia, el barro y las montañas cubiertas de niebla. Volvió a girar el rostro hacia Gregor al escucharlo quejarse por la incómoda posición que había mantenido durante las últimas horas dentro del estrecho carruaje.
—No debería haber venido —expresó Brianna en voz baja, observando cómo él se acomodaba un poco mejor—. Podría haberlo hecho sola.
Gregor chasqueó la lengua y negó con la cabeza.
—Ian me mataría si la hubiera dejado viajar sola —respondió en inglés. Su acento gaélico era mucho más marcado que el de Ian—. Prefiero soportar el incómodo viaje.
Brianna ladeó ligeramente la cabeza y lo observó durante varios segundos, intentando descubrir si había segundas intenciones detrás de sus acciones. Pero solo encontró aquel rostro serio y casi hosco que parecía no cambiar nunca. Empezaba a preguntarse si aquella expresión severa era un rasgo natural de todos los escoceses.
Gregor debía de rondar la misma edad que Ian. Tenía los hombros anchos y un cuerpo robusto que apenas cabía cómodamente dentro del carruaje. Su cabello castaño claro caía hasta los hombros, algo desordenado por la humedad, y su rostro estaba marcado por facciones fuertes y masculinas: una mandíbula definida cubierta por una barba corta y bien cuidada, y unos ojos claros de un azul intenso que contrastaban con la rudeza habitual de sus expresiones.
Era, en toda regla, un escocés.
—Realmente… —continuó Brianna, manteniendo el tono bajo para no despertar a Aurora—, ¿por qué quiso acompañarme? No creo que sea solo para evitar que Ian lo mate.
Gregor soltó una breve risa baja. Luego ladeó apenas el rostro y se recostó contra la madera del carruaje mientras este volvía a sacudirse por el mal estado del camino.
—Es usted la mujer que Ian ama. La Lady del clan. ¿Por qué no estaría dispuesto a acompañarla y protegerla? —respondió Gregor,

mirándola directamente a los ojos.
La respuesta la sorprendió más de lo que esperaba. Él hablaba con absoluta lealtad hacia Ian. Y además… era el primer escocés del clan que realmente parecía verla como la esposa legítima del Laird.
—¿Acepta que soy la esposa de Ian? ¿Y Aisla? —preguntó Brianna sin apartar la mirada. Gregor se encogió ligeramente de hombros.
—Lo único que importa es lo que Ian siente y desea realmente. Debe comprender que nada lo obligará jamás a aceptar una vida que no quiere. Tal vez usted debió haber tenido un poco más de paciencia y confiar en que Ian arreglaría las cosas como correspondía.
Brianna apartó la mirada unos segundos, pensativa.
«¿Hice mal en marcharme así, sin más?».
La duda apareció apenas un instante antes de que volviera a mirar a Gregor.
—Parece tenerle mucho respeto y consideración a Ian para decirme eso —murmuró ella—. Si hubiera sido cualquier otra persona del clan, estoy segura de que me habrían ayudado a subir al carruaje con todos mis baúles para echarme definitivamente de sus tierras.
Gregor soltó un resoplido divertido.
—No lo vea de esa forma. Creo que ustedes llegaron en el peor momento posible. Y respecto a Ian… —guardó silencio un instante antes de sonreír de lado, con un deje de nostalgia en la mirada—. Es mi mejor amigo. Él me salvó y me ayudó más que nadie en esta vida.
Brianna frunció ligeramente el ceño, curiosa por conocer aquella historia, aunque todavía no tenía suficiente confianza con el escocés como para preguntarle directamente.
—Solo… no lo haga sufrir —continuó Gregor con voz más seria—. Ian ya ha sufrido demasiado en esta vida —Brianna arqueó una ceja, dispuesta a replicar que ella no era quien lo hacía sufrir, que él solito se buscaba el infierno. Pero Gregor continuó antes de darle oportunidad de hablar—. Ian la ama. Y cuando un escocés ama… lo hace con una entrega capaz de ser tan aterradora como hermosa.
Brianna sintió un nudo en la garganta ante la firmeza de sus palabras. Desvió la mirada hacia el pequeño rostro de Aurora, que

dormía ajena a la conversación entre ellos.
El silencio volvió a instalarse dentro del carruaje, roto únicamente por el crujido constante de las ruedas al atravesar el camino embarrado y el golpeteo de la lluvia contra la madera. Brianna se hundió un poco más en el asiento, resguardándose mejor del frío. Cerró los ojos un instante, pensando todavía en las palabras de Gregor… y en el amor de Ian hacia ella.
Por un momento sí había dudado de él. Pero mientras permanecía allí, con el traqueteo del carruaje meciéndola lentamente, recordó cuántas veces Ian le había confesado que la amaba. No solo con palabras, sino también con pequeños actos y decisiones que, poco a poco, habían ido derribando las murallas que ella había levantado tres años atrás.
Lo ocurrido aquella noche, cuando supuestamente las olvidó para asistir a la ceremonia, debía tener alguna explicación. No debía permitir que una sola situación, cuya verdad ni siquiera conocía aún, destruyera la confianza que tanto les había costado construir. Por primera vez desde que abandonó el castillo, empezó a considerar que su huida quizás era una prueba necesaria para ambos.
Apretó ligeramente los puños, reprendiéndose por haber actuado de forma tan impulsiva. Ni siquiera le había dejado una nota diciéndole hacia dónde se dirigía.
—Descuide, yo le dejé una nota.
Brianna abrió los ojos al escuchar la voz de Gregor y lo miró confundida. ¿Había hablado en voz alta? Pero terminó simplemente asintiendo, agradecida de que él hubiera sido más razonable que ella.
—Gracias —murmuró con sinceridad.
El trayecto continuó en un silencio mucho más cómodo que el del principio. El paisaje comenzaba a transformarse lentamente a medida que avanzaban. Las colinas verdes se volvían más escarpadas y oscuras, mientras el cielo adquiría un tono gris plomizo que anunciaba otra lluvia fuerte en cualquier momento. Gregor permanecía sumido en sus propios pensamientos, aunque no dejaba de vigilar el camino a través de la pequeña ventanilla empañada.

Media hora después, el carruaje dio un salto brusco al atravesar un bache profundo, haciendo que Brianna se aferrara inmediatamente al asiento.
—¡Dios mío! —exclamó sobresaltada.
—El camino está muy deteriorado por las lluvias recientes —explicó Gregor, extendiendo un brazo de manera instintiva para estabilizar a Aurora, que también se había despertado por el golpe.
Se asomó apenas por la ventanilla, frunciendo el ceño al observar cómo las ruedas luchaban por abrirse paso entre los surcos de barro. El viento helado irrumpió de inmediato dentro del carruaje, obligándolo a cerrarla rápidamente. Aurora volvió a acomodarse sobre Brianna y cayó nuevamente dormida bajo las mantas. Brianna, en cambio, se envolvió más en su abrigo, temblando ligeramente. Gregor se incorporó y tomó una pequeña petaca de cuero que llevaba sujeta al cinturón, ofreciéndosela.
—Beba un poco. Le ayudará a combatir el frío. Todavía faltan un par de horas para llegar a la posada, donde cambiaremos los caballos y podremos comer algo caliente.
Ella aceptó la petaca y dio un pequeño trago. El licor le quemó la garganta al bajar, pero segundos después sintió cómo el calor comenzaba a extenderse lentamente por su cuerpo. Le devolvió la petaca.
—¿Ya estamos muy lejos de Argyll? —preguntó Brianna. Gregor asintió ligeramente.
—Por el tiempo de trayecto, sí. Aunque no tanto como deberíamos haber avanzado. La lluvia y el barro nos están retrasando bastante.
Brianna asintió despacio, comenzando a comprender lo poco prudente que había sido viajar bajo esas condiciones. Tal vez lo mejor habría sido esperar, como Ian había dicho, hasta que comenzara la temporada en Londres. Pero, por otro lado… no había podido soportar permanecer en el castillo por mucho más tiempo teniendo a Aisla tan cerca. Y mucho menos después de ver a todo el clan bendecir el matrimonio entre Ian y Aisla frente a ella, humillándola públicamente como si fuera una intrusa en la vida de su propio esposo.

∞∞∞

Ian no había parado de cabalgar desde que habían salido del castillo, hacía aproximadamente cuatro horas. Por insistencia de su madre, había ido acompañado de varios hombres, los cuales le habían perdido el ritmo y venían más atrás.

El caballo se detuvo justo en una llanura. Ian entrecerró los ojos, observando el valle más abajo; no había nada más que árboles, montañas y un sendero fangoso.

—Laird, los caballos están cansados. Deberíamos parar en alguna posada para que descansen o cambiarlos; no rendirán mucho más de dos horas sin comer ni reposar —aconsejó uno de los hombres cuando lo alcanzó.

Ian seguía con el entrecejo fruncido. Apretó los puños en torno a las riendas. Tenían razón, debían parar por los caballos y por ellos mismos. Llevaban horas bajo la lluvia y el frío. Asintió en silencio y continuaron más despacio, aunque eso significaba perderle el rastro al carruaje donde iban su esposa, su hija y ese traidor de Gregor.

En vez de haberse ido con Brianna, Gregor debió haberlo buscado; avisarle que su esposa pretendía dejarlo una vez más sin siquiera darle una explicación. Estaba molesto, demasiado. Sabía que Brianna tenía sus razones, pero ni siquiera le dio tiempo a explicarse, a hablar, y eso le dolía. Porque, una vez más, ella decidió abandonarlo antes que enfrentarlo. Admitía que la primera vez, hacía tres años, la razón de su huida era más que justificada debido a su amenaza, pero ahora… ella sabía que él la amaba. Sabía que, a pesar de todo, estaba buscando una solución. En su cabeza, no había motivo para alejarse de él sin siquiera encararlo.

¿Qué futuro había entre ellos si ella decidía huir cada vez que enfrentaban una mala racha en su matrimonio?

Él quería creer que sí había esperanza, que el amor podría contra todo, pero ambas partes debían dar y tener la misma fe. Había dejado a su clan; ni siquiera se había detenido a pensar en lo que opinarían sus hombres al verlo tan atormentado solo porque su esposa decidió dejarlo. Solo le importaba alcanzarla, detenerla y

hacerla regresar. Pero, a la vez, tenía demasiadas ganas de reprenderla por su comportamiento; ni siquiera se detuvo a pensar en lo arriesgado que era emprender un viaje a Londres con ese clima y, sobre todo, llevando a Aurora.
Aquello, por parte de Brianna, había sido demasiado inmaduro.

∞∞∞

Tres días después, Brianna despertó en la cama de la posada donde habían pasado la noche. La habitación era cómoda y cálida; había pasado la mejor noche desde que salió de Argyll y esa, sin duda, había sido la mejor posada en la que se habían alojado. Seguramente ya estaban más cerca de Londres.
Las posadas anteriores no habían estado mal, pero las condiciones no habían sido las mejores. Aurora seguía aferrada a ella, durmiendo. Gregor se había quedado en la habitación de al lado, compartiéndola con el cochero, ya que no había muchas habitaciones disponibles.
En ese instante, tocaron a la puerta.
—Brianna —era Gregor—. ¿Estás despierta?
—Sí —respondió aún desde la cama.
—Ya he ordenado que sirvan el desayuno. Debemos partir en media hora para aprovechar el día.
Brianna asintió, aunque era consciente de que él no podía verla.
—Enseguida bajamos —terminó diciendo. No se escuchó nada más detrás de la puerta.
Brianna se levantó y se lavó la cara con el agua del aguamanil. Luego se colocó el abrigo, ya que no se había molestado en quitarse el vestido esa noche; eso solo retrasaría el viaje. Después despertó a Aurora, le lavó el rostro con delicadeza, le puso también el abrigo y salieron de la habitación. El contraste del frío exterior con la tibieza de la estancia fue evidente de inmediato.
—Hace frío, mami —dijo Aurora. Brianna sintió un pinchazo de culpa en el pecho; estaba haciendo pasar a su hija por todo aquello solo por no haber meditado mejor las cosas.

—Ya vamos a tomar leche caliente para entrar en calor, terroncito —le dijo con suavidad.
—¿Y galletas? —preguntó Aurora sonriendo.
Brianna demoró en responder porque no sabía si habría galletas en la posada.
—No sé si tengan galletas, mi vida, pero en cuanto lleguemos a Londres, te prometo que haré que te horneen una bandeja solo para ti —prometió, y Aurora asintió contenta.
Cuando llegaron a la planta baja, donde estaba el comedor, encontró a Gregor y al cochero sentados a la mesa. Durante esos días había entablado una buena amistad con Gregor; sabía que no tenía familia —ni padres ni hermanos— porque él mismo había dicho que su familia eran Ian y el clan. Ya le tenía más confianza y se sentía más segura a su lado. En todo momento él la había ayudado, protegido e incluso jugado con Aurora para que la niña no se aburriera durante las largas horas de trayecto. Aquello la había hecho sentir bien; que no rechazara a su hija era lo más importante para ella.
—Mira, he mandado preparar estas galletas para ti —dijo Gregor en cuanto Brianna sentó a Aurora en la silla—. Llevabas mencionando que querías galletas desde ayer.
Brianna le sonrió en agradecimiento. Era un gesto muy tierno. Él, a pesar de su expresión dura, era un hombre demasiado atento y divertido. Hasta se había reído imaginando el humor de Ian por su desaparición; por eso no entendía por qué seguía soltero a esas alturas.
—Hoy el día está mucho mejor. Al menos no llueve y, si avanzamos, tal vez encontremos el trayecto en mejores condiciones —agregó después.
Esperaba que así fuera, porque no aguantaría muchos días más de viaje.

Capítulo 12

Ya era de noche cuando llegaron a Warwick House. Tanto Brianna como Gregor y el cochero estaban exhaustos después de tantos días de viaje. Brianna jamás imaginó que Argyllshire estuviera tan lejos de Londres; ni siquiera podía imaginar cómo Ian soportaba trasladarse constantemente de un lado a otro entre Escocia e Inglaterra.

—Al fin hemos llegado —murmuró Brianna apenas puso un pie sobre el suelo húmedo frente a la residencia.

Alzó la vista y observó, con el corazón latiéndole con fuerza, la enorme residencia donde había nacido y crecido. No había cambiado mucho: las altas ventanas iluminadas, las paredes de piedra clara, las columnas de la entrada y los jardines, apenas visibles bajo el cielo nocturno, seguían exactamente igual a como los recordaba. Era como si el tiempo no hubiera pasado por el lugar. Inevitablemente, los ojos se le humedecieron al pensar en sus hermanas y en lo hermoso que habría sido que las tres regresaran juntas al lugar que alguna vez había sido su hogar.

—Mami… —la voz de Aurora la sacó de sus pensamientos. Brianna parpadeó varias veces para contener las lágrimas antes de bajar la mirada hacia su hija—. Tengo hambre.

Brianna sonrió y acarició suavemente su mejilla fría.

—Ya hemos llegado, terroncito. Enseguida vas a comer algo caliente —respondió con suavidad. Aurora solo asintió, conforme con la respuesta.

Gregor permanecía detrás de ella, recostado contra el carruaje mientras esperaba la orden de avanzar. Incluso él parecía agotado tras el largo trayecto. Su cabello y la barba, ligeramente más desordenados de lo habitual, le daban un aspecto todavía más rudo.

—Entremos —dijo Brianna finalmente. Pero, antes de subir la escalinata, se volvió hacia el cochero—. Enseguida enviaré a un

mozo de cuadras para que lo guíe hacia los establos.
El hombre asintió agradecido. Con Aurora en brazos, Brianna guió a Gregor por la amplia escalinata de piedra hasta la puerta principal, que se abrió apenas llegaron. El primero en aparecer fue el señor Egerton, el mayordomo de la residencia. Detrás de él apareció su esposa, la señora Harriet, el ama de llaves, una mujer de rostro amable y mejillas sonrosadas.
—Lady Brianna… —murmuró la señora Harriet con emoción.
Brianna sonrió al ver nuevamente a las personas que habían estado presentes durante los últimos años que ella y sus hermanas vivieron en Londres. Después de varios días rodeada de malas miradas, encontrarse con personas conocidas le produjo una alegría reconfortante.
—Señora Harriet, señor Egerton… —saludó con felicidad, aunque el cansancio en su tono era evidente.
—Dios santo, mírese, está tan bonita, pero muy delgada —dijo la mujer, tomando las manos frías de Brianna entre las suyas sin perder la sonrisa—. Aunque siempre fue la más esbelta y delicada de sus hermanas.
Brianna sonrió apenas ante la mención de sus hermanas; las extrañaba muchísimo.
—En la carta decía que los esperaríamos dentro de dos semanas, no esta misma noche —añadió el ama de llaves, girándose hacia su esposo, que asintió confirmando sus palabras.
—Los planes cambiaron un poco —admitió Brianna suavemente, tratando de no avergonzarse al recordar su impulsiva decisión de huir tan repentinamente sin haber meditado las cosas.
La mujer observó enseguida a Aurora y sonrió enternecida.
—Y esta debe ser su pequeña —musitó, sonriéndole a Aurora, que ladeó la cabeza mirándola sin soltar la mano de su madre. Brianna asintió, sabiendo que nadie en esa casa se atrevería a cuestionar si era la hija de Ian, dado el tiempo que estuvo lejos de Londres—. Es preciosa.
Aurora escondió el rostro contra el vestido de Brianna con timidez, haciendo reír a los presentes.

—Por cierto, ¿pueden preparar algunos bocadillos para nosotros? Estamos hambrientos —pidió ella con un deje de disculpa por hacerlos trabajar tan tarde.
—¡Por supuesto que sí! Imagino que deben estar cansados. Por suerte, ya habíamos ordenado preparar las habitaciones para su llegada —parloteó Harriet, volviéndose hacia su esposo—. Dile a Josie que prepare algo para la condesa.
Egerton asintió y luego dirigió una mirada hacia Gregor antes de inclinar ligeramente la cabeza en señal de respeto.
—Bienvenido a Warwick House, señor.
Gregor asintió con educación. Brianna se reprendió mentalmente por haberlo olvidado tras la emoción de haber vuelto a su hogar.
—Gregor MacLeod —se presentó él—. Amigo del conde.
—Y mi escolta, mi esposo le ordenó que me acompañara —agregó Brianna con rapidez, aunque apreciaba a Harriet y a Egerton, debía acallar cualquier mal pensamiento en cuanto a haber llegado sola con un hombre que no era su esposo; después de todo, estaban en Londres, donde todo se malinterpretaba.
Harriet asintió y Egerton tomó inmediatamente el pequeño baúl que Gregor había estado cargando.
—Permítame, por favor. Nos encargaremos de todo —dijo el mayordomo con el respeto y la educación de siempre. Harriet levantó la mirada de nuevo hacia Brianna.
—¿Y el conde? —preguntó con naturalidad. Brianna sintió un pequeño nudo en el estómago, aunque mantuvo la compostura.
—Viene en camino.
«O eso espero», pensó, deseando que Ian fuera más maduro que ella y no dejara las cosas así, simplemente. Los sirvientes intercambiaron una mirada rápida, percibiendo de inmediato que algo no estaba del todo bien. Pero ninguno hizo preguntas; después de tantos años sirviendo a la nobleza, sabían perfectamente cuándo guardar silencio.
—Bueno, pasen al comedor para que puedan cenar tranquilamente —dijo Harriet, recuperando el ánimo—. ¿Desean que les preparen un baño caliente?

—Sí, por favor. Lo estoy necesitando —asintió Brianna, agradecida, mientras tomaba a Aurora en sus brazos y caminaban hacia el comedor, no sin antes hacerle una seña a Gregor para que los siguiera.
—¿Usted también desea un baño? —preguntó Harriet, dirigiéndose a Gregor, quien terminó asintiendo sin muchas ganas.
Mientras se dirigían al comedor, Brianna no pudo evitar recorrer toda la casa con la mirada, dándose cuenta de que todo seguía igual y en perfecto estado. Quiso preguntar si Ian pasaba mucho tiempo fuera, pero se contuvo. A pesar de que ella quería y confiaba en el personal de la residencia, estaba segura de que ellos también conocían y creían la mentira que Ian había dicho durante tres años: que se encontraban en el campo.
Al llegar al comedor, todo estaba recogido y en orden. Enseguida, el mayordomo encendió los candelabros que estaban dispuestos sobre la gran mesa.
—Mejor usemos el salón de desayuno; solo seremos nosotros para una mesa tan grande —pidió Brianna.
Harriet y Egerton asintieron sin reproches. Brianna se adelantó hacia la sala de al lado, mucho más pequeña que el comedor formal y bastante más cálida.
—Puedes tomar el lugar que quieras —le dijo a Gregor, sonriéndole y señalando las cinco sillas que había alrededor de la mesa redonda, con dos candelabros sobre ella, que enseguida el mayordomo encendió.
Gregor tomó una silla y se sentó, recostándose en el respaldo y observando la pequeña sala con el ceño fruncido. Brianna lo observó de reojo una vez terminó de acomodar a Aurora en una silla a su lado. Harriet y Egerton salieron de la sala, dejándolos solos.
—Es muy diferente al castillo, ¿cierto? —preguntó Brianna, rompiendo el silencio.
Gregor, sin mirarla aún, asintió.
—Ahora entiendo por qué ustedes, los ingleses, se creen superiores a nosotros; siempre están rodeados de lujos innecesarios —respondió Gregor con una media sonrisa, aflorando aún más su acento gaélico. Brianna arqueó una ceja, ofendida.

—¿Disculpa? Vivimos como personas; el lujo nunca es innecesario —replicó Brianna, aunque con un tono más divertido—. Aunque admito que sí, a veces nos pasamos un poco con eso de los lujos. Pero esta sociedad solo se mide a través de la cantidad de libras que tengas y del estatus de tu apellido.
—Y ahí está la diferencia entre nosotros. Los ingleses y los escoceses somos muy distintos; apreciamos más la familia que el estatus.
Brianna asintió.
—Aunque sí podrían ser más amables y menos hoscos —murmuró lo suficientemente alto como para que Gregor la mirara ahora con las cejas arqueadas.
—No vale la pena discutir quién es mejor o peor —sentenció Gregor, quitándose el abrigo y quedando solo con la chaqueta de cuero—. Aquí hace menos frío.
—Tú empezaste —continuó Brianna sonriendo.
En ese momento, entró nuevamente Harriet, seguida de una joven con una bandeja en la mano y, más atrás, otras dos sirvientas con bandejas. Sobre la mesa colocaron fuentes de pollo asado con hierbas, una sopera humeante de crema de verduras, patatas al horno y una hogaza de pan blanco recién horneado, acompañada de mantequilla fresca.
—Si desean algo más, solo díganlo —dijo Harriet sonriendo.
Brianna asintió y luego dirigió la mirada a la joven rubia que permanecía detrás del ama de llaves.
—¿Ella es Josiane? —preguntó Brianna sorprendida. Harriet miró hacia atrás y sonrió, asintiendo mientras abrazaba a su hija por los hombros.
—Sí —respondió con entusiasmo—. Ya es toda una joven.
Brianna asintió, verdaderamente sorprendida de ver cómo la niña que había dejado hacía tres años se había convertido en una joven sumamente hermosa. Tenía el cabello rubio recogido en un paño, como ella solía usar en Nueva Orleans, y el uniforme de sirvienta de la residencia resaltaba que su figura había adquirido la madurez propia de una mujer; se percibía, a través de las prendas, que había ganado volumen en los lugares correctos, recordándole casi a Clariss, aunque su hermana era un poco más alta.

—Saluda a la condesa, Josie —la instó su madre. La joven dejó de mirar a Gregor, que estaba totalmente concentrado en su comida, para mirar a Brianna y dedicarle una sonrisa tierna.
—Bienvenida, milady —dijo con voz suave.
Brianna le sonrió dulcemente en agradecimiento. Luego, ambas mujeres abandonaron el salón, dejándolos solos nuevamente. Brianna comenzó a repartir la comida en su plato y en el de Aurora y, mientras ella comía, alimentaba a la pequeña.
Una vez terminaron la cena, Egerton llevó a Gregor a su habitación, mientras Harriet guiaba a Brianna a la suya.
—Su habitación sigue intacta, lady Brianna. Su esposo ordenó que nada saliera de ella, excepto los vestidos; los renovaba cada año. Imagino que le enviaba algunos a Windsor.
Brianna sintió cómo su corazón daba un vuelco al escuchar aquello.
«¿Ian... compraba vestidos que sabía que no usaría? ¿Lo hacía para mantener la apariencia o con la esperanza de que yo regresara?», se preguntó, sintiendo cómo deseaba tenerlo a su lado en ese momento y cómo se arrepentía enormemente de haberlo abandonado en Escocia.
Cuando entró en su habitación, la observó con detenimiento. Todo estaba tal como lo recordaba, además de limpio, como si ella nunca se hubiera ido. La cama bien tendida, con las sábanas de seda, los muebles pulidos y los accesorios que había dejado sobre su tocador aún estaban ahí. No habían sido tocados. Aquello la sorprendió; había pensado que sus cosas estarían guardadas o incluso tiradas, pero ahí estaban.
«¿Sigues dudando de su amor por ti?», le recriminó esa vocecita en su cabeza.
Pero ella negó; nunca dudó de su amor después de que él se confesara y se abriera a ella, pero sí admitía que haber estado en el clan, con Aisla y todos los demás rechazándola y humillándola, la hizo dudar de su lugar a su lado. Suspiró pesadamente y luego miró a Harriet, que esperaba aún en el umbral de la puerta.
—¿Le enviaste mi carta al abogado de la familia? —preguntó.
—Sí, pero, al igual que nosotros, seguramente no espera reunirse con ustedes tan pronto —respondió Harriet, dando un paso al frente.

Brianna se mordió el labio y asintió.
—No importa —levantó la mirada decidida—. Envíale una nota, que esté aquí a primera hora.
Harriet frunció ligeramente el ceño.
—¿Cree que el conde estará aquí mañana a primera hora? —preguntó con cautela. Brianna negó.
—No será el conde quien se reúna con el abogado, seré yo. Tengo asuntos que atender que requieren urgencia.
El ama de llaves asintió despacio.
—¿Desea algo más, milady? —preguntó, y luego continuó—. Su baño será preparado enseguida. ¿Aún le sigue gustando el agua con pétalos de rosas y lavanda?
Brianna sonrió ante ese recuerdo, de cómo ella siempre tomaba sus baños con pétalos de rosas. Y aceites esenciales de lavanda. Terminó solo asintiendo.
—Si necesito algo más, tocaré la campanilla, pero no creo requerir más de sus servicios por esta noche. Lo demás puedo hacerlo sola.
—¿Está segura, milady? —Brianna asintió—. ¿Y su hija? ¿Quiere que le preparemos su habitación mientras tanto?
Ella negó enseguida.
—Aurora dormirá conmigo —fue lo único que dijo, dejando a la mujer sorprendida; pero, aun así, no hizo ningún comentario. Solo salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella.
Brianna dejó escapar el aire y se dejó caer sobre la cama, relajando los hombros. Ni siquiera se había instalado formalmente y ya se sentía agotada de tanta educación y protocolo. Definitivamente, ya no pertenecía a Londres, y mucho menos a Escocia; Nueva Orleans, sin duda, era su hogar ahora. Giró el rostro y miró a su hija, sentada en el diván que daba a su tocador; sonrió y negó con la cabeza al verla mirarse en el espejo mientras peinaba torpemente su cabello rubio.
—¿Qué haces, terroncito? —preguntó ella acercándose. Aurora le sonrió a través del espejo mientras seguía pasando el cepillo por su cabello.
—Lo que hace la tía Clariss —respondió, dejando el cepillo y tomando un pequeño pintalabios. Brianna ladeó la cabeza al

percatarse de que hasta eso también estaba ahí. Aurora lo abrió y, con más torpeza, lo pasó por sus labios, formando un gran desorden en su rostro.
—Definitivamente, Clariss no es un buen ejemplo para una niña —musitó divertida—. Ven, cariño, no es así.
Mientras limpiaba el rostro de su hija del pintalabios rojo, pensó en Ian, e internamente, suplicó: *«Por favor, ven con nosotras».*

∞∞∞

A la mañana siguiente, Brianna despertó mucho más tarde de lo habitual. El cansancio acumulado del viaje y el haber dormido en su antigua cama, lejos del frío intenso de Escocia, la sumieron en un sueño profundo. Después de desayunar junto a Aurora y Gregor en el pequeño comedor familiar de Warwick House, dejó a la niña bajo el cuidado de Harriet y Josiane mientras ella aguardaba al abogado.
—No tardaré demasiado —le aseguró a su hija antes de besarle la frente. Aurora asintió, distraída con el pequeño caballo de madera que Harriet le mostraba cerca de la chimenea.
Con una última mirada a su hija, abandonó el salón y se dirigió al despacho del conde. Al abrir la puerta, observó la estancia desde el umbral, recordando cómo, en el pasado, había entrado varias veces y visto a su padre sentado tras el escritorio. El despacho seguía exactamente igual: oscuro, elegante y silencioso, impregnado del aroma a papel viejo y cuero.
Con un suspiro leve, se sentó tras el escritorio y apoyó las manos sobre la superficie de madera mientras esperaba. Con un dejo de nerviosismo, consultó el reloj de pared, viendo que apenas eran las nueve de la mañana.
—Debe de estar llegando —murmuró, refiriéndose al abogado.
La idea de consultar a un abogado había surgido el mismo día en que escribió la carta a sus hermanas. Había recordado cómo antes había recurrido al representante legal de los esposos de Amelia y Clariss para conocer las consecuencias de un divorcio; lo lógico era acudir nuevamente a un experto ahora que el problema era

muchísimo más complejo. Quería respuestas claras de alguien especializado en las leyes, no simples especulaciones sobre la invalidez de su matrimonio tras la reaparición de Aisla. Porque ella e Ian se habían casado legalmente y, además, tenían una hija.
Minutos después, escuchó varios golpes suaves en la puerta.
—Adelante.
La puerta se abrió para dejar entrar al mayordomo.
—Milady, el señor Hargrove la espera —anunció Egerton. Brianna asintió.
—Hágalo pasar —ordenó con suavidad. Pasó las manos por la tela de uno de los vestidos que había en su guardarropa.
Eso era algo más que le había sorprendido, saber que Ian, durante tres años, había estado renovando sus vestidos. Nunca esperó que él hiciera tal cosa... que mantuviera la esperanza de que ella volviera sabiendo lo que había hecho. No sabía si eso la hacía amarlo más o desear darle un buen golpe por ser tan idiota de no abrirse a ella antes de que todo se hubiera complicado. Pero ya no podían retroceder el tiempo; solo quedaba afrontar el presente y esperar un futuro juntos.
La puerta se entreabrió, sacándola de sus pensamientos. Un hombre de unos sesenta años, vestido impecablemente con un sobrio traje oscuro, se asomó. Su cabello gris escaseaba sobre la frente y llevaba unas pequeñas gafas redondas apoyadas sobre la nariz.
—Lady Warwick —saludó, inclinando apenas la cabeza con respeto. Brianna se puso de pie automáticamente.
—Señor Hargrove. Gracias por acudir con tanta prontitud.
El hombre tomó asiento frente al escritorio después de que ella se lo indicara.
—Recibí su carta hace apenas dos días —comentó mientras acomodaba una carpeta de cuero sobre sus piernas—. Debo admitir que me sorprendió bastante recibir correspondencia directamente de usted y no del conde.
La observó con fijeza por encima de las gafas. Brianna reprimió el impulso de poner los ojos en blanco ante el sutil reproche; era sabido que un asunto legal de tal magnitud debía ser gestionado por el hombre.

—Mi esposo me ha dado completa libertad para tratar este asunto personalmente —respondió con firmeza, dejando clara su posición—. Y deseo absoluta discreción al respecto.
El abogado guardó silencio apenas un segundo antes de asentir lentamente.
—Por supuesto, Lady Warwick.
Entonces abrió finalmente la carpeta de documentos.
—Lo que describe en su carta es… una situación poco común, aunque no imposible. Existen precedentes legales relacionados con personas declaradas muertas que reaparecen años después.
Brianna sintió cómo el corazón le latía con fuerza.
—¿Mi matrimonio con el conde podría quedar invalidado? —preguntó directamente.
El abogado entrelazó las manos sobre el bastón que descansaba entre sus piernas antes de responder.
—Eso dependerá de varios factores. El primero y más importante es, ¿cómo se declaró muerta a la primera esposa?
Brianna frunció ligeramente el ceño.
—No lo sé con exactitud. Solo sé que desapareció hace muchos años y que todos la dieron por fallecida.
—¿Hubo un cuerpo? ¿Certificado de defunción? ¿Entierro oficial?
Brianna negó lentamente.
—No conozco esos detalles. Pero imagino que sí hubo algún tipo de declaración formal. Ian jamás habría podido heredar completamente el título y las propiedades sin resolver legalmente la situación de su primera esposa.
El abogado asintió con interés.
—Eso es importante. Muy importante, de hecho. —Tomó un pequeño cuaderno y anotó algo rápidamente—. ¿Cuántos años estuvo desaparecida la primera esposa?
—Cerca de doce o trece años.
Las cejas del abogado se alzaron apenas.
—Vaya… —musitó pensativo—. Bien. Eso cambia bastante las cosas.
Brianna apretó las manos sobre su falda, esperanzada.
—¿Por qué?

—Porque, después de un período prolongado de desaparición, especialmente cuando existen testimonios, una búsqueda fallida y la aceptación pública de la muerte, la ley puede reconocer legalmente a una persona como fallecida aunque no exista un cuerpo recuperado. —Brianna lo observó en completo silencio, con el corazón latiéndole con fuerza—. Si el conde contrajo matrimonio nuevamente después de que la primera esposa fuera considerada legalmente muerta… entonces su unión con usted probablemente continúa siendo válida ante la ley inglesa.

El alivio golpeó el pecho de Brianna tan rápido que casi tuvo que contener la respiración.

—¿Pero? —dijo con cautela, sabiendo que siempre había un *«pero»*.

—Debo ser prudente hasta revisar todos los documentos oficiales relacionados con el primer matrimonio del conde. Pero, siendo completamente sincero… dudo mucho que la ley invalide su matrimonio actual después de tantos años de desaparición de la primera esposa, existiendo además una hija legítima nacida de la unión de su matrimonio con el conde, el cual fue un matrimonio legal y católico.

Brianna se mordió el labio para no sonreír.

—Entonces… Aurora sigue siendo legítima.

—Por supuesto —respondió el abogado inmediatamente, casi sorprendido por la duda—. Mientras el matrimonio haya sido celebrado legalmente y bajo la creencia legítima de viudez del conde, su legitimidad no tendría por qué verse afectada.

«Gracias, Dios mío», pensó, cerrando los ojos apenas un segundo. No había sido capaz de admitir hasta ese momento cuánto la aterraba que Aurora pudiera quedar marcada por todo aquello.

El abogado volvió a acomodar los documentos, llamando su atención.

—Sin embargo, debo hablar personalmente con el conde antes de darle un veredicto definitivo. Necesitaré acceso a ciertos registros legales, eclesiásticos y posiblemente documentos escoceses relacionados con la primera esposa.

Brianna asintió repetidamente.

—¿Pero cree que mi matrimonio sigue siendo válido? —preguntó, queriendo confirmar una vez más que no hubiera escuchado mal.
El abogado la observó fijamente antes de responder, como si estuviera hablando con una niña a la que había que repetirle las cosas para que las entendiera.
—Sí, milady. Creo que lo más probable es que usted continúe siendo la legítima condesa de Warwick.

Capítulo 13

El día en Londres había amanecido despejado. Una tenue luz dorada atravesaba las nubes grises que normalmente cubrían la ciudad. Para cualquier londinense, eso probablemente seguía siendo un clima frío y húmedo, pero para Gregor parecía el inicio de la primavera. Después de tantos años soportando el frío brutal de las Tierras Altas, el aire londinense le parecía absurdamente suave.

Apenas amaneció, abandonó la habitación de invitados donde lo habían instalado y bajó hacia la parte trasera de Warwick House, donde se encontraban los establos, el almacén de provisiones y el pequeño patio de servicio usado por los empleados de la residencia. Necesitaba moverse. Había estado demasiados días encerrado dentro de un carruaje y comenzaba a sentirse inquieto, aún más entre tanta elegancia inglesa. Así que, antes de que los empleados terminaran de organizar las tareas del día, él mismo se ofreció para ayudar con algunos trabajos pesados.

Primero cargó varias cubetas de agua desde la bomba del patio hasta los depósitos interiores usados para las cocinas y las habitaciones superiores. Después trasladó sacos de carbón y pequeños barriles hacia una de las zonas de almacenamiento. Todo eso sin dificultad alguna; hasta algunos mozos de cuadra y sirvientes dejaron de trabajar unos segundos solo para observarlo cargar dos cubetas llenas como si no pesaran nada.

Luego pidió un hacha, preguntó dónde estaba la leña para cortar y pidió un poco de whisky. Era su costumbre escocesa de todas las mañanas: beber un poco de whisky para calentar el cuerpo y luego cortar leña para mantener su casa o el castillo —según dónde pasara más tiempo—, caliente. En los últimos meses, había pasado la mayoría de sus días en el castillo Dunmond más que en sus propias tierras, otorgadas por Ian dentro del clan.

En ese momento, estaba junto al cobertizo de madera del patio trasero, partiendo troncos para las chimeneas de la residencia mientras el sol comenzaba a elevarse y a calentar el ambiente, lo que terminó obligándolo a quitarse la camisa. Y, como buen escocés, le importaba muy poco quién pudiera ofenderse por ello. Su piel era blanca, acostumbrada más a la lluvia que al sol, y comenzaba a enrojecerse ligeramente bajo los débiles rayos solares. El sudor descendía lentamente por sus hombros anchos y los músculos marcados de sus brazos, pecho y abdomen mientras levantaba el hacha una y otra vez para cortar la madera.

Varias sirvientas que cruzaban el patio fingían no mirarlo, pero Gregor notaba perfectamente cómo reducían el paso al transitar cerca.

El sonido de unos pasos suaves llamó su atención justo cuando dejaba caer otro tronco partido sobre el montón de leña. Al girarse, encontró a una joven que sostenía una bandeja de plata con un vaso de whisky hasta la mitad. Gregor se quedó mirándola más tiempo del necesario.

Era una joven rubia, de ojos grises y mejillas sonrojadas. Curvilínea de una forma suave y tentadora que destacaba incluso bajo el sencillo uniforme de sirvienta que llevaba puesto. Sus labios llenos permanecían ligeramente entreabiertos mientras lo observaba sin saber exactamente dónde mirar. Gregor apoyó lentamente el hacha contra el tronco mientras una leve sonrisa aparecía en su rostro. La joven desvió la mirada con rapidez hacia su pecho desnudo antes de volver a subirla con torpeza.

«Es muy bonita».

—El… el whisky, señor —murmuró, acercándose apenas. Gregor tomó el vaso y dio un rápido sorbo, sintiendo el líquido bajar por su garganta.

—Justo lo que necesitaba —murmuró en gaélico, haciendo que la joven ladeara la cabeza sin comprender—. Gracias, *àlainn.*[1]

El acento y las palabras en gaélico parecieron ponerla todavía más nerviosa, y eso le gustó. La joven carraspeó suavemente antes de señalar la camisa tirada a un lado, sobre los troncos ya cortados.

—Creo que… debería ponerse la camisa, señor. El sol está quemándole la piel.
Gregor soltó una pequeña risa ronca.
—¿Esto? —miró apenas sus hombros enrojecidos antes de volver a verla—. No es nada; hace meses que mi piel no ve el buen sol. En las Tierras Altas, estos días el frío es más fuerte de lo normal, así que un poco de sol no me matará, muchacha.
La joven terminó asintiendo, desviando la mirada al suelo para no ver su torso desnudo y sudoroso.
—¿Cómo te llamas? —preguntó Gregor con un deje de curiosidad mal disimulada. Ella se mordió el labio inferior un segundo antes de responder.
—Josiane —dijo en voz baja; luego carraspeó otra vez y lo miró a los ojos—. Mis padres son el mayordomo y el ama de llaves de la residencia.
Gregor levantó las cejas y ladeó la cabeza, recordando el nombre que Brianna había dicho la noche anterior. Pero él había estado demasiado concentrado en su comida como para haber levantado la mirada. Había sido un gran error no haberlo hecho; tal vez hubiera pasado una buena noche, teniendo en cuenta la reacción y la atracción que había provocado en la joven.
Gregor dejó que la mirada descendiera lentamente por su figura antes de volver a sus ojos grises. Josiane se sonrojó de inmediato, más de lo que ya estaba. Y eso le provocó una diversión peligrosa.
—Bonito nombre —murmuró, acercándose apenas un paso. Josiane tragó saliva, visiblemente nerviosa.
Gregor sonrió de lado. Nunca había estado con una inglesa; siempre había pensado que eran demasiado remilgadas y frías para resultar interesantes en la cama. Pero, observando a la joven sonrojada frente a él… tal vez Londres no sería tan aburrido después de todo. Y qué mejor distracción que una mujer como Josiane.

∞∞∞

La mañana había transcurrido con tranquilidad. Después de la reunión con el abogado, Brianna pasó el rato con su hija hasta la hora del almuerzo, el cual compartió solo con Aurora. No sabía dónde se había metido Gregor hasta que Harriet le informó que había salido en uno de los caballos para recorrer la propiedad. Brianna no se sorprendió ni se preocupó; después de todo, él era escocés e imaginaba que no era propenso a estar sentado todo el día.

Después del almuerzo, Brianna subió de nuevo a la habitación junto a Aurora. Luego se recostó un rato y terminó durmiendo un poco con la niña, hasta que despertó dos horas después debido a varios golpes insistentes en la puerta. Brianna abrió los ojos lentamente, todavía desorientada por el sueño.

—¿Sí? —preguntó, frotándose apenas los ojos mientras se incorporaba.

—La Duquesa de Lancaster y la Marquesa de Normanby la esperan en el salón de té, milady.

Brianna parpadeó varias veces antes de comprender completamente las palabras. ¿La Duquesa de Lancaster y la Marquesa de Normanby? Se pasó una mano por el rostro adormilado, tratando de recordar quiénes eran, hasta que abrió los ojos al reconocerlas.

—Jayne y Katherine —musitó, incorporándose y bajando de la cama. Se alisó el vestido color crema que había elegido ese día y se miró al espejo para pasar las manos por su cabello corto, organizando sus ondas—. Harriet —llamó Brianna—, puedes entrar.

La mujer entró enseguida, viendo cómo Brianna se empolvaba el rostro y pestañeaba.

—¿Hace cuánto llegaron? —preguntó, girándose hacia el ama de llaves.

—Hace un par de minutos. Están acompañadas de sus hijos y niñeras —avisó Harriet, mirando a Aurora, aún dormida en la cama.

Brianna se mordió el labio y asintió.

—Despierta a Aurora, hazlo despacio, péinala y luego baja con ella a la sala de té —ordenó mientras se dirigía a la puerta—. También ordena que preparen bocadillos y té. —Harriet asintió a todo—. Ah… y ponme una doncella; no tienes que hacerlo todo tú sola.

Harriet le sonrió agradecida.
Brianna bajó casi corriendo las escaleras hasta el primer piso. Caminó con paso apresurado hacia la sala de té y, cuando estuvo ante la puerta, respiró hondo y dibujó una leve sonrisa en sus labios.
—Buenas tardes —dijo, sonriendo ampliamente al ver a las amigas de su hermana sentadas en los sillones, mientras cuatro niños estaban sentados correctamente en el sillón más grande, con dos mujeres detrás de ellos.
Jayne y Katherine se levantaron enseguida, devolviéndole la sonrisa. Brianna le había ordenado a Harriet invitarlas a tomar el té, pero, si era sincera, no había recordado los títulos que habían adquirido tras casarse.
Al no saber cómo dirigirse a ellas, si con la confianza para tutearse o con la educación que los títulos requerían, esperaría que fueran ellas quienes dieran el paso.
—Hola, querida —saludó Katherine.
Brianna se sorprendió al verla tan cambiada; ya no parecía la misma mujer que había conocido años atrás, la misma que visitaba a Amelia constantemente porque no tenía más amigas en la sociedad. Ahora parecía toda una mujer de familia, perfectamente vestida y peinada, con un rostro más maduro. Luego miró a Jayne, la mujer que había sido su madrastra por menos de dos meses y se había convertido en una gran amiga para Amelia. Ahora estaba visiblemente embarazada; Brianna juraría que su parto estaba demasiado próximo y le sorprendía que estuviera tan tranquila, visitándola.
—Dios mío, Brianna, mírate, cómo has cambiado —expresó Jayne, sorprendida—. Fue una pena no haberte visto cuando visité Nueva Orleans hace poco.
Brianna le sonrió de vuelta notando que estaban en confianza.
—Sí, una pena —repitió, sabiendo que ella y su esposo solo habían ido para ayudar a Amelia y que no estuvieron muchos días en la ciudad—. Me alegra verlas de nuevo.
En comparación con su hermana Amelia, ella no tenía una gran confianza con la duquesa y la marquesa, pero Amelia la reprendería

si supiera que había estado en Londres y no había contactado a sus amigas.
—¿Solo volviste tú o tus hermanas también? —preguntó Katherine sin perder la sonrisa.
Ambas mujeres se veían radiantes y felices; tal vez eso hacía el amor y la felicidad a largo plazo.
—Solo yo. Como la condesa de Warwick, era hora de que diera la cara —intentó bromear un poco, aunque solo era para sacar el tema y ver qué decían ellas respecto a su estatus en la sociedad, porque dudaba que tuviera buena reputación dado el tiempo que estuvo ausente.
—¿Entonces asistirás a la temporada de este año? —preguntó Jayne. El entusiasmo se le notaba, pero Brianna no sabía si debía tomar eso como una buena señal.
—No creo que pueda quedarme la temporada completa —respondió, aunque dudaba que pudiera quedarse incluso hasta el inicio de esta, para lo cual faltaban al menos dos meses.
—No importa; al menos callarás unas cuantas lenguas —añadió Katherine. Brianna ladeó la cabeza.
—¿Callar lenguas? —preguntó.
Aún estaban de pie; ni siquiera se habían vuelto a sentar. Las niñeras estaban pendientes de los niños, aunque sus oídos estaban muy atentos a la conversación. Jayne arqueó una ceja y, con disimulo, las señaló. Brianna enseguida comprendió.
—Sentémonos —ofreció, señalando los sillones.
Justo en ese momento entraron dos sirvientas con bandejas de té y bocadillos, que dejaron en la mesa de al lado. Y más atrás entró Harriet con Aurora, quien, enseguida, al ver a más niños, se puso nerviosa y corrió hasta donde estaba su madre.
Katherine y Jayne miraron a la niña y luego a Brianna con rostros sorprendidos. Katherine, sin poder aguantarse, habló:
—¿Cómo…?
—Es una bella niña —interrumpió Jayne, recuperando la compostura y mirando a Katherine con las cejas arqueadas. La pelirroja se sonrojó y asintió.

Brianna sonrió divertida al ver la interacción de ambas. Podía notar que, en personalidad, Katherine no había cambiado mucho.
—Esta es mi hija, Aurora Dunmond —presentó, remarcando el apellido de Ian para que no hubiera dudas.
Ambas mujeres asintieron y, para aligerar el ambiente, miraron a sus hijos, que habían permanecido quietos en sus lugares. Katherine fue la primera en señalar a dos niñas: una pelirroja y otra castaña, ambas de ojos violetas como su madre.
—Ellas son mis hijas, Eleanor, la mayor —señaló a la de cabello castaño claro y luego a la pelirroja—, y Violet, la menor.
Brianna les sonrió a las niñas; la castaña debía de rondar la edad de Aurora o quizá ser meyor por apenas unos meses. Luego miró a la pareja que estaba al lado de las niñas: un niño, que parecía ser el mayor y el único varón del grupo, y luego a la niña. Ambos eran rubios y muy parecidos; la niña era mucho más pequeña y podría tener la edad de la hija menor de Katherine.
—Es muy difícil no llegar a la conclusión de que ellos son tus hijos, ¿cierto? —bromeó Jayne. Brianna sonrió y asintió.
—Son muy parecidos a ti y a Christian —dijo Brianna con suavidad, aún con Aurora en su regazo.
De hecho, ni siquiera le importaba estar en presencia de dos mujeres de la alta sociedad para tener a su hija sobre ella; después de todo, quería creer que estaba en confianza con las mejores amigas de su hermana.
—Mi hijo, Cassian, y mi hija Audrey —señaló Jayne a cada uno.
—Hicieron una familia hermosa —halagó Brianna con sinceridad.
—Sí, es una pena que ustedes tuvieran que irse tan lejos —dijo Jayne con un tono de pena, aunque sin agregar nada más—. ¿Los niños pueden jugar en la sala de juegos?
Brianna entreabrió los labios y los volvió a cerrar, dándole una mueca de disculpa.
—Apenas llegué anoche y creo que esa sala está completamente vacía —se disculpó Brianna.
—Milady —interrumpió Harriet, dando un paso al frente—. La sala de juegos está habilitada para los niños.
Brianna ladeó la cabeza, totalmente sorprendida.

«¿Acaso Ian... también había comprado juguetes sin saber si su hijo era niña o niño?», se preguntó Brianna. Luego parpadeó y asintió. Miró a su hija, que estaba en su regazo observando a los niños que estaban enfrente.

—Terroncito —susurró Brianna. Aurora la miró, alzando la cabeza—. ¿Quieres conocer a tus nuevos amiguitos?

Aurora volvió a mirar a los niños; luego volvió su mirada a su madre y asintió.

—Harriet, lleva a los niños y a las niñeras a la sala, y que les sirvan galletas —ordenó Brianna.

El ama de llaves enseguida asintió y, antes de salir, hizo una pequeña reverencia a modo de cortesía. Aurora se bajó de su regazo, no sin antes darle un beso de despedida e irse con los demás niños y niñeras.

Katherine y Jayne la miraron con una expresión de anhelo que dejó a Brianna confundida.

—Nuestros hijos no pueden hacer eso en público —comentó Katherine con tristeza—. Leo y yo hemos criado a nuestras hijas con amor, pero siempre han sabido que, en público y frente a la sociedad, deben comportarse como se espera —explicó, y Brianna pudo sentir la impotencia en su voz.

Aunque eran felices en sus matrimonios y familias, sabía que eso no podía mostrarse ante la sociedad; era una pena que la aristocracia criticara y sentenciara los actos de amor público, cuando lo más humano era dar y recibir cariño. Por una parte, le daba la razón a Gregor sobre el comportamiento escocés.

—Nueva Orleans es diferente. Aunque sí hay una fuerte influencia inglesa, los protocolos no son tan rigurosos ni la sociedad tan cruel —dijo Brianna, sonriendo un poco al recordar la ciudad en la que había vivido por tres años. Mentiría si dijera que no extrañaba el lugar.

—Tal vez le mencione a Leo lo de visitar América —expresó Katherine con una sonrisa. Jayne la miró y asintió.

—Deben hacerlo; la verdad, sí es otro mundo —agregó Jayne.

Mientras ellas conversaban sobre lo lindo y bueno que era Nueva Orleans, Brianna pensó en lo que habían dicho antes.

—¿A qué se refirieron con que debía callar lenguas? —preguntó, a la vez que tomaba su taza de té y le echaba un poco de azúcar.
—Bueno —comenzó Katherine, mirándola—, tú y tus hermanas llevan fuera de la sociedad bastante tiempo. Han dado mucho de qué hablar, y principalmente tú, que eres la condesa de Warwick. Ni siquiera fuiste presentada en sociedad —explicó.
Brianna asintió, pero aquello ya no era su culpa; tampoco iba a explicar por qué salieron huyendo, aunque imaginaba que ellas no figuraban entre las personas que creyeron la mentira de Ian.
—Tu esposo siempre aseguró que estaban bien, ya fuera en el campo o en Escocia, y que ninguna de las tres deseaba presentarse ante la sociedad por el momento. Al principio, todos creyeron que era por causa del difunto conde, tu padre, por lo que había hecho; pero, al pasar el tiempo, comenzaron a creer algo más, que había algo demasiado extraño para que las hermanas Straton ni siquiera pusieran un pie en la ciudad de vez en cuando.
Brianna entonces comprendió la urgencia de Ian para que ella aceptara viajar con él de vuelta a Londres. El escándalo y las suposiciones eran mayores de lo que había creído.
—¿Y qué cree la sociedad que pasó conmigo y mis hermanas? —preguntó Brianna.
Katherine y Jayne intercambiaron una mirada rápida.
—Los rumores son varios, Brianna, y ninguno es especialmente halagador —confesó Jayne con pesar—. Se decía que tu salud era tan frágil que el aire de Londres te resultaría mortal, una excusa que tu esposo mantuvo con firmeza. Pero, con el paso de los meses, los rumores se tornaron maliciosos. Se empezó a decir que el conde te mantenía encerrada en alguna propiedad remota de Escocia porque habías perdido la razón tras la muerte de tu padre.
Brianna frunció el ceño.
—Esa es la versión más amable —intervino Katherine, entrelazando los dedos sobre su regazo—. Otros sugirieron que tu esposo te había desterrado discretamente porque habías cometido una indiscreción imperdonable antes de que el matrimonio se consolidara ante la vista de todos. Insinuaban que tu ausencia no era más que un castigo o la forma que él encontró para evitar que un posible

escándalo manchara el título. Y sobre tus hermanas tampoco fueron muy amables.
—La verdad, tu esposo nunca desmintió ninguno de esos rumores; solo decía que sus pupilas y esposa estaban en perfectas condiciones, ya fuera en Windsor o Escocia.
—Pero cuando surgió el rumor de que tu esposo tenía una…
—¡Katherine! —la reprendió Jayne una vez más.
—¿Qué? Brianna merece saber a qué se enfrentará esta temporada.
Brianna tragó saliva y asintió, dándole la razón a Katherine.
—Continúa, por favor —pidió.
—Hubo un rumor que salió directamente de aquí, de Warwick House, de que el conde tenía una amante y estaba embarazada —terminó de decir Katherine, y Brianna sintió un pinchazo en el pecho, como si le hubieran dado para matarla.
—Eso fue hace... algunos meses. El rumor surgió, pero ni siquiera tu esposo estaba en Londres —continuó Jayne.
Brianna comprendió que el rumor pudo haber surgido por Isobel porque, si hacía cuentas y según lo que Ian le había contado, Isobel aún debía de haber estado en la residencia. Apretó los puños con ira contenida.
—Y por eso, luego, pensaron que tal vez tu esposo se... deshizo de ti —finalizó Katherine con cautela. Brianna abrió los ojos sorprendida, comprendiendo de dónde nació el rumor que obligó a Ian a chantajearla al principio, al llegar a Nueva Orleans, para que lo acompañara a Londres.
«Debemos ir con el Rey urgentemente», pensó horrorizada ante el hecho de que pensaran que Ian era un asesino. Y aún más por lo que habían murmurado de ella.
—Así que... piensan que soy una demente, una mujer adúltera o que estoy muerta —concluyó Brianna sin disfrazar su lenguaje. Ambas mujeres asintieron.
—Por eso es tan importante tu regreso a la temporada social —dijo Jayne—. Al aparecer ahora, radiante, sana y con una hija tan encantadora como Aurora, todas esas teorías se desmoronarán por su propio peso. Pero no será fácil. La sociedad londinense analizará

cada uno de tus gestos y cada palabra que intercambies con tu esposo en público, buscando una grieta que confirme sus rumores.
—Y lo más importante, querrán saber por qué la condesa de Warwick decidió finalmente salir de las sombras —añadió Katherine.
Brianna dejó escapar un largo suspiro, mirando hacia la puerta por donde se habían marchado los niños. No sabía si tenía caso preocuparse por desmentir los rumores, y más cuando ella en realidad no pretendía quedarse para la temporada social de ese año; pero debía pensar en su hija, en si en algún futuro pretendía presentarla ante la sociedad londinense, aunque empezaba a creer que lo mejor sería alejarla de toda la nobleza inglesa.
—Si quieren una actuación, se la daré —dijo Brianna, recobrando la compostura y alzando la barbilla—. Pero no será una mentira completa. Mi hija es real, no estoy loca ni me pasó nada de lo que dicen los rumores, y mi matrimonio con Ian es real. Aunque sé que ustedes están al tanto de lo que realmente pasó, que huimos a Nueva Orleans, y les agradezco que hayan mantenido el secreto.
Jayne le brindó una cálida sonrisa.
—Nosotras las apreciamos mucho —aseguró Jayne, y Katherine asintió.
—En dos días será el cumpleaños de mi esposo —dijo Katherine, cambiando el tema—. Están invitados. Y me encantaría que asistieran; verán que con nosotros tendrán muchos aliados.
—Sí, somos una gran familia entre amigos cercanos y familia de verdad —añadió Jayne sonriendo.
Brianna estaba a punto de rechazar la invitación —no había manera de asistir sin Ian—, pero justo en ese momento la puerta de la sala de té se abrió, llamando la atención de las tres mujeres. Brianna sonrió al ver a su esposo de pie en el umbral, mirándola fijamente, muy molesto.
Pero verlo solo la hacía feliz a ella y a su corazón, desbocado por tenerlo allí cuando ni siquiera había pasado un día desde su llegada a Londres. Volvió la mirada a Jayne y a Katherine con la misma sonrisa.
—Ahí estaremos.

Capítulo 14

El salón de juegos ocupaba gran parte de una de las alas privadas de Warwick House. Las amplias ventanas dejaban entrar la luz de la tarde, iluminando los estantes llenos de juguetes, muñecas de porcelana, juegos de té, caballos de madera y pequeños soldados tallados y pintados a mano.

Aurora permanecía quieta cerca de la entrada, observando cómo los otros niños jugaban con naturalidad con los juguetes. Las niñeras permanecían apartadas, conversando entre ellas cerca de las ventanas, prestando atención únicamente a los niños que debían cuidar, ignorando deliberadamente a Aurora.

Eleanor y Violet jugaban sobre la alfombra con miniaturas de juegos de té y muñecas, mientras Audrey, la más pequeña, intentaba acomodar una muñeca enorme sobre una silla diminuta. Cassian, el mayor de todos, fue el único que se acercó a Aurora sosteniendo dos soldaditos de madera entre las manos.

—¿Quieres jugar? —preguntó ofreciéndole uno. Aurora levantó sus ojos azules y lo miró un segundo antes de asentir tímidamente.

—Sí.

Cassian sonrió un poco y entonces la tomó de la mano y la guió hasta donde estaban sus primas y su hermana. Aurora se sentó junto a ellas y colocó su soldadito entre las pequeñas tazas y platos de porcelana del juego de té. Eleanor alzó la vista de inmediato y frunció el ceño.

—Ahí no deben ir los soldados.

Aurora la miró confundida.

—¿Por qué no?

—Porque los soldados están para proteger a la princesa.

Aurora bajó un poco los hombros y tomó nuevamente el muñeco de madera entre las manos, pero antes de que pudiera apartarlo, Cassian habló.

—Déjala, Ele. Son sus juguetes.
Eleanor negó enseguida y se cruzó de brazos con un bufido.
—No me importa.
—Entonces le diré al tío Leo y a la tía Kate.
—¡Cass, no! —chilló Eleanor mirandolo como si fuera a llorar.
Aurora observó a ambos sin decir nada, y más porque su atención terminó desviándose rápidamente hacia un gran caballo de madera colocado cerca de la chimenea. Dejó a los demás niños y caminó hasta él, intentó subir sola, pero no logró hacerlo.
—¿Quieres subir? —preguntó Cassian, apareciendo detras de ella. Aurora asintió enseguida.
El niño la ayudó cuidadosamente a sentarse sobre el caballo y Aurora soltó una pequeña risa sujetándose de las asas de madera. Cassian también terminó riendo apenas al verla tan feliz.
En ese momento, las puertas del salón de juegos se abrieron. Brianna entró primero, deteniéndose abruptamente al observar el salón completamente acondicionado con juguetes tanto para niñas como para niños.
—Aquí están —dijo Katherine entrando junto a Jayne.
Aurora giró la cabeza rápidamente hacia la puerta.
—¡Mami!
Brianna dejó de observar el salón con sorpresa para prestarle atención a su hija, que estaba sobre un caballo de madera mientras el hijo de Jayne permanecía a su lado sujetándola para que no cayera.
Jayne soltó una pequeña risa divertida a su lado.
—Cass es muy educado y caballeroso. Le gusta ayudar a su hermana y a sus primas, y veo que no solo lo hace con las mujeres de su familia —comentó.
Brianna asintió levemente.
—Entonces están haciendo un buen trabajo.
—Sí. Christian teme no estar haciéndolo bien con Cass debido a cómo fue criado por su padre —continuó Jayne.
—Creo que algunos hombres tienen ese temor —respondió Brianna mirando la escena de Aurora con Cassian, aunque sus pensamientos estaban en Ian.

No quería ser grosera con Jayne y Katherine, pero debía admitir que deseaba que se retiraran para poder ir con Ian y hablar con él. Él se había visto bastante molesto, y lo había demostrado al dedicar apenas un saludo de cortesía antes de darles la espalda y retirarse.
Jayne y Katherine se levantaron poco después, anunciando también su retirada. Brianna no se molestó en retenerlas ni en disculparse por el comportamiento de su esposo. Ella solo deseaba ya estar frente a él.
—Podrías venir mañana a Windsor House. La esposa de mi hermano Logan hará una pequeña recepción de té —avisó Jayne—. Es un poco aburrido cuando no hay eventos a los que asistir.
—Tal vez asista —respondió Brianna, sabiendo que en realidad no iría. Ella no era tan segura como Clariss, ni tan abierta como Amelia. Prefería quedarse refugiada en su hogar junto a su hija.
Luego de las despedidas, Brianna soltó un suspiro. Ordenó a Harriet que cuidara de Aurora en el salón de juegos mientras ella se reunía con su esposo, a quien le habían informado que se encontraba en la habitación.
Brianna caminó por los pasillos con paso moderado, conteniéndose para no correr frente a las sirvientas que limpiaban el polvo de los cuadros y acomodaban los jarrones decorativos. Al llegar a la habitación, entró sin tocar. La chimenea estaba encendida, las cortinas de las ventanas corridas y las velas de los candelabros iluminaban la estancia con una luz cálida y tenue. Buscó a Ian con la mirada, pero no lo encontró hasta que escuchó el suave chapoteo del agua proveniente del cuarto de baño conectado a la habitación.
Su corazón parecía un tambor dentro de su pecho mientras avanzaba hacia donde estaba Ian, seguramente tomando un baño después del largo viaje. Al asomarse, lo encontró recostado dentro de la bañera llena de agua. Menos de la mitad de su espalda sobresalía de la bañera, dejando visibles algunas de sus cicatrices. Su cabello, ahora más largo hasta la nuca, estaba completamente mojado.
Ella dio otro paso, haciendo resonar el tacón de su zapato. Ian ni siquiera se tensó, como si ya hubiera percibido su presencia. Ella se

detuvo a mirarlo otra vez, presa de la tensión y la excitación que le causaba saberlo completamente desnudo bajo el agua.
Ian, por su parte, solo giró la cabeza por encima de su hombro, observando la silueta de su fugitiva esposa. Sin importarle su desnudez o que cubriría el suelo de agua, se levantó y salió de la tina, posicionándose frente a ella. Brianna contuvo la respiración al verlo completamente desnudo. Sus ojos azules lo recorrieron sin disimulo; ella era su esposa, su mujer, tenía todo el derecho de contemplar el glorioso cuerpo de su esposo. Tenía ganas de besarlo, de compensar el hecho de haber huido de él. Después de todo, ni siquiera había pasado un día desde que llegó a Londres y él ya estaba ahí. Lo que quería decir que salió tras ellos apenas supo que no estaba en el castillo.
¿Acaso necesitaba más prueba que esa?
Se quedó quieta, sosteniéndole la mirada, conteniendo el deseo de acercarse y tocarlo. Él avanzó lentamente, dejando pequeñas gotas de agua sobre el suelo de madera. Los músculos de su cuerpo se tensaban con cada paso hasta quedar frente a ella. Sin decir una palabra, tomó su mentón entre los dedos y le alzó apenas la cabeza para obligarla a mirarlo a los ojos.
—Creo que mi esposa escurridiza necesita un castigo —susurró él sobre sus labios. Ella entreabrió los suyos, lista para recibir el beso, pero él se lo negó, tentándola.
—Ian —suplicó ella, poniendo sus manos sobre su pecho desnudo.
Él tampoco resistió mucho más. La sujetó por la cintura y la pegó contra su cuerpo antes de besarla con una intensidad desesperada. Brianna gimió suavemente al sentirlo nuevamente junto a ella, besándola como no habían podido hacerlo en Escocia. Ian la sostuvo contra él sin saber cómo recuperar el maldito tiempo que habían perdido todos esos días. Estaba tan desesperado por tenerla y sentirla a su lado, de confirmar que ella seguía amándolo, que no volvería a desaparecer. La besó con pasión desmedida, con el deseo de días acumulado en su cuerpo.
—Quítame el vestido —pidió ella entre jadeos, y él obedeció sin rechistar.

Con tanta desesperación, el vestido quedó hecho pedazos en el suelo. Luego le siguieron el corsé, las enaguas y los calzones, hasta que por fin estuvo completamente desnuda frente a él. Él la alzó con facilidad y Brianna lo rodeó con las piernas, soltando un gemido ahogado al sentir la dureza masculina rozar su feminidad.

Ian la pegó a la pared más cercana mientras seguía besándola, y ella pasaba sus manos por su cabello, nuca y espalda. Él bajó la mano a su sexo, encontrándola completamente húmeda y lista para él. Sin esperar más, la embistió completamente. Ambos soltaron un gemido de satisfacción. Brianna alzó la cabeza, dejando el cuello libre para los besos húmedos de Ian, a la vez que se acomodaba mejor para las embestidas rápidas y certeras. No había palabras, solo el sonido de sus gemidos mezclado con el de sus cuerpos desnudos chocando uno contra el otro con cada penetración. Brianna no demoró en llegar al clímax, e Ian tampoco se hizo esperar, soltando un gruñido mientras mordía suavemente la piel del cuello de su mujer.

Ambas respiraciones eran entrecortadas. Ian mantenía su rostro en la curva del cuello de Brianna mientras aún la sujetaba y permanecían unidos. Ella tenía la cabeza recostada contra la pared, tratando de acompasar su respiración.

—Si este es el castigo, tendré que huir más seguido —bromeó ella.

Ian levantó la cabeza y la miró con una ceja arqueada.

—Nunca podrás huir de mí, esposa —sentenció él antes de besarla y volver a embestirla, haciéndola soltar un gemido a través del beso.

Ian caminó con ella hasta la cama, recostándose él boca arriba mientras ella quedaba a horcajadas sobre él. Brianna podía sentir cómo su miembro iba endureciéndose una vez más aún dentro de ella, y pudo sentir cómo una corriente de excitación le recorría el cuerpo, acumulándose en su bajo vientre. Se movió suavemente, haciendo que Ian cerrara los ojos y se arqueara. Ella sonrió extasiada por la reacción de él. Recordó las veces que lo montó cuando estuvieron en el barco, y haciendo los mismos movimientos, pero más lentos y torturadores, vio cómo los músculos del pecho masculino se contraían.

Ian llevó sus manos a las caderas de Brianna y la obligó a sentarse más profundo sobre él. Al sentir la sensación caliente y apretada de ella, apretó las manos sobre sus caderas sin medir su fuerza.
Brianna, al estar tan excitada, ni siquiera se quejó; solo siguió moviéndose, quitando las manos de él y colocándolas sobre su cabeza. La posición hizo que ella quedara sobre su rostro. Lo besó y empezó a moverse más rápido, más profundo. Continuó sin parar hasta que ambos volvieron a llegar al clímax.

Capítulo 15

Las horas pasaron sin siquiera notarlo, pero el tiempo juntos nunca parecía suficiente. Ian necesitaba más, más para que Brianna comprendiera que la amaba, que estaba dispuesto a todo por ella. Ambos seguían en la cama, desnudos bajo las mantas revueltas, disfrutando del silencio.

Hacía apenas unos minutos que habían terminado de hacer el amor una vez más; pero Ian seguía sintiendo que no tenía suficiente de ella, especialmente después de tantos días sin poder tenerla de esa manera. Brianna tenía la cabeza recostada sobre su pecho mientras deslizaba distraídamente los dedos sobre los músculos de su abdomen. Ian, por su parte, jugaba lentamente con algunos mechones de su cabello rubio.

—¿Por qué huiste? —preguntó, rompiendo el silencio.

Brianna dejó los dedos quietos unos segundos antes de volver a moverlos suavemente sobre su piel. Permaneció acomodada sobre él, aunque Ian notó cómo su respiración se volvía más pesada. Él no insistió, pero esperaba una respuesta.

—Necesitaba salir de ahí, Ian —comenzó ella en voz baja—. Sé que es tu hogar, tu clan, pero ellos no me aceptan, me sentía... —levanto entonces la cabeza para mirarlo. Ian sostuvo su mirada sin juzgarla —... Fuera de lugar, tampoco sé el idioma, y además... Aisla, creo que complicaba cualquier posibilidad de tener una buena relación con el clan.

Ian asintió apenas, casi imperceptible. Brianna tenía razón en todo. Dejó escapar un suspiro cansado a la vez que echaba su cabello hacia atrás.

—No sabes cuánto lamento que hayas tenido que pasar por eso— admitió con sinceridad—. La verdad, pensé que mi clan sería menos

arcaico. Y sí, la llegada de Aisla complicó mucho más las cosas. Pero te prometo que eso se resolverá, Aisla aceptó el divorcio.

Brianna se incorporó inmediatamente hasta quedar sentada frente a él sobre la cama. Con una mano sostuvo la manta contra su pecho mientras lo observaba con sorpresa.

—¿Qué? —inquirió arqueando las cejas—. ¿Ella aceptó?

—Sí. Ambos hemos cambiado y aceptamos que entre nosotros ya no queda amor.

Ian vio cómo Brianna bajaba la mirada y fruncía el ceño, como si estuviera pensando en algo más. Él levantó una mano y acarició suavemente su mentón para obligarla a mirarlo otra vez.

—¿Qué ocurre? —preguntó observándola con atención—. No estás feliz de saber que todo tendrá una solución?

Ella negó despacio.

—Solo trato de entender algo. Si ella aceptó que ya no siente nada por ti y está de acuerdo con el divorcio… ¿por qué subió a la tarima para aquel brindis?

Ian se acomodó mejor sobre la almohada, colocando uno de sus brazos detrás de la nuca.

—Presión —respondió simplemente—. Esa noche estaba todo el clan presente, tanto ella como yo, nos vimos presionados y acorralados.

Mientras hablaba, recordó las palabras que le había dicho su hermana esa misma noche: *«Empiezo a pensar que tu autoridad sobre el clan flaquea, hermano».*

No era que su autoridad flaqueara. Simplemente no quería convertirse en su padre. No quería ser un líder tirano que imponía su palabra sin importar si estaba bien o mal.

—Cuando mi padre murió y asumí el lugar de laird —continuó mientras Brianna lo escuchaba atentamente—, juré que jamás sería como él. Quise ser más justo, dar más libertad al clan… y lo hice. Pero ahora creo que he sido demasiado blando.

Su expresión se endureció un poco mientras apretaba el puño detrás de su cabeza.

—Pero se acabó. Si ellos no son capaces de aceptarte como la mujer que amo, entonces son libres de irse.

Brianna entreabrió los labios y negó con la cabeza.

—Pero ellos son tu familia —dijo con suavidad, pasando las manos sobre el abdomen de Ian.

Él sonrió un poco viendo lo buena que seguía siendo su mujer incluso después de todo el rechazo que había recibido.

—No —musitó mientras acomodaba un mechón rubio detrás de la oreja de Brianna antes de acariciarle la mejilla con delicadeza—. Mi familia eres tú y nuestra hija, *mo chreach*.

A Brianna se le humedecieron los ojos al escuchar aquellas palabras. Saber que Ian la estaba poniendo por encima de su clan solo hacía que su amor por él creciera aún más, si es que eso era posible. Sin decir nada, se acercó y lo besó, intentando transmitirle todo lo que sentía por él en aquel momento. Ian respondió de inmediato, deslizando una mano hasta su nuca para acercarla más a su cuerpo. Solo se separaron cuando el aire comenzó a faltarles.

Brianna sonrió aún sobre sus labios mientras apoyaba la frente contra la de él.

—Te amo —musitó ella.

—Yo también te amo —respondió Ian cerrando los ojos unos segundos, sintiendo cómo todo dentro de él finalmente comenzaba a calmarse al escucharla decir esas palabras con tanta facilidad—. No vuelvas a huir de mí, por favor —suplicó en voz baja. Ella sonrió todavía más y negó suavemente con la cabeza.

—Lo prometo —susurró antes de besarle la punta de la nariz con ternura. Luego volvió a acomodarse sobre su pecho, y habló antes de que él pudiera volver a hacerlo—. No huí solo por el clan —murmuró—. También quería buscar una solución por mi cuenta.

Ian frunció ligeramente el ceño y bajó la mirada hacia ella.

—¿Una solución?

—Respecto a nuestro matrimonio.

—¿Qué hiciste? —preguntó Ian con curiosidad. Brianna levantó una vez más la cabeza para mirarlo.

—El día que escribí la carta para mis hermanas también envié otra al abogado del condado —explicó. Ian arqueó las cejas, claramente sorprendido—. Pensé en hablarlo contigo y venir juntos como habíamos planeado, pero después de todo lo ocurrido en el clan… decidí hacer las cosas por mi cuenta, además de que estaba muy enojada contigo.
—¿Y ya no estás enojada? —preguntó él en tono burlón, observándola con una pequeña sonrisa ladeada.
—Ahora que recuerdo que te olvidaste de mí y de tu hija el día de la boda… sí, todavía estoy enojada.
Ian soltó una breve risa baja. Una de sus manos subió lentamente por el cuerpo femenino, acariciando con delicadeza uno de sus pechos sobre la manta, haciéndola estremecerse.
—Lo siento, *mo chreach* —musitó antes de besarle el cuello. Luego levantó la mirada hacia ella y detuvo la caricia, adoptando una expresión mucho más seria—. No me olvidé de ustedes aquel día —aclaró—. Como debía estar antes en la parroquia, ordené que prepararan un carruaje para ustedes. No quería que caminaran bajo la lluvia ni que Aurora pasara frío. Pero Marion se entrometió e hizo que ese carruaje nunca llegara.
Brianna abrió los labios para hablar, pero terminó cerrándolos nuevamente mientras asentía despacio, comprendiendo por fin lo que había ocurrido.
—Entonces fue eso… —musitó más para sí misma que para él. Luego volvió a mirarlo—. Lo siento.
Ian negó enseguida con la cabeza.
—No tienes que disculparte —respondió acariciándole la mejilla—. En todo caso, todo esto es culpa mía. Si hubiera enfrentado antes al clan… y también a Aisla… nos habríamos ahorrado mucho caos.
Brianna le dedicó una leve sonrisa de tristeza.
—No tiene sentido pensar en lo que debimos hacer —murmuró mientras acariciaba lentamente la barba corta de Ian—. Ya estamos aquí. Ahora solo queda afrontar el futuro.
—Tienes razón —admitió antes de llevarse la palma de la mano de Brianna a los labios y besarla con suavidad—. Entonces, ¿cómo fue la reunión con el abogado?

Brianna sonrió al ver cómo él simplemente la apoyaba, en vez de haberla reprendido por haber tomado una decisión que, como mujer, no tenía que haber tomado.
—Le expliqué toda la situación. Lo de Aisla, los años que estuvo desaparecida, el hecho de que todos la daban por muerta, nuestro matrimonio, Aurora… todo.
—¿Y qué te dijo?
—Primero comenzó a hacerme muchas preguntas —explicó—. Quería saber cuánto tiempo llevaba Aisla supuestamente muerta, si hubo entierro, si existía un certificado de defunción, si el clan y las autoridades reconocieron oficialmente su muerte… cosas así.
Ian frunció un poco el ceño pensando en ello.
—Sí hubo registro —murmuró recordándolo—. El sacerdote certificó su muerte después del accidente. Nunca encontraron el cuerpo, porque hubo un incendio...
Su voz se apagó apenas un segundo al recordar aquel día y, ahora que lo pensaba, todo había sido demasiado extraño. Ni siquiera cuestionó que realmente hubiera sido Aisla; simplemente creyó en lo que había dicho uno de los hombres del clan, que supuestamente la había visto dirigirse al viejo establo… y luego el fuego.
Brianna llevó una mano a su pecho, acariciándolo suavemente, él vovlió a poner su atención en ella sin mencionar sus dudas.
—Entonces el abogado me explicó que, si legalmente Aisla fue considerada muerta durante años ante la ley, ante la Iglesia y ante la sociedad, nuestro matrimonio sigue siendo válido.
—¿En serio? —preguntó casi incrédulo. Brianna asintió inmediatamente.
—Dijo que tú contrajiste matrimonio creyéndote viudo legítimamente. Y como pasaron tantos años desde la supuesta muerte de Aisla… la ley protege el segundo matrimonio.
—¿Entonces…?
—Aurora es legítima —dijo Brianna con una sonrisa antes de que él terminara la pregunta—. Y yo sigo siendo tu esposa legalmente. Nuestro matrimonio no quedó inválido con el regreso de Aisla.
Por un instante, Ian la miró con incredulidad. Luego soltó una breve risa antes de tomarla por la cintura y hacerla girar con él sobre la

cama. Ahora era ella quien estaba recostada sobre el colchón, y él sobre ella.
—Dios… —murmuró antes de besarla con fuerza. Brianna sonrió entre el beso mientras Ian la abrazaba contra su cuerpo—. ¿Estás segura? —preguntó aun sin apartarse demasiado de sus labios.
—Eso fue lo que me dijo. Aunque también aseguró que debía hablar contigo personalmente porque, al ser mujer, seguramente consideró que no debía explicarme todo. Pero, al menos, gran parte de nuestra preocupación logró disiparse.
—No sabes cuánto me alegra escuchar esto —admitió Ian contra sus labios—. Ya no tendremos que escondernos, ni siquiera debo divorciarme de Aisla y luego casarnos. Pensé que debía ser rapido en esa cuestión para que los rumeres de Aisla no llegaran a oidos de la corona.
—Solo debemos concerntrarnos en dicipar los rumeros de la sociedad, ¿sabias que piensan que estoy loca, o que te fui infiel? —preguntó Brianna increduala aun, al recordar la converzación con Katherine y Jayne.
Ian arqueó una ceja divertido.
—He escuchado rumores peores, pero no les doy importancia, aunque sí deberíamos aprovechar que estamos aquí y presentarnos ante el rey, presentar a Aurora.
—Había pensado lo mismo —concordó Brianna.
—Bien, entonces enviaré una misiva al palacio —dijo Ian, deslizando los labios por el cuello de Brianna, dejando suaves besos húmedos sobre su piel. Brianna se arqueó para pegarse más a él, disfrutando de la sensación calida del cuerpo duro de su esposo.
Segundos depsues, Ian levantó la cabeza para mirarla con una sonrisa ladina.
—¿Qué? —preguntó ella.
—Tal vez deberíamos hacer una nueva boda —murmuró de repente.
Brianna abrió ligeramente los ojos y lo miró.
—¿Una boda? Ya estamos casado y no necesitamos una nueva boda, Ian.
—Entonces, una boda para renovar nuestros votos —continuó él—. Y será donde tú quieras. Si no deseas regresar a Escocia para eso… lo

haremos aquí, en Londres.
Brianna estaba sorprendida, nunca esperó una propoción de ese tipo Una renovación de votos, y él le habia dado libre elección del lugar donde quisiera celebrarla.
Ella no respondió, ni siquiera sabía si relamente una boda era tan necesaria, para ella, le bastaba saber que Ian habia cambiado, y que la amaba más que a nada.
Ian la no tener una respuesta, volvió a besarla lentamente, para no precionarla, la idea de renovar sus votos habia surgido mucho antes de llegar a Escocia, lo habia pensado cuando estaban en el barco, porque queria darle a Brianna una boda real, una donde él juraria amarla y respetarla, con tood su corazón, por el resto de su vida.
Pasaron varios minutos así, entre caricias y besos tranquilos, hasta que Brianna volvió a romper el silencio.
—Gregor se portó muy bien durante el viaje —comentó, y eso hizo que Ian entrecerrara los ojos. Aún seguía molesto con Gregor por no avisarle antes que Brianna planeaba huir—. Es un buen hombre —continuó ella—. Y muy leal a ti.
Esas últimas palabras disiparon un poco el enojo de Ian, llenándolo de sorpresa, porque Brianna apenas conocía a Gregor y si decía algo así, era porque realmente lo había notado.
—Lo es —admitió finalmente.
—¿Desde cuándo se conocen? —inquirió Brianna con curiosidad.
—Desde que tenía trece años. Una noche lluviosa salí a cortar leña detrás del castillo —comenzó Ian—. Mi padre había ordenado encender más chimeneas porque tendría invitados de otros clanes.
Brianna sintió una leve punzada en el pecho al recordar lo que Ian le había contado, de cómo prácticamente era tratado como un sirviente más dentro de su propia casa.
—Lo encontré escondido cerca de los establos —continuó Ian—. Estaba empapado y muerto de hambre. Creo que debía tener más o menos mi edad.
—¿Y estaba completamente solo? —preguntó Brianna frunciendo ligeramente el ceño.
—Sí. No quiso decirme de dónde venía ni dónde estaba su familia. Recuerdo que temblaba tanto de frío que apenas podía hablar. Yo

simplemente robé comida de las cocinas y luego lo escondí en mi cuarto.
—¿Tu padre no lo descubrió?
—Claro que sí —respondió Ian con ironía—. Y me castigó por ello. Pero seguí ayudándolo igual. Ya después, cuando mi padre dijo que no pretendía alimentar otra boca sin que trabajara, comenzó a trabajar conmigo. Hacíamos todo juntos; prácticamente no nos separábamos. Yo solo confiaba en él, y él solo confiaba en mí. Y por eso, cuando tomé el lugar de Laird, lo convertí en mi mano derecha. Nunca he dudado de su lealtad hacia mí y, a pesar de las malas decisiones y errores que he cometido, Gregor ha estado ahí apoyándome. Es un insoportable, pero es mi hermano.
—¿Nunca supiste quién era realmente? ¿O de dónde venía?
Ian negó lentamente con la cabeza.
—Nunca quiso hablar de su pasado y no lo presioné. Supuse que debía de ser algo demasiado doloroso para él.
Brianna acarició suavemente su pecho mientras lo observaba.
—Eres bueno —le dijo, mirándolo directamente a los ojos—. Nunca debiste tener miedo de convertirte en tu padre. No eres igual a él, Ian. Ni siquiera te acercas. No conocí a Angus, pero por lo que me has contado... un hombre como él jamás habría recogido a un niño muerto de frío para darle refugio. Mucho menos habría soportado castigos por seguir ayudándolo.
Ian desvió la mirada, y ella sonrió, parecía un niño avergonzado cuando lo adulaban.
—Eres impulsivo, terco y a veces tomas decisiones horribles —añadió ella sin perder la sonrisa—. Pero también eres capaz de amar y yo adoro eso de ti. Cometiste errores, pero todos somos humanos, Ian. Todos tenemos derecho a equivocarnos y también a aprender de ello. Mírame —pidió ella y enseguida Ian levantó la mirada ambarina, cubierta de lágrimas no derramadas—. No me arrepiento de haberte dado otra oportunidad.
Ian sintió cómo algo se apretaba dentro de su pecho; tenía ganas de llorar, pero era un hombre y por nada del mundo lloraría frente a su mujer.

—Además, eres demasiado insistente. Dudo que me hubieras dejado tranquila si te rechazaba.
Eso hizo que Ian finalmente soltara una carcajada baja.
—Eso también es cierto —admitió divertido antes de besarla otra vez —. No tienes idea de cuánto agradezco que hayas vuelto a darme una oportunidad, *mo chreach*.
—Ha sido una de las mejores decisiones de mi vida, Ian
—Entonces, no vuelvas a hacerme perseguirte por media Gran Bretaña para recordártelo —Brianna soltó una pequeña risa y desvió la mirada un instante.
—Lo siento —admitió finalmente—. Sé que actué por impulso. Solo… me sentí tan humillada que...
—Lo sé —interrumpió él—. Y odio que hayas pasado por eso. Debí detener a Colum antes de que abriera la boca.
—Pero viniste detrás de mí. Dejaste todo y viniste.
Ian apoyó la frente contra la de ella.

—Siempre voy a ir detrás de ti, *mo chreach.*

Capítulo 16

La magia entre ellos se evaporó cuando escucharon que tocaban la puerta. Ian, que continuaba sobre Brianna sin aplastarla, giró un poco la cabeza por encima del hombro.

—¿Sí?

—Milord —era el mayordomo—, ¿podemos comenzar a servir la cena?

Ian miró a Brianna con diversión al ver lo abiertos que tenía los ojos.

—¿Hemos estado tanto tiempo aquí encerrados? —inquirió casi en un susurro, llena de vergüenza—. Dios, ¿qué van a pensar?

—Que estás atendiendo las demandas de tu esposo —respondió él, rozando sus labios—. Y muy bien, de hecho.

Brianna le dio un suave manotazo en el hombro.

—Responde que sí y que enseguida bajamos —le ordenó, intentando levantarse, pero Ian no la dejó—. ¡Ian! Aurora debe de estar preguntándose dónde estoy.

Ian ladeó la cabeza y asintió, dejándola libre, no sin antes darle un rápido beso.

—Que sirvan la cena —ordenó Ian.

—Enseguida, milord —respondió el mayordomo.

Brianna se levantó enseguida de la cama, completamente desnuda, buscando sus prendas interiores. Se sentía fatal por haber dejado a Aurora sola durante tanto tiempo. Su hija aún no conocía bien al personal de la casa; podía quedarse tranquila un par de horas, pero, teniendo en cuenta que habían ido a avisarles de la cena, eso significaba que llevaban muchísimo más tiempo en la habitación del que ella había pensado.

Ian solo la observaba desde la cama, con un brazo detrás de la cabeza y cómodamente apoyado en la almohada.

—¿Qué haces ahí? Levántate y vístete, por Dios —reprendió Brianna, terminando de colocarse las enaguas. Luego buscó entre sus vestidos alguno que sirviera para la cena.

—¿Te gustaron los vestidos? —preguntó Ian.

Brianna se relajó un poco y se giró hacia él, asintiendo.

—Sí —respondió—. No esperaba que hicieras esto —señaló el guardarropa lleno de vestidos nuevos—. ¿Por qué lo hiciste? Digo, yo había huido y tú no sabías dónde estaba ni si regresaría.

Ian la miró fijamente y entonces se levantó de la cama. Se acercó a ella completamente desnudo, y Brianna disfrutó de la vista sin vergüenza alguna.

—Quizá tenía la esperanza de que regresaras —comenzó él, deteniéndose frente a ella mientras recorría sus brazos desnudos. Era como si no se cansara de tocarla, como si tuviera la necesidad de hacerlo todo el tiempo—. O tal vez tenía la certeza de que te encontraría en cualquier momento.

Ella soltó una risita.

—Mentiroso. Mejor quedémonos con la parte en que tenías la esperanza de que regresara. Tú mismo dijiste que no podías encontrarme.

—Bien, tienes razón —asintió él, observándola fijamente. Luego, sin poder resistirse, la besó—. Te amo, Brianna.

—Sí, ya lo sé —respondió ella feliz, y con tono burlón.

Al cabo de quince minutos, ambos bajaron al primer piso de Warwick House, encontrándose con el ama de llaves.

—¿Dónde está Aurora? —preguntó Brianna.

—Está con mi hija aún en el cuarto de juegos —respondió Harriet sonriendo al ver a los condes juntos, como un verdadero matrimonio.

—¿Aurora no preguntó por mí o quiso buscarme? —preguntó Brianna con preocupación, pero Harriet negó con la cabeza.

—No. Al parecer, no ha notado el tiempo pasar estando rodeada de tantos juguetes.

Brianna solo asintió, sintiéndose algo desplazada por los juguetes, pero a la vez aliviada de que su hija tuviera más confianza para estar con otras personas. Aunque no le gustaba la idea de dejarla con cualquiera o durante muchas horas, sabía que la vida de ambas cambiaría. Ella, como condesa y lady de un clan, tendría responsabilidades, y Aurora también comenzaría su educación. Aunque quisiera, el tiempo juntas ya no volvería a ser el mismo.

—¿Ves, *mo chreach*? Nuestra hija está bien —dijo Ian mientras caminaban hacia el salón de juegos.

Brianna solo asintió.

Cuando llegaron y abrieron la puerta, encontraron a Aurora jugando con la enorme casa de muñecas en miniatura y, a su lado, estaban Josiane y… Gregor. Brianna se sorprendió de verlo ahí. A pesar de haber pasado la mitad del viaje entreteniendo a Aurora, no esperaba que Gregor fuera tan atento como para dedicar su tiempo a jugar con su hija.

—¡Mami! ¡Papi! —Aurora corrió enseguida hacia ellos. Ian la tomó en brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—*Mo chridhe* —musitó Ian, feliz de ver a su hija una vez más—. Te extrañé, mi pequeña.

—¿Dónde estabas, papi? —preguntó la niña.

—En el castillo. Papá tenía cosas que hacer —respondió Ian—. ¿Te gustan tus juguetes?

Aurora asintió eufórica. Brianna solo sonreía, llena de felicidad. Nunca esperó que su futuro sería así, y menos después de tanto sufrimiento.

Ian dejó a Aurora en el suelo, y la niña enseguida corrió de nuevo hacia la casita de juguete donde Josiane la esperaba. Gregor se acercó con una sonrisa.

—Ian, pensé que no dejarías a…

Gregor se calló por el fuerte golpe que Ian le dio en la mejilla, haciendo que tanto Brianna como Josiane jadearan.

—Ian —musitó Brianna, dando un paso y quedando en medio de ambos.

—Eso fue por llevarte a mi esposa sin avisarme —dijo Ian con simpleza, como si no acabara de golpear a su amigo.

Gregor solo llevó una mano a su mejilla, moviendo ligeramente la mandíbula mientras asentía y volvía el rostro hacia Ian. Ambos se miraron fijamente.

—Pero gracias —volvió a decir Ian, con el rostro igual de relajado—. Por cuidar de mi mujer y de mi hija por mí.

—De nada. Al menos un golpe es mejor que la muerte —respondió Gregor sonriendo—, aunque pienso que el golpe estuvo de más.

—Igual me lo puedes devolver cuando te cases y apoye a tu mujer en una loca idea de huida —respondió Ian, encogiéndose de hombros.

Gregor soltó una risa.

—Te tomaré la palabra.

—Eso es si llegas a casarte, claro —agregó Ian.

Brianna miró a ambos hombres, incrédula ante lo relajados que parecían después del fuerte golpe que Ian le había dado a Gregor. Verdaderamente, no comprendía el comportamiento de esos escoceses.

—¿Cenamos? —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Vamos —asintió Ian—. *Mo chridhe*, vamos a cenar.

Aurora se levantó enseguida, se despidió de Josiane con un abrazo y corrió hacia sus padres. Ellos salieron primero, dejando a Gregor atrás. Él miró a la joven sirvienta y se despidió con una sonrisa seductora, adorando ver cómo sus mejillas se tornaban carmesí.

∞∞∞

Mientras el carruaje avanzaba, Brianna no podía evitar sentirse nerviosa. Ian estaba sentado frente a ella, observándola atentamente.

—Bien pudimos habernos quedado en nuestra habitación, pero insististe en asistir —le recordó Ian con una ligera sonrisa socarrona.

Brianna se humedeció los labios y apretó ligeramente la falda de su vestido color marfil.

—Kate nos invitó con mucha ilusión. Además, si asistimos, podremos acallar los rumores —respondió Brianna.

—Lo sé, pero no es tan necesario acallar a la sociedad. Con presentarnos ante el rey es suficiente.

—¿Y la temporada? —inquirió Brianna, queriendo saber qué planes tenía Ian en cuanto a la estancia en Londres.

—¿Qué tiene?

—¿Nos quedaremos o volveremos a Escocia?

Ian la miró fijamente.

—¿Quieres que nos quedemos? —preguntó él. Ella dejó caer los hombros y negó con la cabeza.

—No, no me sentiría cómoda —respondió, desviando la mirada hacia la ventanilla. La tarde era un poco fría y nublada—. Londres ya no es mi hogar y, tal vez, si hubiera disfrutado de mi primera temporada, podría pensar en quedarme. Pero no puedo extrañar algo que nunca tuve, así que prefiero seguir solo imaginando cómo sería.

Ian apretó la mandíbula y soltó un suspiro.

—Lo siento —musitó él.

Brianna levantó la mirada hacia él, confundida.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque por mi culpa te perdiste muchas cosas. Yo debí haberte presentado en sociedad apenas nos casamos. Debí dejar que

disfrutaras la experiencia a la que cualquier dama de la nobleza tiene derecho.

Brianna le sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—Ian, ya hablamos de esto. No tiene caso seguir recordando el pasado.

—Lo sé, pero no puedo evitar culparme por los errores que claramente pude evitar. Lo siento por ello, *mo chreach.*

Brianna tomó su mano mientras se inclinaba un poco hacia él.

—Está bien, mi amor —dijo ella con suavidad—. Todo esto de los eventos de la temporada no me importa. La verdad, si me dieran a elegir, preferiría volver a Nueva Orleans.

Ian la miró rápidamente.

—¿Quieres regresar a América?

—Es donde están mis hermanas, Ian —respondió ella con suavidad, mirándolo a los ojos—. Sé que ya no podré volver y vivir como antes. En todo caso, solo sería de visita. Sé que ahora mi lugar es a tu lado, que debo cumplir mi papel de condesa y lady del clan Dunmond. Tal vez deba vender mi floristería —dijo esto último distraída, pensando en su pequeño negocio.

Ian bajó la cabeza, pero no respondió.

El carruaje se detuvo, anunciando la llegada a Normanby House. Ian descendió primero y luego ayudó a Brianna. Ambos subieron las escaleras que daban a la entrada principal y fueron recibidos por dos lacayos, quienes tomaron sus abrigos.

Al quedarse sin el abrigo de lana, el vestido que tanto le había costado elegir para el evento quedó al descubierto. Estaba confeccionado en una suave seda marfil que caía en capas ligeras hasta el suelo. El escote estaba adornado con delicadas flores rosadas bordadas a mano y pequeños lazos de satén. Sobre el corpiño, finas líneas entrecruzadas en hilo plateado moldeaban su figura, mientras una banda dorada bajo el busto realzaba aún más la estrechez de su cintura. Desde la banda descendían largos paneles de gasa rosada que caían suavemente sobre la falda marfil. Las

mangas cortas y vaporosas apenas rozaban la parte superior de sus brazos, dejando una parte de su piel clara expuesta y la otra cubierta por los guantes de satén color marfil que ascendían por encima de los codos.

Su cabello rubio había sido peinado en suaves ondas que enmarcaban su rostro, mientras las joyas —un collar y unos pendientes de diamantes— brillaban discretamente sobre su piel clara. Para completar el atuendo, llevaba un brazalete a juego que adornaba una de sus muñecas.

—Estás hermosa —le susurró Ian casi al oído antes de entrar al salón de baile.

Brianna le sonrió ampliamente en agradecimiento. Al entrar en el salón, enseguida fueron recibidos por los anfitriones, los marqueses de Normanby.

—Lord y Lady Warwick, nos alegra muchísimo que hayan venido —dijo Katherine, tomando suavemente las manos de Brianna—. Y debo decir que estás deslumbrante esta noche.

—Gracias —respondió Brianna con una sonrisa.

—Y debo agradecerles por acompañarnos en la celebración de esta noche —añadió el marqués con amabilidad mientras estrechaba la mano de Ian.

—Es un placer —respondió Ian con una ligera sonrisa, aunque sin perder la seriedad.

Tras intercambiar algunas palabras más, los marqueses los dejaron avanzar hacia el interior del salón, el cual estaba iluminado por enormes candelabros de cristal. La música de la orquesta llenaba el ambiente con suavidad. Brianna caminaba del brazo de Ian, intentando ignorar las miradas que se posaban sobre ella. Se detuvieron cerca de una de las columnas de mármol, desde donde podían observar gran parte del salón.

Un sirviente se acercó con una bandeja. Ian tomó dos copas de vino y le entregó una a Brianna. Ella apenas iba a hablar cuando tres

hombres se acercaron a ellos. Todos rondaban la edad de Ian.

—Warwick —saludó uno de ellos, estrechándole la mano—. Justamente nos preguntábamos cuándo regresaría a Londres.

Los hombres dirigieron entonces la mirada hacia Brianna.

—Lady Warwick —saludaron con respeto, y ella inclinó apenas la cabeza.

—Caballeros.

—Debo decirle, Warwick —continuó otro de ellos—, que su discurso en el Parlamento el año pasado, respecto a las restricciones comerciales sobre el whisky escocés y los nuevos impuestos, fue brillante. Muchos aquí seguimos hablando de ello.

Brianna arqueó una ceja y dirigió lentamente la mirada hacia Ian. Él, en cambio, se mantenía relajado.

—Me alegra saber que alguien prestó atención —respondió.

—¿Piensa retomar el asunto este año? —preguntó otro de los hombres—. Después de todo, las nuevas tarifas impuestas están perjudicando demasiado a los comerciantes de las Tierras Altas. Incluso algunos miembros de la Cámara comienzan a admitir que están beneficiando más al contrabando que a la Corona.

Ian dio un pequeño sorbo a su copa antes de responder.

—Pienso hacerlo. Las restricciones actuales son absurdas. Pretenden controlar las destilerías legales mientras llenan el país de contrabandistas. Y no solo afecta a Escocia; también afecta al comercio inglés. Muchos nobles están perdiendo dinero.

Los hombres asintieron, dándole la razón. Brianna permanecía callada, sin comprender mucho de la conversación, pero estaba sorprendida de que Ian mantuviera una conversación tan natural con aquellos hombres ingleses. Y lo más desconcertante era que todos parecían escucharlo con respeto, a pesar de ser escocés.

—Además —continuó Ian—, después de la crisis financiera de los últimos años, lo último que necesita el Reino es seguir asfixiando a quienes todavía producen riqueza de manera legal.

—Espero escuchar ese discurso nuevamente cuando inicien las sesiones —comentó uno de los hombres antes de sonreírle a Brianna —. Lady Warwick, debo decir que la sociedad llevaba demasiado tiempo esperando su regreso. Espero que el tiempo en el campo le haya sentado bien.

Brianna les sonrió con elegancia, apretando disimuladamente el brazo de Ian.

—Espero no decepcionar, entonces.

Los hombres asintieron y, luego de un par de palabras más, se alejaron, dejándolos solos nuevamente.

—No pensé que te desenvolvieras tan bien aquí —murmuró Brianna, mirándolo de reojo.

Ian soltó una pequeña risa.

—Además de ser un laird escocés, también soy un conde inglés, *mo chreach.* Con el tiempo se aprende a lidiar con ambos títulos.

Brianna asintió, orgullosa de su esposo.

Pasados unos minutos en los que ambos observaron el salón y a los presentes mientras hablaban como un matrimonio feliz —lo que provocó que muchos los miraran y susurraran—, Brianna intentaba no prestarles atención, concentrándose en su esposo.

Justo cuando Ian dejó su copa vacía sobre la bandeja de un sirviente y tomó dos más, Katherine volvió a acercarse a ellos con una sonrisa.

—Warwick, voy a secuestrar a su esposa un momento —anunció divertida.

Brianna enseguida se tensó un poco. Hasta ese instante no se había separado de Ian en ningún momento. Él la miró y le dedicó una expresión tranquila.

—Ve —murmuró en voz baja, besando sus dedos enguantados—. Yo estaré aquí.

Brianna asintió, aunque el nerviosismo no la abandonaba. Katherine la tomó suavemente del brazo y comenzó a guiarla entre la multitud

mientras Ian se quedaba atrás, rodeado nuevamente por otro grupo de caballeros.

—Es hora de que te relaciones con más personas; no puedes estar toda la noche del brazo de tu esposo, Anna —comentó Katherine en voz baja.

—No conozco a nadie más que a ti en este salón; ni siquiera he visto a Jayne —respondió Brianna.

Katherine soltó una pequeña risa.

—Créeme, después de conocer a mis amigas, te sentirás mejor.

La condujo hasta uno de los extremos del salón, donde varias mujeres conversaban cómodamente sentadas sobre sillones de terciopelo azul junto a una enorme chimenea de mármol.

—Damas —anunció Katherine con una sonrisa—, quiero presentarles oficialmente a lady Warwick.

Las mujeres volvieron enseguida la atención hacia Brianna.

La primera era una mujer pelinegra de ojos turquesa, vestida con seda verde oscuro y diamantes discretos sobre el cuello.

—Lady Liviana, duquesa de Agnes —presentó Katherine. La mujer sonrió con amabilidad.

—Por fin conocemos a la esposa del conde de Warwick. Es un placer, querida —expresó lady Liviana.

Luego, Katherine continuó.

—La duquesa de Windsor, lady Esmeralda —señaló a una elegante morena de expresión refinada y, después, indicó a una mujer castaña muy hermosa—. Y lady Evelyn, duquesa de Beaufort.

Brianna hizo una inclinación de cabeza en señal de respeto y cortesía hacia las duquesas.

—Es un placer conocerlas.

—Parece nerviosa —dijo la duquesa de Windsor con una pequeña sonrisa y un ligero acento español—. Ninguna de nosotras piensa devorarla.

Las demás soltaron risas suaves que terminaron relajando un poco a Brianna.

—Aunque sí debo decir... —continuó la duquesa de Beaufort, observándola con interés—. Su cabello es precioso.

—¿Mi cabello?

—El corte —aclaró Evelyn—. Es fresco y extremadamente favorecedor. La mayoría de las damas no se atreverían jamás a llevarlo así.

Brianna parpadeó sorprendida, sobre todo porque sabía que las mujeres de la nobleza inglesa apreciaban mucho el cabello largo.

—Y ahora probablemente hablarán también sobre ello —añadió Liviana, divertida.

Brianna terminó sonriendo de verdad y estuvo a punto de decir que en Nueva Orleans el corte pasaba mucho más desapercibido. Pero se calló a tiempo.

—En Escocia, las mujeres son más liberales en cuanto a ese tema —mintió, forzando una sonrisa mientras esperaba que ninguna de ellas visitara Escocia por el momento.

—Pues Londres necesita ese tipo de libertad —sentenció Esmeralda antes de dar un pequeño sorbo a su copa.

La conversación continuó con naturalidad. Ninguna parecía interesada en interrogarla ni en incomodarla. Al contrario, la incluyeron rápidamente entre ellas, preguntándole sobre Escocia e incluso sobre Aurora. Brianna se sentía bien entre ellas, a pesar de tratarse de mujeres con uno de los títulos más importantes de la sociedad.

—Y siendo completamente sinceras —añadió Liviana—, dudo mucho que la sociedad se atreva a murmurar demasiado teniendo a varias duquesas de tu lado.

—Gracias —dijo Brianna con sinceridad—. No imaginan cuánto significa eso para mí.

—Todas hemos sobrevivido a esta sociedad de una forma u otra —respondió Evelyn con simpleza—. Además, eres encantadora. Ya

tendrán que buscar otro escándalo con el cual entretenerse.

Eso provocó nuevas risas. Mucho más relajada, Brianna finalmente olvidó las miradas y comenzó a disfrutar realmente de la velada.

—Por cierto —preguntó ella—, ¿Jayne no pudo asistir esta noche?

—No —respondió Liviana enseguida—. Su embarazo ya está demasiado avanzado y comenzó a sentirse algo indispuesta esta tarde. Christian prácticamente le prohibió levantarse de la cama.

—Como si Jayne obedeciera fácilmente —añadió Katherine, divertida.

—Pero ha obedecido; eso es señal de que pronto tendremos otro bebé en el club —respondió Liviana.

Poco después, las puertas del comedor se abrieron y los invitados comenzaron a dirigirse hacia la gran sala iluminada para la cena. La velada continuó entre conversaciones, música suave y un ambiente mucho más cálido de lo que Brianna habría imaginado al llegar.

Una hora más tarde, cuando el baile comenzaba a animarse todavía más, Ian se inclinó ligeramente hacia Brianna.

—¿Quieres que nos retiremos? —preguntó en voz baja—. Creo que ya hemos cumplido con nuestra aparición triunfal ante la sociedad.

Brianna soltó una pequeña risa, un poco afectada por la cantidad de copas de vino que había bebido.

—¿Y qué propone el conde de Warwick para el resto de la noche?

Ian sonrió de lado, deleitándose con la descarada insinuación.

—Disfrutar de mi esposa en la privacidad de nuestra habitación.

Un leve calor subió por el rostro de Brianna.

—Entonces sí, creo que ya es hora de retirarnos —murmuró divertida.

Se despidieron de los anfitriones y abandonaron el salón, dejando atrás la música de la orquesta y el murmullo de los presentes. Durante el trayecto de regreso a Warwick House, no pudieron evitar besarse y tocarse, lo que aumentó todavía más el deseo de poseerse mutuamente.

Pero al llegar a Warwick House, ambos se detuvieron al ver que eran esperados por el mayordomo y el ama de llaves, ambos con expresiones tensas.

—Milord… —dijo el mayordomo, inclinando apenas la cabeza—. Lord Ashcombe lleva más de media hora esperándolo en el despacho. Dice que el asunto es urgente y está relacionado con la Corona y su título.

Brianna se tensó, sintiendo cómo el deseo se esfumaba. Miró a Ian, quien frunció el ceño inmediatamente.

Lord Ashcombe era uno de los hombres más cercanos al círculo político del rey. Ian intercambió una mirada rápida con Brianna antes de dirigirse hacia el despacho. Cuando abrió la puerta, encontró a un hombre alto y elegante, de unos cincuenta años, esperando junto a la chimenea con una copa intacta de brandy en la mano.

—Warwick —saludó con gravedad apenas lo vio entrar—. Lamento presentarme a estas horas, pero preferí hablar con usted antes de que esto llegara directamente a manos de Su Majestad.

Ian sintió cómo la tensión le recorría el cuerpo al ver la carta que Ashcombe sostenía en una de sus manos.

—¿Una carta? —inquirió Ian, disimulando su tensión al servirse una copa de licor.

—Ha llegado anónimamente desde Escocia. Y contiene acusaciones bastante delicadas respecto a su matrimonio… y a la supuesta reaparición de su primera esposa.

Capítulo 17

Ian parpadeó varias veces, aún procesando aquellas palabras.

«Una carta... desde Escocia».

Eso solo podía significar una cosa: alguien de su clan lo había traicionado enviando aquella información a Londres.

Se pasó una mano por el cabello y terminó de beber el whisky que sostenía antes de volver a mirar al hombre frente a él.

—No comprendo por qué alguien enviaría semejante cosa —respondió finalmente, obligándose a sonar calmado mientras apretaba el puño detrás de la espalda—. Mi matrimonio con Brianna está en buenos términos.

Ashcombe arqueó las cejas antes de depositar el sobre en el escritorio. Ian tuvo que contenerse para no tomarlo inmediatamente y revisar quién se había atrevido a semejante traición, aunque comenzaba a imaginar quién podía haber sido.

—¿Y qué me dice del regreso de su primera esposa? —preguntó Ashcombe, observándolo atentamente—. Cuando la Corona decidió concederle el título, investigamos cuidadosamente su situación. Se confirmó que era viudo. Precisamente por eso se le impuso la condición de desposar a una de las hijas del difunto conde.

Ian recordaba perfectamente aquella condición. Una que había rechazado al principio… hasta que terminó cediendo.

—Por eso comprenderá que resulte preocupante descubrir ahora que su primera esposa sigue viva.

—Sí. Créame cuando le digo que sigue siendo algo difícil de asimilar incluso para mí —admitió esta vez con más honestidad—. Pero el asunto ya está siendo resuelto. Mi esposa, Brianna, se encargó de consultar el caso con un abogado —eso pareció captar

completamente la atención de Ashcombe—. Aisla fue declarada muerta hace años ante la Iglesia, ante la ley y ante la sociedad. Durante todos estos años fui considerado viudo legítimamente y, bajo esa condición, contraje matrimonio con Brianna. El abogado asegura que, por el tiempo transcurrido, nuestra unión sigue siendo válida ante la ley inglesa. El regreso de Aisla no anula mi matrimonio ni hace ilegítima a mi hija.

—Eso… ciertamente cambia mucho las cosas —admitió lord Ashcombe mientras acomodaba los puños de sus mangas—. Me deja bastante más tranquilo, Warwick.

—Le aseguro que jamás pondría en riesgo el título ni el honor de mi familia de forma deliberada.

Ashcombe sostuvo su mirada unos segundos antes de asentir.

—Lo sé. Y precisamente por eso estoy aquí y no frente al rey entregándole esta carta.

Ian frunció el ceño.

—¿Por qué vino a advertirme realmente, lord Ashcombe?

—Porque estimé mucho al difunto conde de Warwick —respondió con honestidad—. Y porque, debo admitirlo, también he llegado a respetarlo bastante. Ha demostrado ser muy capaz de llevar el título a pesar del escándalo que lo rodeaba. Además, fue considerado al aceptar el título por algo más que el estatus, lo que fue un gesto muy humano.

Ian permaneció en silencio, escuchándolo.

—No me habría agradado verlo arrastrando un escándalo semejante justo antes del inicio de la temporada Social —continuó Ashcombe—. Mucho menos uno relacionado con una esposa supuestamente muerta. Londres convertiría eso en un espectáculo.

—Le agradezco la discreción.

Ashcombe asintió.

—Aun así, lo mejor será que se presente ante el rey antes de que comiencen los rumores. Será preferible que escuche la situación directamente de usted.

—Es exactamente lo que pensaba hacer —respondió Ian.

El hombre se acercó entonces al escritorio y tomó nuevamente el sobre.

—En ese caso, facilitaré una audiencia privada para dentro de tres días. Será tiempo suficiente para que prepare todo.

Ian agradeció al hombre su ayuda y discreción y luego se despidieron. Ashcombe abandonó el despacho, dejando tras de sí el pesado silencio de la estancia y el crepitar constante del fuego en la chimenea. Ian permaneció inmóvil junto al escritorio durante varios segundos y luego se pasó lentamente una mano por el rostro, intentando ordenar sus pensamientos.

Pero ni siquiera transcurrió un minuto cuando la puerta volvió a abrirse. Brianna apareció enseguida en el umbral, con la preocupación evidente en sus ojos.

—¡Ian! —exclamó, acercándose rápidamente hacia él—. ¿Qué quería el representante de la Corona? ¿Acaso… descubrió algo?

Ian soltó un suspiro antes de asentir lentamente.

—Una carta fue enviada desde Escocia advirtiendo sobre la existencia de Aisla.

Brianna llevó una mano a la boca, amortiguando un jadeo de desconcierto.

—Pero… ¿quién pudo hacer algo así?

—No estoy completamente seguro —admitió mientras se servía otro poco de whisky—. Pero Marion es mi primera opción.

—¿De verdad tu madrastra llegaría tan lejos solo para verte sufrir? —preguntó Brianna con el ceño fruncido.

Ian soltó una risa baja, sin humor alguno.

—No te imaginas hasta dónde sería capaz de llegar esa mujer. Pero Ashcombe me aseguró que no entregará la carta al rey. Le expliqué toda la situación y entendió perfectamente el problema. Por suerte… parece estar de nuestro lado.

Brianna dejó escapar un suspiro de alivio mientras llevaba una mano hasta su pecho.

—Gracias a Dios —musitó.

Ian asintió y caminó hacia ella; la rodeó con los brazos y la atrajo contra su cuerpo. Brianna aceptó el abrazo de inmediato, apoyando la cabeza sobre su pecho mientras él descansaba el mentón sobre su cabello rubio.

—Todo se resolverá —murmuró él mientras acariciaba lentamente su espalda—. Te lo aseguro, *mo chreach.*

Brianna cerró los ojos al escucharlo, rogando en silencio que así fuera.

∞∞∞

Días después, Brianna e Ian permanecían tranquilos en Warwick House, disfrutando por fin de la vida que durante tres años se habían negado. Mientras Ian resolvía discretamente todo lo relacionado con el regreso de Aisla y terminaba de asegurar la legitimidad de su matrimonio y de Aurora, Brianna comenzaba a adaptarse poco a poco a su nueva vida como condesa. No es que fuera una tarea fácil, pero como la temporada aún no había dado inicio, todo transcurría con una tranquilidad que le permitía aprender sin sentirse abrumada. Incluso había asistido a una reunión con Katherine y Liviana, y luego había pasado a visitar a Jayne.

Ella nunca había sido de hacer amigas por sí sola. Durante toda su vida, Amelia y Clariss habían sido suficientes para ella. Sus hermanas eran sus amigas, sus confidentes y prácticamente su mundo entero. Pero ahora, lejos de ellas y viviendo en Londres, comenzaba a comprender lo agradable que resultaba tener amistades propias. Amistades sinceras, que no juzgaban ni hacían preguntas solo para rumorear a sus espaldas. Y, por suerte, había encontrado eso en Katherine y las demás duquesas.

Era una lástima que tuviera que dejarlas para regresar a Escocia, pero sabía que eventualmente volvería a Londres con Ian. Al menos su vida no sería aburrida. Viajar no le suponía un problema y lo encontraba más como una aventura, especialmente si era en compañía de su esposo e hija.

—Si vamos a ver al rey, ¿también habrá una princesa? —preguntó Aurora, sacando a Brianna de sus pensamientos.

Brianna sonrió divertida ante la ocurrencia de su hija. En ese momento, viajaban en el carruaje rumbo al Palacio de St. James para la audiencia privada con el rey. El día estaba algo nublado, pero eso ya era normal en el invierno londinense. A través de la ventanilla podían verse las calles húmedas y tranquilas, a excepción de algunos carruajes que iban y venían.

—Por supuesto —respondió Brianna con dulzura antes de acomodarle mejor el abrigo.

Luego levantó la mirada hacia Ian, que estaba sentado frente a ellas; permanecía callado, sumido en sus propios pensamientos. Brianna sabía que estaba nervioso por la audiencia, y no era para menos. Después de todo, era el rey quien tenía la última palabra en cuanto a toda la situación.

Brianna se inclinó un poco hacia adelante y posó una de sus manos sobre la de él. Ian levantó la mirada enseguida y sus ojos ambarinos se encontraron con los de ella.

—Todo estará bien —murmuró Brianna, sonriéndole con suavidad.

Ian no respondió, pero terminó apretando suavemente su mano entre la suya mientras asentía. El resto del trayecto transcurrió en silencio hasta que, finalmente, el carruaje disminuyó la velocidad. A través de la ventanilla comenzaron a verse las altas rejas negras y los soldados de la Guardia Real apostados en la entrada del palacio.

—¡Es enorme! —exclamó Aurora, pegándose al cristal.

Brianna tampoco pudo evitar mirar con atención el palacio cuando el carruaje atravesó la entrada principal. Cuando finalmente se

detuvieron, un lacayo abrió la puerta. Ian descendió primero y luego ayudó a Brianna y a Aurora.

El aire frío golpeó enseguida el rostro de Brianna mientras observaba el lugar. Había nobles entrando y saliendo, sirvientes caminando apresuradamente y guardias vigilándolo todo con seriedad.

—Lord y Lady Warwick —saludó uno de los hombres de la Corona, inclinando apenas la cabeza—. Su Majestad los recibirá en unos minutos. Por favor, acompáñenme.

Ian asintió con seriedad antes de ofrecerle el brazo a Brianna. Aurora caminó tomada de la mano de su madre mientras avanzaban por los corredores del palacio.

Brianna intentaba no mirar demasiado a su alrededor para no parecer impresionada, aunque le resultaba difícil, a pesar de haber nacido y crecido rodeada de lujos. Los altos techos estaban decorados con molduras doradas y frescos antiguos, mientras que las paredes estaban cubiertas de enormes retratos de reyes y reinas del pasado.

Finalmente llegaron a un salón privado donde tuvieron que aguardar durante algunos minutos. Aurora permanecía tranquila, demasiado entretenida observando las enormes pinturas y los uniformes de los guardias apostados junto a la puerta.

Al estar ya dentro del palacio, Brianna comenzó a sentirse más nerviosa, comprendiendo mejor el silencio de Ian durante el trayecto.

—¿En serio es necesario que el rey conozca la existencia de Aisla? —inquirió Brianna en voz baja, mirando a Ian—. ¿No es mejor que ese asunto se quede en Escocia?

Ian negó con la cabeza.

—No creo que sea conveniente omitir ese asunto —respondió—. Aunque ya todo está legalmente arreglado, temo que otra carta llegue, el rey la lea y crea que me he burlado de la Corona. Y... no quiero perderte. Prefiero ser sincero ahora que asumir las consecuencias más adelante.

Brianna sintió cómo el pecho se le apretaba un poco al escucharlo. Le sonrió con ternura y asintió, amando el hecho de que Ian pareciera preocuparse más por mantenerla a su lado que por lo que pudiera pensar el rey de él y de la supuesta muerte de Aisla. Antes de que pudiera responder, las puertas del salón se abrieron nuevamente.

—Su Majestad, el rey Jorge IV —anunció uno de los hombres de la Corte.

Ian se puso de pie inmediatamente y Brianna hizo lo mismo, sintiendo cómo el nerviosismo aumentaba de golpe. El rey entró acompañado por dos hombres de la Corte; ya era un hombre bastante avanzado de edad, pero, aun así, mantenía la postura recta.

Ian hizo una reverencia formal, seguida de Brianna, quien inclinó la cabeza.

—Su Majestad.

El rey dirigió la mirada hacia Ian antes de que una pequeña sonrisa apareciera en sus labios.

—Warwick —saludó—. Ya comenzaba a pensar que jamás traería a su esposa a Londres como se le ordenó.

Brianna sentía su corazón latir como un tambor; nunca había estado tan cerca del rey de Inglaterra y, si era sincera, temía cometer cualquier error que pudiera ofenderlo.

—Lamento la demora, Su Majestad. Pero... surgieron algunos problemas que debía resolver antes de presentarnos ante usted —respondió Ian. Su acento gaélico no era tan marcado en ese momento; Brianna no sabía si se debía a que hablaba más despacio o a que, de repente, parecía más inglés que escocés.

La mirada del rey se desplazó entonces hacia ella.

—Lady Warwick —dijo, observándola con interés, lo que hizo que ella se tensara y enderezara aún más la postura—. Me alegra comprobar que está en perfectas condiciones.

Brianna sonrió apenas, intentando mantener la calma.

—Gracias, Su Majestad.

La atención del rey pasó entonces hacia Aurora.

—No me dijo que su hijo era una niña, Warwick.

Aquellas palabras hicieron que tanto Brianna como Ian se tensaran.

—Lamento haberlo omitido, Su Majestad —respondió Ian.

—Es una niña hermosa —comentó el rey antes de volver a mirar a Ian—. Aunque imagino que el heredero del condado no tardará, ¿cierto?

Brianna miró a Ian y, sin pensarlo demasiado, respondió:

—De hecho, estoy encinta. Y puede que sea el heredero que Su Majestad espera.

Su voz sonó suave, y ella misma se sorprendió de que no le temblara por la mentira. Ian la miró rápidamente, claramente sorprendido.

—Es una noticia maravillosa. Entonces no tengo por qué hacer que mis representantes se preocupen más por el condado de Warwick.

—No, Su Majestad —respondió Brianna al ver que Ian ni siquiera podía hablar. La situación habría sido mucho más divertida de no ser porque estaban frente al rey.

—Perfecto. ¿Algo más que agregar? —preguntó el rey, como si no tuviera más tiempo para seguir escuchándolos.

Brianna miró a Ian y, para sacarlo de su sorpresa, entrelazó su brazo con el de él y le dio un suave pellizco, haciéndolo reaccionar.

—Hay... algo más —habló Ian por fin, carraspeando para que su voz sonara más firme y seria—. También he venido porque considero correcto informarle personalmente sobre una situación delicada relacionada con mi familia antes de que llegue a sus oídos por otros medios.

Eso pareció captar la atención del rey.

—Puede continuar —ordenó el rey.

—Mi primera esposa regresó recientemente a Escocia después de haber sido considerada muerta durante más de diez años.

El rey frunció ligeramente el ceño.

—Eso ciertamente no es algo que se escuche todos los días.

—Lo sé, Su Majestad. Pero también quiero dejar claro que, legalmente, mi matrimonio con Brianna continúa siendo completamente válido. Mi primera esposa fue declarada muerta hace años ante la Iglesia y ante la ley. Consulté el asunto inmediatamente y todo ya ha sido resuelto legalmente. Mi esposa es Brianna y mi hija es legítima ante la Corona.

El rey permaneció observándolo varios segundos.

—La mayoría de los hombres en su posición habría intentado esconder semejante asunto hasta las últimas consecuencias —comentó finalmente—. Aprecio la sinceridad… y también la valentía de presentarse aquí sabiendo lo que podría arriesgar.

—Consideré que ocultarlo habría sido una falta de respeto hacia la Corona. Y jamás ha sido mi intención burlarme de ella ni poner en duda el honor del título que me fue concedido —respondió él con firmeza.

El rey lo observó unos segundos más antes de asentir nuevamente.

—Muy bien, Warwick. Mientras todo permanezca legalmente en orden, no veo motivo para convertir esto en un problema mayor. Aunque le aconsejo resolver discretamente cualquier conflicto restante en Escocia.

—Lo haré, Su Majestad.

—Están invitados a acompañarme a la velada musical. Quiero su opinión sobre la orquesta más famosa de Londres… o eso escuché —dijo el rey, encogiéndose ligeramente de hombros y pareciendo mucho más relajado ante ellos.

—Será un honor, Su Majestad —aceptó Ian inmediatamente.

—Lord Pembroke, encárguese de que los condes estén cómodos —ordenó el rey.

El mencionado asintió, haciendo una reverencia, al igual que los demás presentes cuando el rey dio media vuelta y abandonó el salón acompañado por miembros de la Corte y guardias reales.

—Si me permiten —dijo antes de mirar a uno de los sirvientes cercanos—, lleve a la pequeña lady Warwick al salón de juegos junto a los demás niños.

Aurora miró enseguida a sus padres, buscando aprobación. Ian asintió y ella sonrió feliz. Luego tomó la mano del sirviente antes de desaparecer por el pasillo. Brianna la siguió con la mirada durante unos segundos, hasta que desapareció de su vista.

—Acompáñenme —dijo lord Pembroke.

Minutos después, Brianna e Ian fueron conducidos hacia uno de los grandes salones del palacio, donde tendría lugar la velada musical. En el lugar había decenas de nobles conversando entre sí, mientras algunos sirvientes recorrían el salón ofreciendo bebidas y bocadillos en bandejas de plata. Lord Pembroke los condujo hasta los asientos reservados cerca del lugar donde se acomodaría el rey.

Brianna miró a Ian y pudo percibir la rigidez de su cuerpo y la forma en que su mandíbula se tensaba. Sabía perfectamente que la razón era su piadosa mentira sobre el embarazo.

Horas después, cuando la presentación musical llegó a su fin, Ian y Brianna se acercaron nuevamente al rey para despedirse.

—Espero volver a verlos pronto en la Corte, Warwick —comentó el rey y, con eso, finalmente les permitió retirarse.

Una vez estuvieron en el carruaje y lejos del palacio, Ian miró a Brianna.

—¿Estás encinta realmente? —preguntó, rompiendo el silencio y mirándola expectante.

Brianna le devolvió la mirada, conteniendo una sonrisa al ver lo alterado que parecía.

—Tal vez —decidió hacerlo sufrir un poco—. ¿No estás feliz? ¿O no querías más hijos?

Ian negó rápidamente.

—Sí... no, digo... —soltó un gruñido de exasperación—. Brianna, por Dios, dime si estás embarazada o no.

—No lo estoy; solo lo dije para tranquilizar al rey y que no pusiera tanta presión sobre ti —respondió ella, sintiendo un pequeño pinchazo de dolor en el pecho al pensar en la posibilidad de que Ian no quisiera más hijos; había creído que sus miedos ya estaban un poco más superados.

Ian dejó caer los hombros.

—No pienses algo que no es, por favor. Solo quería estar seguro antes de ilusionarme —eso hizo que ella levantara la cabeza con rapidez.

—¿Acaso... esperabas que sí estuviera encinta? —preguntó ella, confundida.

Ian asintió despacio.

—He tratado de dejarte embarazada desde la primera vez que estuvimos juntos en Nueva Orleans —admitió Ian sin mirarla—. No te lo dije porque no quería que creyeras que te quería de regreso por eso, cuando apenas me habías dado otra oportunidad.

—¿Y realmente por qué querías dejarme embarazada? —inquirió ella, más tranquila.

—Porque deseo una familia contigo —respondió él con honestidad—. Darle hermanos a Aurora y hacer que nunca más huyeras de mí.

Aquello hizo que Brianna soltara una risa mezclada con un sollozo.

—Dios mío, Ian —musitó ella, limpiándose una lágrima del rostro.

—Mami, ¿por qué lloras? —preguntó Aurora, mirando a su madre.

Brianna sonrió.

—Es culpa de tu padre, que solo consigue que lo ame más —respondió ella.

—Papi, no hagas llorar a mami —recriminó Aurora, cruzándose de brazos, sin entender realmente las palabras de su madre.

—Soy muy malo —bromeó Ian, tomando a Brianna y sentándola en su regazo—. Mira cómo la hago llorar.

Ian comenzó a repartir besos por el rostro de Brianna, haciendo que Aurora riera con inocencia.

—Yo solo sé que, con cada día que pasa, mi amor por ti crece, *mo chreach,* y que tengamos otro hijo sería el regalo perfecto que podrías darme —murmuró él muy cerca de su rostro.

Ninguno hizo más movimiento que ese por Aurora, pero la promesa de una noche apasionada quedó reflejada en sus miradas.

Cuando llegaron a Warwick House, todos felices por el logro de haber visto al rey y de que todo hubiera salido perfecto, se encontraron con el escándalo proveniente de las habitaciones del piso superior.

Brianna detuvo a una de las sirvientas, que pretendía subir a ver qué ocurría.

—Cuida de mi hija —le ordenó mientras subía las escaleras rápidamente junto a Ian. Caminaron hacia el origen del escándalo, que era... ¿La habitación de Gregor?

Al llegar y entrar por la puerta abierta, Brianna llevó una de sus manos a la boca al ver la escena.

Gregor estaba solo en pantalones, con el torso desnudo y despeinado. Josiane permanecía enredada entre las sábanas, claramente desnuda, mientras Harriet y Egerton, sus padres, los reprendían.

Brianna solo pudo pensar en el terrible error que Gregor acababa de cometer.

Capítulo 18

Ian estaba sentado en la silla de su escritorio, mirando fijamente a Gregor, que permanecía de pie frente a él con los brazos cruzados y el ceño profundamente fruncido. Brianna estaba sentada en uno de los sillones del despacho, esperando que la situación no escalara a mayores.

—¿No pudiste contenerte unos malditos días? —inquirió Ian con voz seria—. Las inglesas no son como las mujeres escocesas a las que estás acostumbrado.

Gregor resopló y desvió la mirada hacia la ventana unos segundos antes de volver a mirar a Ian.

—Lo sé. Pero tampoco fue como si la hubiera obligado —replicó con fastidio—. Además, no entiendo el escándalo. Solo es una sirvienta.

Brianna se tensó inmediatamente al escucharlo.

—Josiane no es solo una sirvienta, Gregor —intervino antes de que Ian pudiera hacerlo—. Es la hija del mayordomo y del ama de llaves de esta casa. Creció aquí, está educada y protegida por la reputación de sus padres.

Gregor frunció aún más el ceño, claramente sin comprender todavía la gravedad del asunto.

—En Escocia eso no habría importado tanto —murmuró.

—Pues esto no es Escocia y acabas de comprometer la reputación de una muchacha inglesa bajo mi techo.

—Y eso podría causar un escándalo —añadió Brianna mientras se masajeaba la sien. Por esa razón sentía que ya no podría residir en Londres; le resultaba abrumador vivir con el miedo constante a las murmuraciones y a los grandes escándalos.

Gregor abrió la boca para responder algo más, pero unos golpes en la puerta entreabierta interrumpieron la discusión. El ambiente ya estaba suficientemente tenso incluso antes de que Harriet y Egerton entraran al despacho junto a Josiane.

La joven llevaba ahora un vestido sencillo color crema, completamente cerrado hasta el cuello. Mantenía el rostro rojo hasta las orejas y la cabeza inclinada hacia el suelo, incapaz de mirar directamente a nadie.

Harriet parecía contenerse para no perder la compostura, aunque sus ojos delataban su furia y humillación. Ian se levantó lentamente de su asiento y Brianna hizo lo mismo, cruzándose de brazos con expresión preocupada. Después de todo, ella era quien había llevado a Gregor a Warwick House.

—Milord —habló Egerton con rigidez, dando un paso al frente. Josiane se mantuvo detrás de sus padres con la cabeza gacha—. Mi hija ha sido deshonrada bajo este techo.

—De verdad, lo sentimos. Gregor no conoce las costumbres inglesas y, en parte, fue mi culpa no advertirle y no estar más pendiente —se disculpó Ian.

Gregor negó con la cabeza y observó a la pareja sin moverse de su lugar, aunque la tensión en su mandíbula comenzaba a hacerse evidente.

—No lo estamos culpando, milord. Pero la reputación de mi hija no puede quedar arruinada —continuó el mayordomo, mientras Josiane cerraba los ojos con vergüenza—. Exijo que el señor MacLeod asuma su responsabilidad y se case con mi hija.

Gregor descruzó los brazos de golpe.

—¿Casarme? —repitió, mirándolo como si acabara de volverse loco —. Apenas conozco a su hija.

Brianna observó cómo Harriet apretaba los labios.

—Pero sí la conocía lo suficiente para llevarla a su cama —replicó con furia.

Brianna nunca había visto a Harriet tan enfadada, pero podía comprenderla completamente como madre. Josiane era una joven dulce e ingenua, criada con educación para seguir los pasos de sus padres, y Gregor se había aprovechado de eso.

—No voy a casarme solo porque tuvimos...

—¡Cuida tus palabras, Gregor! —le advirtió Ian con dureza—. Esta vez no puedo ayudarte —agregó en un tono más bajo mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No pienso casarme con ella, Ian —sentenció Gregor con firmeza.
Josiane bajó todavía más la cabeza al escucharlo, y aquello hizo que Brianna sintiera una pequeña punzada de pena por ella. Ian apoyó ambas manos sobre el escritorio sin apartar la mirada de su amigo.
—Debiste pensar en las consecuencias antes de seducir a una joven. Te conozco, eres mi mejor amigo y sé que eres un libertino, pero esta vez te equivocaste de mujer. Debiste ser más responsable y pensar en las consecuencias.
Gregor levantó la mirada hacia Ian con el ceño fruncido.
—¿Consecuencias?
—Un embarazo —respondió Ian, provocando un largo silencio cargado de tensión en el despacho.
—Imposible, siempre tengo cuidado con esas cosas —dijo Gregor, negando con la cabeza.
—Aun así, tendrás que casarte. Y no te lo estoy diciendo como tu amigo, sino como tu laird.
Gregor permaneció inmóvil varios segundos, mirando fijamente a Ian, sin terminar de creer lo que acababa de escuchar. Pero Ian se mantuvo firme, lo que hizo que Gregor soltara un resoplido y apretara la mandíbula.
—Está bien —escupió finalmente con amargura—. Me casaré con ella.
Ian asintió una sola vez, mientras Brianna arqueaba las cejas con rapidez y soltaba una leve respiración de alivio.
—La boda será cuanto antes —informó Ian antes de desviar la mirada hacia Harriet y Egerton—. ¿Están de acuerdo? —preguntó con un tono mucho más calmado.
Harriet intercambió una breve mirada con su esposo. Brianna pudo notar que ellos tampoco imaginaban terminar en una situación así, pero sabían que había muy pocas alternativas para su hija en ese momento.
—No era lo que soñábamos para nuestra hija, milord —admitió Egerton con honestidad—. Pero… es lo más conveniente para su futuro. Mientras el señor MacLeod la trate con respeto, aceptaremos la unión.

Harriet asintió lentamente, aunque su rostro reflejaba una mezcla de vergüenza, enojo y preocupación. Gregor no respondió; solo tensó aún más la mandíbula.
—Entonces quedará arreglado. Mañana mismo hablaré con el sacerdote —dijo Ian, volviendo a tomar asiento en su silla y dando por terminado el asunto.
Gregor soltó un gruñido bajo, lleno de frustración, antes de dirigirse hacia la puerta. Pero antes de salir del despacho, sus ojos se clavaron apenas un segundo sobre Josiane. La miró con dureza, enojo y resentimiento, como si la considerara responsable de todo lo ocurrido.
Josiane solo bajó todavía más la cabeza al recibir esa mirada. Y sin decir una sola palabra más, Gregor abandonó el despacho dando un fuerte portazo detrás de sí.
—Le agradecemos que haya intervenido, milord, aunque también pedimos disculpas por el comportamiento de nuestra hija —habló Egerton, bajando un poco la cabeza.
—El error fue de ambos; ahora deberán asumir sus consecuencias —respondió Ian.
Brianna observó a la joven; no parecía especialmente feliz por la unión, aunque ella tampoco lo estaría después del claro rechazo que había recibido por parte de Gregor frente a todos.
—Pueden retirarse. Les estaré avisando de todo —ordenó Ian.
Los tres se retiraron, no sin antes hacer una leve inclinación de cabeza.
—¿Crees que tu orden afecte tu amistad con Gregor? —preguntó Brianna tras unos minutos de silencio entre ellos, mientras se recostaba en el borde de la mesa frente a él.
Ian levantó la mirada hacia su mujer y negó con la cabeza.
—Entre Gregor y yo han pasado muchas cosas; esta no será la primera ni la última —respondió Ian.
—Sí, pero esta vez lo estás obligando a casarse, y sabes que el matrimonio es para siempre —razonó Brianna.
—Ya me lo agradecerá. Era hora de que sentara cabeza y se casara; tarde o temprano tendría que presionarlo para que tomara una esposa. Por suerte, él solito se puso el anillo en el dedo.

Brianna soltó una risita, aunque el momento no era nada divertido; pero ya quería ver cómo se comportaría Gregor ahora que tendría una esposa.
—Ahora, olvidémonos de Gregor. Ven aquí —dijo Ian, tomando a Brianna por la cintura y jalándola contra sí para sentarla sobre su regazo y besarla.
Brianna correspondió al beso con gusto, envolviendo sus brazos alrededor del cuello de Ian y apretándolo contra ella. Así estuvieron por varios minutos hasta que Ian la miró con una sonrisa pícara que la hizo entrecerrar los ojos.
—¿En qué piensas? —preguntó ella.
—En que podría aprovechar todo este problema de bodas para... —se detuvo, sujetando a Brianna contra él mientras se inclinaba para abrir el primer cajón de su escritorio y sacar una cajita de terciopelo rojo. Brianna sintió un vuelco en el corazón, imaginando lo que era —... pedirte que vuelvas a casarte conmigo, *mo chreach.*
Ian abrió la pequeña cajita de terciopelo, dejando ver un delicado anillo de oro blanco. En el centro descansaba una perla redonda y, a su alrededor, diminutos diamantes estaban incrustados formando una fina corona que hacía resaltar aún más la belleza de la perla.
Brianna se llevó una mano a la boca, sorprendida; miraba el anillo fijamente y luego miró a Ian un segundo antes de volver la vista al anillo, como si aún no creyera lo que Ian le estaba proponiendo.
Nunca creyó que aquella conversación donde él mencionaba que podrían renovar sus votos se hiciera realidad.
—Había pensado hacerlo de otra manera. Algo más romántico, prepararlo mejor —explicó él, intentando sonar tranquilo a pesar del nerviosismo en su voz. Brianna levantó lentamente la mirada hacia él —. Pero estaba demasiado ansioso por saber si aceptarías y yo…
Brianna no lo dejó terminar; se inclinó rápidamente hacia él y lo besó. Ian soltó un leve sonido de sorpresa antes de sujetarla inmediatamente por la cintura, acercándola más a su cuerpo mientras respondía el beso con fuerza. Solo se separaron cuando el aire comenzó a faltarles.
Brianna permaneció muy cerca de sus labios, sonriendo emocionada y con los ojos ligeramente humedecidos.

—Sí —susurró contra su boca—. Sí, acepto.
Ian cerró los ojos apenas un instante antes de volver a tomar sus labios.
—Dios… —murmuró con una pequeña risa baja—. Te amo.
Brianna soltó una suave risa y acarició lentamente su mejilla.
—Yo también te amo —musitó ella.
Luego, Ian tomó suavemente una de sus manos y deslizó el anillo en su dedo con delicadeza. Brianna observó el anillo unos segundos más antes de volver a mirarlo.
—Me encanta —dijo ella sin perder la sonrisa.
—Si hubiera sabido que darte un anillo te haría tan feliz, te habría llenado de ellos —bromeó él, haciéndola reír aún más—. ¿Quieres hacer la ceremonia aquí en Londres... o en Escocia?
Brianna ladeó un poco la cabeza. Aunque no se sentía preparada para volver a Escocia, sabía que debía darle otra oportunidad al clan de Ian. Y, en el fondo, sabía que él quería celebrar su unión allí.
—En Escocia —respondió.
Ian la miró un poco preocupado.
—¿Estás segura? No tienes que hacerlo por mí; podemos hacerlo aquí y pasar la temporada social juntos. Luego podemos regresar —sugirió él, y ella estuvo muy tentada a aceptar ese plan porque sonaba maravilloso, pero huir no era la solución. Así que negó con la cabeza.
—Es momento de regresar a Argyll. Allí podemos celebrar nuestra renovación de votos. Además... —Ian arqueó una ceja al ver la sonrisa pícara que ella le dedicó—. Me encantaría reafirmar frente a todos esos escoceses que yo, Brianna Dunmond Straton, soy tu mujer.
Aquello hizo que Ian sonriera lleno de orgullo.
—Regresemos a Escocia entonces, milady —respondió él antes de hacerla suya posesiva y apasionadamente sobre el escritorio.

Capítulo 19

Habían pasado casi tres semanas desde su estancia en Londres y, en ese momento, finalmente regresaban a Escocia.

Durante esos días, Brianna e Ian habían decidido disfrutar tranquilamente del tiempo juntos antes de volver a Argyll y enfrentarse nuevamente al caos que habían dejado atrás.

Mientras tanto, Gregor y Josiane se casaron en una ceremonia breve y discreta. Aunque Gregor no protestó ni intentó negarse, su expresión durante toda la boda dejó bastante claro el descontento que sentía por la unión. Pero él sabía que no tenía otra opción.

Después de eso, Ian y Brianna decidieron dejar a los recién casados tranquilos para que intentaran familiarizarse entre sí. Aunque, sinceramente, no parecía que hubieran avanzado demasiado. Gregor seguía mostrándose distante y malhumorado la mayor parte del tiempo, mientras Josiane permanecía demasiado tímida y triste cerca de él.

Pero Brianna prefirió no involucrarse; en cambio, aprovechó los días para disfrutar de su estancia en Londres de un modo mucho más tranquilo. Ian incluso comenzó a enseñarle algunas palabras y expresiones en gaélico. Al principio creyó que jamás lograría entender el idioma, pero terminó descubriendo que no era tan difícil como imaginaba; solo necesitaba acostumbrarse al ritmo de las palabras y practicar constantemente.

También dedicó los últimos días a fortalecer su amistad con Katherine, Liviana y las demás duquesas, descubriendo que le gustaba pasar tiempo con ellas y, sobre todo, que hacer amigas no era tan complicado como había creído. Y, si en Escocia finalmente decidían darle una oportunidad, esperaba poder encontrar amistades similares allí también.

Mientras el carruaje avanzaba por el camino que conducía al castillo Dunmond, Brianna observaba el paisaje a través de la ventanilla. Por suerte, no llovía. El viaje de regreso había resultado mucho mejor que el de ida hacia Londres, aunque el frío y la humedad persistían.

El cielo comenzaba a oscurecer cuando atravesaron el pequeño pueblo del clan; algunas casas ya estaban iluminadas por antorchas.

Brianna se ajustó el nuevo abrigo grueso de piel que habían comprado en Londres. Esta vez, Ian se había asegurado de cubrirla con vestidos de telas más gruesas y resistentes, además de pesados abrigos de piel que realmente lograban mantenerla caliente. Lo mismo había hecho con Aurora, quien había insistido en llevar varios juguetes de Londres. Brianna no se negó; después de todo, en Escocia no tenía demasiadas distracciones.

Cuando el carruaje se detuvo frente al castillo, Brianna respiró hondo, sabiendo que había llegado el momento de enfrentar nuevamente al clan. Pero esta vez sería diferente, porque no pensaba doblegarse ni mostrarse sumisa como antes. En aquel entonces, lo había hecho por la posibilidad de que el regreso de Aisla realmente pudiera haber invalidado su matrimonio con Ian. Pero ahora, teniendo la certeza de que ella era la esposa legítima, no tenía por qué sentirse fuera de lugar y mucho menos ceder. Ella era la esposa del laird y, por ende, eran ellos quienes tenían que bajar la cabeza y respetarla.

Ian descendió primero del carruaje y luego ayudó a Brianna a bajar antes de tomar a Aurora en brazos. Con la mano libre, buscó inmediatamente la de su esposa, entrelazando sus dedos. Ella lo miró con una sonrisa segura, demostrándole que podía hacerlo. Cuando se abrieron las puertas del castillo que daban a la entrada del gran salón, las conversaciones cesaron y decenas de rostros se volvieron hacia ellos.

A diferencia de la última vez, cuando había una enorme celebración, esa noche todo estaba mucho más calmado, aunque había un gran número de personas, entre ellas trabajadores de la destilería compartiendo bebidas cerca del fuego, sirvientes cruzando de un

lado a otro y miembros del clan que simplemente pasaban el tiempo allí.

—¿Siempre hay miembros del clan en el castillo? —preguntó Brianna en voz baja, inclinándose hacia Ian mientras avanzaban—. Además de los sirvientes, quiero decir.

—En invierno es común, pero nunca he prohibido la entrada, a excepción de las alas de las habitaciones, que están restringidas solo a la familia y al personal —explicó Ian.

Brianna observó nuevamente el lugar, comprendiendo mejor la cercanía entre Ian y su gente.

Cuando se acercaron más, Brianna apretó un poco la mano de Ian mientras mantenía la cabeza firme, mirando a todos los que los observaban. Entonces, de pronto, el salón estalló en vítores con frases como: *«¡El laird ha regresado!».*

—Te aprecian bastante —musitó Brianna, más para sí misma que para Ian.

En ese momento, Helen se acercó seguida de Mòrag.

—Gracias a Dios —exclamó Helen en inglés—. Muchacha, nos diste un buen susto. ¿Cómo desapareces así sin decir nada?

Brianna sonrió a modo de disculpa.

—No fue mi intención preocuparlos —respondió ella.

Mòrag llegó enseguida y abrazó a Brianna, quien respondió soltándose de Ian.

—Qué bueno que están bien —dijo Mòrag, pasando una mano por la mejilla de su hijo y luego por los brazos de Aurora, que permanecía en brazos de Ian—. Estábamos muy preocupados; pasaron demasiados días.

—Estamos bien, solo debíamos resolver nuestros problemas —respondió Ian con suavidad para tranquilizar a ambas mujeres.

Justo en ese instante, la puerta volvió a abrirse y Gregor junto a Josiane entraron, acercándose al grupo. Ellos habían viajado en carruajes separados para mayor comodidad. No podían ir los cinco en un solo carruaje durante un viaje tan largo, así que decidieron

separarse. Gregor venía al frente con su caminar seguro, mientras que su esposa iba detrás, mirando todo con curiosidad.

Helen y Mòrag inclinaron la cabeza por encima de los hombros de Ian y Brianna para observarlos. Luego, Helen se enderezó con el ceño fruncido.

—Es una historia un poco larga —respondió Ian.

Cuando Gregor llegó junto a ellos, Helen lo miró con los brazos cruzados.

—Muchacho, ¿cómo se te ha ocurrido llevarte a la esposa de tu laird? —lo reprendió.

—No me la llevé, la acompañé —rectificó él sin mostrarse molesto por el regaño; al parecer, estaba acostumbrado a ellos.

—Me da igual, debiste avisarle a Ian —continuó Helen. Entonces Josiane se dejó ver y Brianna le hizo señas para que se acercara a su lado—. ¿Y esta muchacha?

—Josiane. La esposa de Gregor —respondió Brianna con una sonrisa.

Helen abrió los ojos con sorpresa. Incluso varias personas cercanas dejaron de hablar para mirar a Gregor.

—¿Qué? —inquirió Helen lentamente—. ¿Estás diciéndome que este granuja se casó con una joven tan bonita?

Gregor soltó un resoplido cansado.

—Iré por un poco de whisky. El viaje fue un verdadero fastidio —expresó sin importarle que su esposa estuviera presente.

Brianna observó la expresión cabizbaja de Josiane y sintió una pequeña punzada de pena por ella.

—Helen... ¿puedes preparar una habitación para Josiane esta noche? —pidió Brianna, imaginando que a Gregor no le importaría demasiado dónde durmiera ella.

—Por supuesto. Ven, querida, acompáñame —dijo Helen con una sonrisa amable.

—Puedes ir y descansar; mañana será otro día —le aseguró Brianna.

Josiane asintió cabizbaja.

—Gracias —fue lo único que alcanzó a decir antes de que Gregor se acercara.

—Nos vamos —dijo él dirigiéndose a Josiane.

—¿Adónde la llevas? —preguntó Brianna rápidamente.

—A mi casa —respondió Gregor con simpleza—. Es donde debe estar.

Ella estuvo a punto de protestar, pero Ian apoyó suavemente una mano sobre su brazo.

—Déjalos, *mo chreach*. Josiane es su esposa.

Brianna resopló bajito y terminó asintiendo. Ian tenía razón. Aun así, se acercó más a la joven mientras dejaba que Ian hablara con su amigo.

—Él no te hará nada —le aseguró Brianna, esperando que Gregor fuera tan caballero con su esposa como se había mostrado con ella —. Y si algo ocurre, puedes acudir a Ian o a mí.

Josiane volvió a asentir agradecida.

—Gracias, milady —respondió.

Mientras tanto, Ian se acercó a Gregor y apoyó una mano firme sobre su hombro.

—No cometas los mismos errores que yo, amigo —le aconsejó—. Lo mejor es que aprendas a querer a tu esposa. Si te fijaste en ella para llevarla a la cama, algo más tendrá para que aprendas a valorarla también como esposa.

Gregor no respondió. Solo apartó la mirada antes de marcharse junto a Josiane.

—Se puede notar que no fue un matrimonio deseado —comentó Mòrag una vez que las grandes puertas se cerraron.

—No lo fue. Gregor cometió un error y el matrimonio fue la consecuencia —respondió Ian.

—Aun así, creo que obligarlos fue todavía peor. Sé que Josiane es quien más habría sufrido las consecuencias en Londres, pero aquí,

con Gregor, será más infeliz —expresó Brianna.

—Siempre le advertí a Gregor que su vida promiscua terminaría trayéndole problemas, pero nunca me escuchó —añadió Helen con rostro preocupado—. Al igual que Ian, quiero mucho a ese muchacho; ambos son como los hijos que no tuve.

—¿Dónde está Blair? —preguntó Ian después de unos segundos, cambiando el tema de Gregor.

—En la biblioteca —respondió Mòrag—. Desde que la descubrió no sale de ahí, y creo que Aisla se ha unido al club de lectura.

—¿Tienes una biblioteca? —preguntó Brianna mirando a Ian.

—Sí, aunque hace años no agrego libros nuevos.

—Mientras tengas algunos interesantes de medicina y botánica, está bien —dijo Brianna, encogiéndose de hombros.

—Puedo comprarlos para ti —agregó Ian.

—Si insistes... —canturreó Brianna, apoyándose contra su brazo.

Mòrag y Helen sonrieron al verlos de esa forma, tan felices y sin ninguna restricción, nada que ver con cómo habían llegado semanas atrás.

—¿Van a comer algo? Deben estar hambrientos y cansados —comentó Helen.

—Sí, fueron muchos días de viaje —respondió Brianna.

Antes de sentarse en una mesa, Ian puso a Brianna a su lado y sujetó mejor a su hija en brazos. Luego llamó la atención de los presentes y de los que iban llegando. Esperó a que el salón quedara en silencio.

—Quiero dejar algo claro de una vez y espero no tener que repetirlo —dijo en gaélico, con voz firme y autoritaria—. Mi esposa es Brianna Dunmond, lady del clan y condesa de Warwick —Nadie se atrevió a protestar o contradecirlo. Luego continuó—. Y mi hija, Aurora Dunmond, es legítima ante la ley, ante la Iglesia y ante la Corona inglesa.

Brianna sintió varias miradas sobre ella, así que imaginó lo que Ian estaría diciendo tan seriamente. A pesar de no entender mucho las palabras, permaneció al lado de Ian con la espalda recta y el mentón levantado. Esa vez, no sintió que estuviera ocupando un lugar que no le correspondía.

—El asunto relacionado con Aisla ya fue resuelto legalmente y no volveré a discutirlo con nadie. Así que espero que los rumores, las dudas y los comentarios terminen esta misma noche. También espero que todos aquí entiendan algo de una vez, Brianna es mi esposa. La mujer que elegí y a la que amo. Y no toleraré faltas de respeto, rechazos ni murmuraciones contra ella dentro de mi clan o bajo mi techo.

Algunas personas desviaron la mirada inmediatamente.

—Ya es hora de que ciertos pensamientos cambien —añadió Ian, recorriendo el salón con la mirada—. Mi esposa merece el mismo respeto que cualquier otra mujer de este clan. Y quien tenga un problema con eso, puede discutirlo directamente conmigo.

Brianna levantó lentamente la mirada hacia él, apretando su mano en apoyo y agradecimiento; él la miró y le dedicó una sonrisa.

∞∞∞

A la mañana siguiente, Brianna despertó lentamente al sentir las manos de Ian, que recorrían con suavidad sus caderas desnudas bajo las mantas de pieles. Ian besó despacio la piel de su hombro antes de deslizar los labios por su cuello.

—Ya amaneció, *mo chreach* —murmuró con voz ronca—. Deberíamos empezar el día.

Brianna soltó una suave risa adormilada, aún con los ojos cerrados.

—Siento que alguien más ya despertó hace rato —comentó divertida al notar exactamente qué parte de Ian estaba demasiado despierta.

Él soltó una risa baja contra su piel.

—También merezco empezar el día con entusiasmo.

Aquello provocó que Brianna terminara girándose hacia él para besarlo, y eso fue suficiente para que Ian se colocara sobre ella y profundizara el beso. Sus lenguas se entrelazaron, y ella aprovechó la distracción de Ian para meter la mano entre ambos y sujetar su miembro erecto.

—¡Ahg...! —Ian gruñó sobre sus labios, cerrando el puño sobre la almohada.

Brianna siguió acariciándolo a la vez que abría las piernas y las colocaba a cada lado de la cintura de Ian. Mientras él dejaba besos sobre su cuello y pecho, ella pasó el glande del miembro de él por su resbaladiza entrada.

—Me encanta cuando estás tan húmeda por mí —gimió Ian, mordiendo suavemente uno de sus pezones, mientras Brianna seguía estimulando su clítoris de arriba abajo con el miembro de Ian.

Cuando sintió cómo el orgasmo se acumulaba en su vientre bajo, guió la erección hacia su entrada. Sin necesidad de palabras, Ian la penetró completamente. Brianna enredó aún más las piernas en torno a las caderas de Ian para profundizar las embestidas.

Ian gimió, aferrándose con fuerza al cabezal de la cama mientras la penetraba a un ritmo frenético. Brianna lo abrazó contra ella, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás al sentir que le faltaba muy poco para estallar. Él metió la otra mano entre sus cuerpos para estimular su clítoris, y Brianna abrió la boca con la intención de gritar de placer mientras su cuerpo llegaba al clímax, pero Ian la calló con un beso a la vez que gruñía y se derramaba en su interior.

Tiempo después, finalmente salieron de la habitación. Brianna llevaba un vestido color crema de mangas largas y un grueso chal sobre los hombros. Fueron directamente hacia la habitación de Aurora, ubicada junto a la de ellos. Durante las semanas en Londres, la niña se había acostumbrado bastante bien a dormir sola, así que decidieron mantener la misma rutina también en Escocia.

Cuando entraron, encontraron a la niñera que Ian había asignado la noche anterior, terminando de acomodar el cabello rubio de Aurora frente al pequeño tocador.

—Buenos días, milord, milady —saludó la mujer, haciendo una leve inclinación.

Aurora sonrió apenas vio entrar a sus padres.

—¡Mami! ¡Papi!

Brianna se acercó enseguida.

—Yo terminaré de arreglarla —dijo con amabilidad.

La mujer asintió sin problemas antes de retirarse de la habitación. Brianna observó la puerta cerrarse y sintió cierto alivio; al menos la mujer no la miró mal, aunque debía probar estando sola y no con Ian.

—¿Dormiste bien, terroncito? —preguntó Brianna mientras terminaba de acomodarle el vestido de lana azul claro. Aurora asintió rápidamente.

—Sí.

—¿Nos extrañaste? —preguntó Ian. Aurora fingió pensarlo, haciéndolos reír.

—Solo un poquito.

—¿Solo un poquito? —repitió Ian, fingiendo ofensa. Aurora soltó una carcajada.

—Porque traje mis juguetes nuevos.

Brianna negó divertida con la cabeza antes de besarle la frente.

Poco después, los tres bajaron hacia el salón para desayunar. A esa hora había pocas personas en el gran salón; el ambiente era tranquilo y cálido gracias al fuego de la chimenea. Sobre la mesa ya había té caliente, leche, pan recién horneado, mantequilla, huevos, avena caliente y pequeños frascos de mermelada de frutos rojos.

Mòrag y Blair llegaron poco después. Aurora, apenas vio a Blair, bajó rápidamente de la silla y corrió hacia ella.

—¡Traje muchos juguetes, tía Blair! —anunció emocionada—. Podemos jugar.

Blair sonrió inmediatamente y la tomó en brazos.

—Ya quiero verlos todos —respondió divertida antes de añadir—. Aunque también podrías compartirlos con los demás niños del clan. Estoy segura de que estarán felices de jugar contigo.

Aurora asintió.

—Está bien.

Luego apareció Helen con el mismo entusiasmo de todos los días.

—Buenos días —saludó acercándose a ellos.

—Buenos días —respondió Brianna, e Ian levantó la mirada de su taza de té.

—¿Has visto a Marion esta mañana? —preguntó él, y Helen negó.

—No se ha dejado ver hoy. Y, extrañamente, se comportó con decencia mientras ustedes estuvieron fuera.

Ian soltó un leve resoplido, no estaba muy convencido de que eso era algo bueno.

—En cuanto la vea, dile que quiero hablar con ella en mi despacho. Tenemos asuntos pendientes que resolver.

Helen asintió y Mòrag miró a su hijo mientras dejaba su vaso de leche sobre la mesa.

—Hijo... ¿el clan no cuestiona la forma en que tratas a Marion? Después de todo, muchos creen que... es tu madre.

—No realmente. Todos saben que entre nosotros jamás hubo una relación de madre e hijo. Marion nunca me trató como tal —respondió Ian, encogiéndose ligeramente de hombros.

Brianna lo observó con el ceño fruncido.

—¿Nunca sospecharon entonces que ella no es tu verdadera madre?

—Si lo pensaron, nunca lo dijeron en voz alta. Y Marion es demasiado orgullosa para admitir que es infértil y que nunca pudo darle un hijo a Angus. Prefiere los rumores antes que soportar la humillación.

—El clan realmente nunca apreció demasiado a Marion. Por eso tampoco les importa cómo Ian la trata —añadió Helen con un leve encogimiento de hombros; luego untó más mantequilla en su rebanada de pan.

El ambiente quedó en silencio después de eso; todos estaban concentrados en su desayuno. Al cabo de un rato, Ian se puso de pie.

—Estaré en mi despacho un rato y luego iré a la destilería —informó antes de inclinarse para besar suavemente la frente de Brianna y acariciar la mejilla de su hija. Luego miró a Helen—. Quiero que Aurora pase tiempo con los demás niños del clan. Creo que ya es hora de que tenga más amigos.

—Déjamelo a mí —expresó Helen, mirando a Aurora con una sonrisa —. Estoy segura de que te gustará jugar con los demás niños, pequeña.

Una vez que Brianna, Helen, Mòrag y Blair quedaron solas, siguieron conversando entre ellas.

—Noto que te sientes más cómoda —comentó Blair, mirando a Brianna con una ceja arqueada y una media sonrisa.

Brianna tomó un poco más de té de la mesa antes de asentir con una sonrisa tranquila; al menos el té que habían servido esa mañana estaba mucho mejor que el que le habían servido la primera vez, lo que la llevó a la conclusión de que seguramente lo habían hecho a propósito. Pero eso también significaba que habían tomado la advertencia de Ian muy en serio.

—Lo estoy —admitió—. Ian y yo resolvimos nuestros problemas. Creo que finalmente estamos en paz y felices.

—Y con un anillo nuevo —señaló Helen, mirando su mano.

Brianna abrió la mano enseguida para mostrárselo. Las tres mujeres se acercaron, curiosas, para admirar la perla rodeada de diamantes.

—Es hermoso —murmuró Blair, observándolo fijamente, y Brianna sonrió emocionada.

—Aún no quería decir nada, pero estoy demasiado feliz para guardarlo.

Las tres la miraron inmediatamente con sorpresa.

—¡Estás embarazada! —gritó Helen tan fuerte que varias personas alrededor giraron la cabeza hacia ellas.

Brianna soltó una carcajada avergonzada y negó rápidamente.

—No es eso, Helen. Ian me pidió renovar nuestros votos.

Mòrag se llevó una mano a la boca.

—¿En serio? —Brianna asintió—. Es una noticia maravillosa —dijo Mòrag con emoción—. No estuve presente en su boda, pero sí estaré en esta.

Brianna tomó suavemente la mano de su suegra y la apretó.

—Ian apreciará mucho tenerte aquí esta vez.

—Vaya, jamás pensé que mi hermano fuera un romántico empedernido —bromeó Blair, logrando que todas rieran.

Brianna continuó dándole de comer a Aurora, hasta que recordó la biblioteca que Mòrag había mencionado la noche anterior y se giró hacia Blair.

—Por cierto, tienes que llevarme a la biblioteca.

—Está bien, pero Ian no tiene gran cosa allí. Debería ampliar la colección con más libros; es vergonzoso para un laird tan rico como él.

—No le das tregua a tu hermano. Lo criticas por todo —Helen negó con la cabeza, divertida, y Blair se encogió de hombros.

—Al menos alguien tiene que hacerlo. Todas aquí parecen demasiado encantadas con él.

Volvieron a reír y solo se escucharon sus risas en el gran salón porque los pocos presentes enseguida se callaron. Brianna levantó la mirada al notar el silencio y vio que la razón era Aisla, que acababa de entrar.

Sin embargo, Aisla avanzó con tranquilidad hacia ellas.

—Buenos días —saludó educadamente con una sonrisa amable en el rostro. Luego, sus ojos se posaron directamente sobre Brianna—. ¿Podemos hablar, por favor?

Capítulo 20

Brianna parpadeó varias veces hasta que reaccionó, asintiendo.

—Por supuesto —dijo y luego miró a su hija—. No tardaré; mientras, puedes quedarte con la abuela y la tía Blair.

—Sí, mami —respondió Aurora, levantándose para ir hasta Blair.

Brianna y Aisla caminaron juntas hacia fuera del gran salón, lejos de las miradas indiscretas de los presentes, hasta que se detuvieron en medio de uno de los pasillos del castillo. Brianna acomodó mejor el chal de lana sobre sus hombros antes de mirar a la castaña.

—¿Qué querías hablar conmigo? —preguntó con tranquilidad.

Y realmente lo estaba. Ya no sentía la inseguridad de los primeros días. Ahora sabía cuál era su lugar junto a Ian y, sobre todo, sabía que él la amaba. Estar frente a Aisla ya no le provocaba esa sensación de amenaza constante.

—Quería disculparme contigo —admitió Aisla finalmente—. Por toda la incomodidad que causé desde que regresé.

Brianna la observó en silencio, permitiéndole continuar.

—Ian y yo hablamos antes de que te fueras a Londres —continuó Aisla—. Dejamos claro que entre nosotros ya no queda amor. Yo… regresé únicamente para cerrar esa etapa de mi vida. Necesitaba saber qué había sido de él y del clan antes de volver a la vida que dejé lejos de aquí.

Aisla bajó la mirada unos segundos antes de volver a mirar a Brianna, y ella notó cierta nostalgia en sus ojos.

—No sabía que Ian se había casado —añadió Aisla, negando suavemente con la cabeza—. Si lo hubiera sabido, ni siquiera habría aceptado regresar.

Brianna permaneció callada apenas unos segundos, mirándola; luego, le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Me alegra escuchar eso de ti. Pero creo que era tu derecho regresar y ver por ti misma lo que había sido de tu vida antes del accidente. Antes, solo estaba asustada por lo que podría suceder conmigo y mi hija si mi matrimonio resultaba inválido.

Aisla asintió.

—Te entiendo, y sé que no es fácil lidiar con ese temor. Por eso, me sentía con el deber de disculparme por el mal rato que les hice pasar.

—Por mi parte, no quedarán rencores.

Aisla le sonrió ampliamente, borrando la preocupación de su rostro.

—Entonces quizá podamos ser amigas mientras siga en el clan —comentó con un deje divertido—. Aunque no creo quedarme mucho tiempo aquí. Solo quiero ayudar a mi hermana a alejarse de nuestra tía antes de marcharme.

Brianna soltó una pequeña risa suave y asintió. La entendía perfectamente. Ella también tenía hermanas y haría cualquier cosa por ellas, especialmente si se tratara de alejarlas de una tía loca como Marion.

Luego de eso, Aisla ladeó apenas la cabeza.

—También escuché algunos rumores sobre lo que Ian dijo anoche frente al clan.

Brianna frunció apenas el ceño y se mordió ligeramente el labio.

—¿Rumores malos? —preguntó, y Aisla enseguida negó con la cabeza.

—No. Yo también dejé claro que no regresé para seguir siendo la esposa de Ian. Al parecer, eso calmó bastante las cosas dentro del clan y muchos ya comenzaron a aceptar que la decisión está tomada.

—Eso es bueno… supongo —expresó casi en un susurro.

Aisla tomó una de sus manos, haciendo que Brianna levantara la cabeza. La castaña era un poco más alta que ella, así que tuvo que levantar la mirada.

—Puedo ayudarte con algunas cosas mientras siga aquí —ofreció Aisla—. Aunque... ha pasado mucho tiempo; imagino que algunas costumbres han cambiado un poco desde que me fui.

Brianna la miró algo sorprendida por el ofrecimiento, pero terminó asintiendo con una ligera sonrisa. Toda ayuda era bienvenida si significaba adaptarse mejor al clan.

—Me encantaría. Aliarnos dejaría al clan sorprendido y sin derecho a replicar. Además… eso tranquilizaría mucho a Ian. Él te aprecia bastante y sigue arrepentido por el sufrimiento que te causó cuando estaban juntos.

Aisla sonrió apenas y negó con la cabeza, soltando las manos de Brianna con suavidad.

—Si pasó así, era porque tenía que pasar. Ya ha pasado demasiado tiempo como para seguir viviendo atrapados en el pasado.

Brianna arqueó ligeramente las cejas, un movimiento casi imperceptible al darse cuenta de que ella y Aisla tenían pensamientos muy parecidos.

«Quizá… realmente podríamos llevarnos bien».

Ambas decidieron regresar al gran salón y unirse a las demás, pero apenas habían avanzado unos metros cuando una discusión alterada resonó desde otro de los pasillos cercanos. Brianna se detuvo al escuchar los gritos amortiguados. Aisla, por su parte, frunció el ceño al reconocer una de las voces.

—Isobel —murmuró alarmada.

Sin esperar más, comenzó a caminar rápidamente hacia el origen de la discusión, seguida por Brianna. Cuando se acercaron y doblaron la esquina del pasillo, Brianna vio a Isobel y Marion frente a frente. Ambas hablaban en gaélico; Isobel negaba con la cabeza y Marion se veía bastante molesta, aunque al notar la presencia de ellas, se callaron de golpe.

Aisla frunció aún más el ceño.

—¿Qué está pasando? —preguntó en inglés, claramente incluyendo a Brianna en la conversación.

Marion sonrió, aunque la sonrisa estaba lejos de ser amable. Sus ojos se movieron primero hacia Aisla y luego hacia Brianna; en su mirada estaba muy claro el odio que sentía por ellas. Brianna no podía entender cómo alguien podía albergar tanto odio, malicia y rencor en su corazón.

—No te importa —respondió Marion secamente—. Es un asunto entre mi sobrina y yo.

—Yo también soy tu sobrina, e Isobel es mi hermana —replicó Aisla con firmeza, dando un paso al frente—. Y estabas obligándola a algo. ¿Qué quieres que haga por ti esta vez, Marion?

Brianna la observó de reojo, notando claramente el carácter fuerte y orgulloso tan propio de los escoceses.

—Ya te dije que no te importa —respondió Marion de vuelta, fulminándola con la mirada.

Entonces, Marion giró la cabeza hacia Brianna. La intensidad del odio en su mirada hizo que se tensara un poco, pero no retrocedió; le sostuvo la mirada con firmeza, levantando el mentón, demostrando quién tenía el poder. La miró con más detenimiento, viendo que Marion parecía apenas un poco mayor que Mòrag. Su cabello oscuro ya tenía algunas hebras blancas, llevaba ropas sencillas y nada de joyas ni adornos, y su rostro lucía demasiado demacrado.

—No debiste regresar con ese bastardo de Ian —dijo Marion con un tono bajo y amenazante. Brianna arqueó una ceja.

—Tus palabras no me dan miedo, Marion —respondió con frialdad, aunque en el fondo tenía el corazón martillándole en el pecho—. Mi esposo te está buscando. Será mejor que acudas a él antes de que le pida que te exilie del clan por amenazarme.

La mandíbula de Marion se tensó, pero no replicó nada más. Antes de retirarse, lanzó una última mirada de advertencia hacia Isobel, una tan dura que la hizo bajar la cabeza y desviar el rostro.

Una vez que Marion se alejó, Aisla se giró enseguida hacia su hermana y la sujetó suavemente de los brazos.

—¿Qué te estaba pidiendo Marion? —preguntó seriamente.

Isobel negó rápidamente con la cabeza.

—No llegó a decírmelo porque me negué desde el primer momento —respondió, mirando a Aisla. Las dos eran muy parecidas físicamente, aunque Aisla era un poco más alta y tenía las facciones más marcadas—. Seguí tu consejo. No quiero seguir siendo el títere de nuestra tía; ya me di cuenta de que solo me utiliza.

Aisla asintió y le dedicó una pequeña sonrisa de orgullo.

—Hiciste bien, hermana.

—Solo deben cuidarse de ella —advirtió en voz baja, mirando a Brianna—. Parece haberse vuelto loca desde que ustedes llegaron.

Brianna dudó apenas un segundo antes de responder.

—Le… diré a Ian —musitó Brianna, asintiendo, sin saber qué más decir. La Isobel que tenía frente a ella apenas se parecía a la mujer arrogante y desagradable que recordaba. Quizá el regreso de Aisla realmente la había hecho replantearse muchas cosas. Aunque ahora Brianna comenzaba a sospechar que gran parte de su comportamiento había sido ordenado por Marion.

—¿Ahora te das cuenta de que está loca? Marion está loca desde hace años, Isobel —dijo Aisla, divertida, aunque sus palabras generaron más tensión y preocupación en Brianna.

En ese momento, varias empleadas del castillo aparecieron al final del pasillo y se acercaron inmediatamente a ellas. Brianna se quedó tranquila, pensando que se dirigirían a Aisla o a Isobel.

—Milady… disculpe la interrupción —Brianna se sobresaltó al escuchar cómo la sirvienta le hablaba con amabilidad y... en inglés, aunque algo torpe—. Queríamos preguntar… sobre el Festival del Inicio de Primavera.

Brianna parpadeó confundida, y estuvo a punto de preguntar si era a ella a quien se dirigían.

—¿El festival? —repitió, sin saber de qué hablaban. Las empleadas asintieron rápidamente.

—Sobre las mantas y su distribución —explicó otra—. También la comida para las familias.

Brianna soltó un leve suspiro, apretando el chal sobre sus hombros. No tenía idea de cómo funcionaba esa celebración.

—Están preguntando cómo organizaremos la entrega de provisiones este año —explicó Aisla, mirando a Brianna—. Durante el festival suelen repartirse mantas, reservas de comida y pequeños barriles de whisky a las familias más afectadas por el invierno.

Brianna asintió lentamente, comprendiendo mejor.

—También querrán saber de los animales para el banquete —añadió Isobel esta vez—. Normalmente se preparan venados y ovejas para todo el clan.

—Entiendo —musitó Brianna pensativa; luego levantó la mirada y les sonrió—. Las mantas deben entregarse primero a los ancianos y a las familias con niños pequeños. Y respecto al banquete… creo que sería mejor no desperdiciar demasiados animales este año; sería más útil preparar guisos y sopas abundantes y dejar los animales para alimentar a más personas.

—Lo diremos en cocina, milady —respondió una de las sirvientas—. Gracias.

Una vez que las sirvientas se alejaron, Isobel acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja y miró a su hermana.

—Debo irme, tengo algunas cosas que hacer antes del almuerzo —dijo, y Aisla asintió.

Cuando Isobel finalmente se alejó, Brianna soltó el aire contenido.

—Lo hiciste muy bien. No es complicado, y tu educación inglesa puede serte muy útil para estos casos —expresó Aisla.

Eso hizo que Brianna terminara soltando una pequeña risa, sabiendo lo mal que estaba en sus roles como condesa y lady del clan.

Brianna y Aisla retomaron el camino hacia el gran salón, mientras la castaña continuaba explicándole con más detalle todo lo relacionado

con el Festival del Inicio de la Primavera.

—Normalmente dura dos días —comentó Aisla—. El primero suele centrarse más en la distribución de provisiones y en los juramentos de lealtad al laird. El segundo es más festivo; hay bailes, música y competencias.

—¿Competencias? —preguntó Brianna, curiosa.

Aisla asintió, divertida.

—Lanzamiento de troncos, luchas, carreras de caballos… cosas así. Aunque no sé si habrá cambiado alguna tradición; pero sabiendo cómo es la gente del clan, dudo mucho que lo hayan hecho.

Eso hizo sonreír un poco a Brianna. Cuando ambas entraron nuevamente al gran salón, muchos las miraron con sorpresa al verlas juntas y conversando con total normalidad. Se acercaron a la mesa donde estaban Mòrag y Blair, pero apenas tomó asiento, Brianna frunció el ceño al no encontrar a su hija junto a ellas.

—¿Dónde está Aurora? —preguntó inmediatamente.

Mòrag señaló hacia la enorme chimenea del salón. Brianna giró la cabeza, encontrando a su hija sentada sobre una manta en el suelo junto a dos niñas más. Las tres jugaban con pequeñas muñecas de trapo y piezas de madera. No pudo evitar sonreír al ver cómo su hija comenzaba poco a poco a adaptarse al ambiente del castillo y a convivir con otros niños del clan.

—Helen las presentó hace un rato y las dejó jugar juntas —dijo Blair.

—Es bueno que se abra a más niños —expresó Brianna, girándose hacia las mujeres con una amplia sonrisa.

Comenzaba a sentirse más cómoda en el castillo, y eso la relajaba. Luego comenzaron una conversación entre ellas. Mòrag y Aisla empezaron a darle ideas sobre cómo decorar el gran salón para la renovación de votos con Ian, mientras Blair aportaba comentarios sarcásticos sobre lo exageradas que podían ser algunas celebraciones escocesas.

—No permitas que llenen el salón con demasiadas pieles y cabezas de ciervo —aconsejó Blair—. Los hombres del clan creen que eso

vuelve todo más elegante.

—Porque sí lo vuelve más elegante —respondió Aisla, soltando una risa baja.

—Claro, es muy elegante ver un venado muerto en tu boda —replicó Blair, poniendo los ojos en blanco.

La conversación fue interrumpida cuando una de las empleadas del castillo se acercó apresuradamente hasta ellas.

—Lady Aisla. El laird necesita hablar con usted. La espera en el despacho.

Aisla frunció el ceño y luego miró rápidamente hacia Brianna, quien le dedicó una leve expresión tranquila.

—Ve. Todo está bien.

Aisla asintió antes de levantarse y alejarse. Blair observó cómo la castaña desaparecía por la puerta antes de volver la mirada hacia Brianna.

—¿No te molesta estar cerca de ella? —preguntó con curiosidad, mirándola fijamente.

Brianna negó suavemente mientras observaba a Aurora jugar.

—Ya hemos hablado. Me contó las razones por las que regresó al clan y me aseguró que no siente nada por Ian —respondió, encogiéndose de hombros—. No tengo motivos para sentirme incómoda con ella. De hecho… me agrada.

Blair sonrió ligeramente hacia su cuñada.

—Eres una buena mujer, Brianna. Me gusta lo comprensiva que eres… y también lo leal.

Brianna la miró un instante, sorprendida por el comentario, teniendo en cuenta lo difícil que era recibir un cumplido de Blair.

—Y Aisla… —continuó Blair, a la vez que jugueteaba con el borde de su taza—. La he estado observando estas semanas. Sí, también es buena mujer y no busca nada de Ian. Solo quiere regresar a su vida… y encontrar al hombre que ama.

Brianna arqueó una ceja, interesada en saber más.

—Has hablado mucho con ella, ¿eh?

—Las noches en la biblioteca son interesantes. Siempre terminamos hablando más de lo que leemos —admitió—. Y se ha abierto bastante conmigo. Eso es una señal de que no tiene a nadie que realmente la escuche o la ayude.

—¿Y en qué necesita ayuda? —preguntó Brianna con curiosidad.

—Quiere encontrar al hombre que ama… y al padre del hijo que espera —respondió después de dudar un segundo entre hablar o no. Brianna abrió los ojos, completamente sorprendida.

—¿Está embarazada? —preguntó casi en un susurro.

—No vayas a decir nada todavía —advirtió Blair enseguida—. Espera a que ella misma quiera contártelo.

Brianna asintió, aún desconcertada. Nunca habría imaginado algo así. Ahora entendía la delicadeza con la que Aisla caminaba y por qué jamás la había visto probar una sola gota de licor en el poco tiempo que habían estado en el mismo lugar, aunque hasta ese momento nunca le había dado importancia a esos detalles.

—Es una pena… —musitó Brianna con un leve tono de tristeza—. Pierde la memoria durante años, construye una nueva vida y ama a alguien otra vez… solo para terminar abandonada.

—Ella sabrá ser feliz —respondió Blair al cabo de unos minutos de silencio—. Al menos consiguió lo que más deseaba, ser madre.

Brianna observó la tristeza que cruzó el rostro de Blair al decir esas palabras. Ladeó la cabeza y, por primera vez, se preguntó cuánto dolor escondía realmente Blair detrás de su carácter y su sarcasmo.

Estuvo a punto de preguntarle directamente, pero nuevamente fueron interrumpidas cuando otras sirvientas se acercaron hacia Brianna para hacer más preguntas relacionadas con el festival. Y, gracias a todo lo que Aisla le había explicado antes, pudo responder con mucha más seguridad.

Capítulo 21

Ian se encontraba en el despacho, revisando varios documentos atrasados relacionados con las tierras del clan y la destilería. Se sentía bastante tranquilo y relajado. No completamente en paz, porque todavía quedaban demasiados asuntos por resolver, pero sí mucho más aliviado que semanas atrás, porque tenía a Brianna y a su hija con él. Y esta vez sabía que no volverían a alejarse.

El solo pensar en su mujer hacía que una pequeña sonrisa apareciera en su rostro. Mientras tomaba otro de los documentos apilados sobre el escritorio, de este salió un sobre que cayó justo frente a él. Tomó el sobre y recordó que era la carta que Helen le había traído antes de que el imprevisto viaje a Londres ocurriera.

La había olvidado por completo. Al abrirla, leyó primeramente quién la había enviado.

Pierce Dankworth.

Ladeó la cabeza, recordando inmediatamente que Brianna se lo había mencionado en Nueva Orleans. Era la carta donde se le informaba sobre el paradero de su esposa e hija. Comenzó a leer el contenido mientras apoyaba un brazo sobre la mesa; no decía mucho, solo se presentaba y, con brevedad, decía dónde estaban las hermanas Straton.

Justo cuando terminó de leerla, la puerta del despacho se abrió. Ian levantó la mirada, esperando encontrar a Aisla, a quien había mandado llamar para hablar sobre el accidente y sobre cualquier recuerdo que pudiera tener de ese día. Pero solo era Marion.

Ian dejó lentamente la carta sobre el escritorio y se recostó contra la silla, observándola con más seriedad y frialdad de lo habitual. Marion arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Ahora qué, Ian? —preguntó con fastidio.

El solo escuchar su voz bastó para irritarlo. Él apoyó lentamente ambos brazos sobre los descansos de la silla, fulminándola con la mirada.

—¿Qué pretendías exactamente con el carruaje? —preguntó directamente, sin necesidad de dar más contexto; Marion era suficientemente inteligente como para saber de qué hablaba.

—No sé de qué hablas.

—No me hagas perder la paciencia mintiéndome, Marion —advirtió él, endureciendo la voz—. Y tampoco con la carta enviada a la Corona inglesa.

La tensión cruzó fugazmente el rostro de Marion, delatándola, aunque Ian no necesitaba ese tipo de pruebas para saber que ella era la responsable de todo. Él se inclinó hacia adelante con una sonrisa triunfante.

—Pero ninguno de tus intentos funcionó. Brianna me ama, sigue siendo mi esposa, y el rey de Inglaterra ya está al tanto de toda la situación porque yo mismo me encargué de explicárselo. Todo lo que haces para volverme miserable fracasa una... y otra vez.

Marion apretó la mandíbula, molesta, pero no era capaz de replicar.

—Llevo demasiados años soportándote, Marion. Demasiados años viendo cómo intentas destruir cualquier cosa que me haga feliz. Pero si vuelves a meterte con mi esposa o con mi hija, no me importará absolutamente nada y te exiliaré del clan.

Los ojos de Marion se abrieron ante esas palabras; Ian observó cómo respiraba agitadamente por la ira.

—Tantos años intentando hacerme infeliz, y al final la única persona miserable aquí eres tú.

Esas palabras parecieron alterarla aún más. Pero cerró los ojos unos segundos antes de abrirlos y mirar a Ian con una sonrisa amarga y cruel.

—Pero al menos me consuela recordar todos los años que logré verte destruido tras la supuesta muerte de esa bastarda de Aisla —escupió con desprecio—. Y lo habría conseguido otra vez si no fuera

por su estupidez de querer hacerse la buena mujer. Hubiera conseguido que esa inglesita se te escapara de nuevo. Eso sí te hubiera destruido, teniendo en cuenta que babeas por ella.

Ian frunció el ceño inmediatamente, a la vez que su mente interpretaba la retahíla de palabras. Entonces, su mirada bajó hacia la carta abierta sobre el escritorio y recordó que Helen le había dicho que Marion la había abierto y leído. Volvió a levantar la vista hacia su madrastra con los ojos entrecerrados.

Justo cuando iba a hablar, la puerta volvió a abrirse una vez más, dejando ver a Aisla. La castaña se detuvo apenas cruzó el umbral al notar la tensión entre ambos. Su mirada pasó de Ian a Marion lentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Ian pensó que nunca nadie había sido tan oportuno al interrumpirlo. Enseguida se levantó y rodeó el escritorio, recostándose sobre este y cruzando los brazos sobre su pecho.

—Estaba ajustando cuentas con tu tía —respondió Ian, mirando a Aisla; luego dirigió la mirada a Marion, que permanecía en alerta—. Dime algo, Aisla. ¿Exactamente cómo fue que recordaste? Digo, después de trece años sin recordar nada y viviendo una vida tranquila y normal, recuerdas todo de pronto. Algo debió ser el detonante.

Aisla ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Recordé gracias a Isobel —respondió Aisla sin comprender la pregunta.

—¿Y hace exactamente cuánto tiempo que recordaste? —volvió a preguntar Ian.

—Dos meses y medio.

Ian asintió sin despegar la mirada de Marion.

—Y dices que Isobel te hizo recordar.

Aisla asintió despacio.

—Sí, apareció un día en mi casa de repente, hace tres meses, muy sorprendida de ver que estaba viva. Me contó algunas cosas que

hicieron que me doliera la cabeza, y cuando desperté de nuevo, ya recordaba todo. Ella se quedó conmigo hasta que decidí que tenía que regresar aquí —relató Aisla.

Ian asintió una vez más, atando los hilos. Marion permanecía callada, sosteniéndole la mirada.

—¿Ese era tu plan? —le preguntó a Marion, aparentemente tranquilo —. Hacer que Aisla regresara para que Brianna y mi hija quedaran desamparadas si el matrimonio resultaba inválido.

Aisla abrió los ojos con sorpresa y miró a Marion.

—¿En serio tú planeaste esto? Pero... ¿cómo? No sabías dónde estaba ni que estaba viva.

Ian no despegó los ojos de Marion ni un segundo mientras ella lo fulminaba con la mirada.

—Ella lo sabía —dijo Ian, y Aisla entreabrió los labios, llevándose una mano temblorosa al vientre y dando un paso atrás—. Confiesa, Marion. ¿Acaso… tuviste que ver con el accidente también?

Marion soltó una pequeña risa seca, viendo que ya no tenía caso negar lo evidente.

—Tardaron demasiado en darse cuenta.

La rabia de Ian comenzaba a hervirle debajo de la piel al verla tan tranquila después de confesar su crimen.

—Tú… —murmuró Aisla, dando otro paso atrás—. Tú eras esa mujer… —miró a Ian—. Ese día… mientras estaba encerrada en el viejo establo con el fuego rodeándome… vi a una mujer —dijo lentamente, volviendo la mirada hacia Marion. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas; negó varias veces con la cabeza, como si todavía no pudiera aceptar lo evidente—. ¿Fuiste capaz de querer asesinarme? —preguntó con la voz rota—. ¡Soy tu sobrina!

Pero Marion no mostró ningún tipo de arrepentimiento. Al contrario, su expresión se endureció aún más con una mueca de desprecio.

—No eres nadie, bastarda —replicó—. Solo eres el error de mi estúpida hermana. Sacrificarte no suponía ningún problema si con eso lograba hacer sufrir a este otro bastardo —su mirada se dirigió

hacia Ian—. Aunque habría preferido que fueras tú quien muriera… pero no se puede tener todo en esta vida.

Aisla soltó un pequeño jadeo ahogado, llevándose ambas manos a la boca, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Ian, en cambio, sintió cómo toda la rabia contenida terminaba explotando de golpe.

—¡Basta! —ordenó Ian casi como un rugido, dando un fuerte golpe en la superficie del escritorio. En dos pasos atravesó el despacho y sujetó a Marion con brutalidad del brazo.

—¡Ian! —exclamó Aisla, sobresaltada.

Pero él ni siquiera escuchó; la furia le nublaba completamente los sentidos.

—¡¿Trece años?! —rugió, arrastrando a Marion hacia la puerta—. ¡¿Trece malditos años sabiendo que estaba viva?!

—¡Suéltame! —Marion intentó soltarse, pero Ian apretó aún más su agarre.

—¡Le arrebataste su vida y nos hiciste creer durante años que había muerto!

Ian continuó arrastrando a Marion por el pasillo mientras varios empleados y miembros del clan comenzaban a detenerse al verlos.

—¡Intentaste matarla! —rugió Ian, fuera de sí—. ¡Y después quisiste destruir a mi familia otra vez!

—Solo eres un bastardo que no merecía nada de esto —escupió Marion.

—Tienes razón, no merecía nada de lo que me hiciste pasar; solo era un niño.

—¡Un bastardo! Eso es lo que eras —le susurró ella a la cara, haciendo que Ian apretara más su agarre, al punto de casi quebrarle el brazo.

La arrastró hasta llegar al gran salón, donde el bullicio de las conversaciones se apagó abruptamente al verlo entrar de aquella forma con Marion. Todos se quedaron inmóviles mientras él caminaba hacia el centro del salón, donde arrojó a Marion al suelo. Ella se incorporó como pudo, limpiándose las manos.

Brianna, al verlo, se levantó rápidamente de su lugar y casi corrió hacia él, seguida de Blair.

—¡Ian! —exclamó, acercándose—. ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

Él la miró y Brianna reconoció la furia contenida que ardía en sus ojos ambarinos. Ian volvió a tomar a Marion del brazo, obligándola a permanecer frente a todo el salón.

—Ella es la culpable de todo —declaró con voz grave, empujándola un paso al frente, mostrándola a todos—. Del accidente de Aisla. De que desapareciera durante trece años. De hacerme la vida miserable desde que era un niño.

Un jadeo ahogado escapó detrás de Brianna. Helen se había llevado ambas manos a la boca, completamente horrorizada. Brianna apenas tuvo tiempo de procesarlo cuando vio a Aisla aparecer en la puerta del salón con los ojos completamente enrojecidos mientras se abrazaba a sí misma.

Brianna recordó enseguida lo que Blair le había dicho, que no tenía a nadie que realmente la ayudara. Sin pensarlo, caminó hacia ella y la rodeó suavemente por los hombros. Aisla se tensó por un segundo antes de aceptar el gesto, manteniendo la mirada fija sobre Marion.

—¡Gregor! —llamó Ian cuando levantó la vista y encontró a Gregor entre los hombres que comenzaban a acercarse—. Reúne a todo el clan —ordenó—. Tenemos una víbora que expulsar de estas tierras.

Gregor asintió y, en menos de media hora, gran parte del clan se reunió frente al castillo. El cielo estaba nublado y, a pesar de no estar lloviendo, el frío era mucho peor.

Marion permanecía de pie en medio del patio, sujetada con fuerza por Gregor y otros dos hombres del clan. Su cabello estaba desordenado y el barro comenzaba a manchar el borde de sus ropas.

—Marion Dunmond —exclamó Ian con voz firme ante todos—. Has atentado contra la vida de Aisla Sinclair. Has ocultado

deliberadamente que seguía con vida y has intentado separarme de mi esposa y mi hija por puro capricho.

—¡¿Capricho?! —exclamó Marion, queriendo soltarse del agarre de Gregor, pero él la arrastró de vuelta a su lugar, haciéndola callar.

—No tienes derecho a hablar —sentenció Ian.

Todo el clan observaba a Marion con repulsión mientras murmuraban entre ellos, hasta que Ian volvió a hablar, acallando el murmullo.

—Por mis derechos como laird de este clan, te exilio oficialmente de estas tierras.

Marion levantó la cabeza de golpe al escuchar la sentencia, abriendo los ojos con miedo.

—Nadie en Escocia podrá darte refugio. Ninguna casa de estas tierras podrá acogerte porque desde este momento dejas de pertenecer al clan Dunmond. Mis órdenes se expandirán y dudo mucho que algún clan te acoja sabiendo lo que has hecho.

—¡Expúlsenla! —comenzaron a gritar entre la multitud.

—¡Es una asesina!

—¡Deberían apedrearla!

Brianna se estremeció al escuchar los gritos mientras sostenía a Aisla.

Marion giró la cabeza hacia Ian con desesperación.

—¡Ian, no puedes hacerme esto! ¡Soy... soy... tu madre!

Ian soltó una risa cínica mientras negaba con la cabeza; se acercó lentamente hasta quedar frente a ella. Se inclinó hacia su oído solo para que ella escuchara.

—No, mi madre es Mòrag. Podríamos decir que eres infértil… que estás muerta por dentro. Y que quizá por eso nunca pudiste concebir; eso te haría parecer una bruja, ¿cierto? —susurró él con crueldad, la misma con la que ella lo había tratado desde niño, pero él estaba siendo más benevolente al no matarla.

La expresión de Marion se quebró de inmediato al escucharlo.

—¡No! —jadeó ella—. ¡No te atrevas!

Pero Ian la tomó bruscamente del brazo y la obligó a arrodillarse frente al clan. Marion terminó bajando la cabeza, incapaz de soportar la humillación y los insultos. Ian dio un paso atrás.

—Será expulsada únicamente con lo que lleva puesto —dijo él; luego levantó la vista hacia los hombres del clan—. Sáquenla de mis tierras.

Marion intentó resistirse mientras varios hombres comenzaban a arrastrarla hacia la salida principal del castillo.

Sus gritos resonaron por el patio mientras era empujada hacia afuera. Uno de los miembros la empujó con fuerza, y ella cayó de rodillas directamente sobre el barro húmedo. El fango manchó completamente sus manos y sus ropas, y aun así, nadie le mostró compasión. Los miembros del clan continuaron avanzando sobre ella, obligándola a levantarse y seguir caminando bajo insultos y empujones hasta desaparecer poco a poco camino abajo, rumbo a los límites del clan.

Ian permaneció inmóvil frente a las puertas del castillo, observando todo. Todavía respiraba con fuerza, queriendo calmar la furia que seguía dominándolo. Entonces sintió unos brazos rodearlo suavemente, y sintió cómo su cuerpo se relajaba de inmediato al reconocer el tacto de Brianna. Ella se pegó a su espalda, abrazándolo en señal de apoyo. Ian cerró los ojos un instante antes de girarse para abrazarla también, hundiendo el rostro en su cabello rubio y dejando un beso sobre su cabeza.

—Ya está, mi amor —susurró Brianna, acariciando su espalda—. Ella pagará por todo lo que te hizo.

Ian la sostuvo aún más fuerte, asintiendo.

—Ven —continuó Brianna, levantando la cabeza para mirarlo—. Vamos a ayudar a Aisla. Ella es la más afectada en todo esto al descubrir la verdad.

Ian asintió lentamente, pero antes de entrar nuevamente al castillo, tomó el rostro de Brianna entre sus manos y la besó con urgencia, como si necesitara sentirla para terminar de convencerse de que

todo había acabado por fin. Y, al estrecharla entre sus brazos y besarla, sintió cómo toda la rabia comenzaba finalmente a disminuir.

Eso era lo que necesitaba. A ella. Y ahora, con Marion fuera de sus vidas, no había nada que pudiera perjudicar esa paz.

Capítulo 22

La lluvia caía con fuerza sobre los acantilados, mezclándose con el viento helado que golpeaba el cuerpo de Marion. Sus ropas estaban húmedas y cubiertas de barro, igual que sus manos.

Abajo, el mar chocaba violentamente contra las rocas de la costa. Marion observó el cielo grisáceo, sintiendo el viento empujarla. Cerró los ojos un segundo y luego volvió a mirar el mar.

Ya no tenía nada; solo le quedaba el odio… y hasta eso comenzaba a sentirse vacío. Algunas lágrimas se mezclaron con la lluvia sobre sus mejillas; no era una mujer de llorar, pero podía permitírselo si pensaba morir.

Volvió a cerrar los ojos lentamente a la vez que se acercaba a la orilla y, con un último suspiro, dio un paso al vacío. Su cuerpo cayó tan rápido que Marion no sintió cuando chocó contra las grandes piedras, ni cuando el mar se la tragó en medio de la tormenta, mientras las olas golpeaban las rocas con violencia.

∞∞∞

***Mi querida Brianna**,*

Tu carta llegó justo cuando Clariss estaba amenazando el cielo por tanta lluvia y frío, así que, como puedes imaginar, tu mención sobre la lluvia escocesa solo empeoró su humor. Estoy segura de que el cielo de Escocia y Clariss jamás podrían coexistir en paz.

Me alegra saber que el viaje fue mejor de lo esperado, que Ian realmente te ame, no sabes cuán tranquila me deja confirmar eso. Y si ese hombre te está abrazando por las noches, entonces dudo mucho que el frío escocés pueda vencerte.

Espero que, para cuando recibas esta carta, ya te hayas acostumbrado un poco más al clan y a sus costumbres. Sé que no debe ser sencillo llegar a un

lugar tan distinto y sentir que todos observan cada uno de tus pasos, pero tú siempre has sido más fuerte de lo que crees, Anna.

Nosotras también te extrañamos muchísimo. Y a nuestra Aurora también, Clariss estuvo llorando porque encontró uno de sus zapatitos debajo de la cama.

Mi embarazo marcha bien, y el de Clariss también, aunque sigue comportándose como si estuviera muriendo cada vez que le duele la espalda. El médico asegura que todo está perfecto, así que puedes estar tranquila.

Y debes saber que The Lily's Garden ya está casi terminado. La remodelación ha quedado preciosa, Anna. Honestamente, creo que te emocionaría verlo. Las vitrinas nuevas llegaron hace unos días y los estantes ya están llenándose poco a poco con los productos que dejaste. Incluso varias damas comenzaron a preguntar cuándo abriremos oficialmente.

Tus productos naturales y medicinas ya se nos está agotando a Clariss y a mí. Así que necesito urgentemente a la mejor de nosotras para volver a reponer nuestras cremas y jabones.

Te esperamos pronto. Y aunque ahora tu hogar también esté en Escocia, no olvides que aquí siempre tendrás otro.

Te queremos con todo nuestro corazón.

Amelia y Clariss Stranton.

A pesar de estar casadas, siempre seremos las ***hermanas Straton****. Te amamos.*

Brianna sorbió suavemente por la nariz al terminar de leer la carta de Amelia una vez más. Había pasado casi un mes y medio desde que envió la suya, y solo ahora recibía respuesta. Aun así, saber de sus hermanas había logrado alegrarle la noche mucho más que toda la celebración que se llevaba a cabo en el gran salón.

Las extrañaba demasiado. Y aunque deseaba regresar pronto a Nueva Orleans para verlas, una parte de ella sabía que las cosas ya nunca volverían a ser iguales.

Ahora tenía otra vida, una al lado de Ian, de su hija y del pequeño secreto que crecía dentro de ella. Brianna llevó una mano hasta su vientre y sonrió suavemente.

Se había dado cuenta de que estaba embarazada apenas unos días atrás, cuando notó la ausencia de su período. Al principio no le dio demasiada importancia, porque no había sentido ningún síntoma extraño, pero la noche anterior terminó de confirmarlo cuando el olor de la carne asada le provocó unas ganas horribles de vomitar.

La emoción todavía le aceleraba el corazón cada vez que pensaba que tendrían otro hijo.
Guardó la carta dentro de uno de los cajones del tocador y luego se observó durante unos segundos frente al espejo. Sonrió para sí misma antes de acomodarse mejor el abrigo de piel sobre los hombros y abandonar la habitación.
Cuando llegó al gran salón, el calor, la música y el bullicio del festival la envolvieron de inmediato. Las gaitas sonaban mientras varios hombres bebían whisky cerca de las enormes mesas repletas de comida y los niños corrían entre las personas jugando. Algunas mujeres del clan le sonrieron con amabilidad cuando pasó junto a ellas, dirigiéndose entre la multitud hasta donde estaban Helen y Mòrag.
Todavía le sorprendía un poco la diferencia tan grande respecto a cuando llegó al clan. Ahora ya no sentía las miradas llenas de rechazo sobre ella.
Blair y Aisla estaban entretenidas jugando con Aurora y los otros niños. Y más allá, Ian conversaba con varios ancianos del clan.
Ese era el segundo día de celebración del Festival del Inicio de la Primavera. Durante esos dos días había presenciado cómo Ian compartía con su gente como si todos fueran parte de una enorme familia. Él no había escatimado en gastos ni comida para su clan; por eso no le sorprendió ver cómo cada miembro volvía a jurarle lealtad a su laird frente a todos.
—¿Quieres más whisky, muchacha? —preguntó Helen apenas Brianna llegó junto a ellas.
Brianna negó rápidamente con una pequeña sonrisa.
—No, gracias.
Helen arqueó apenas una ceja, mirándola sospechosamente, porque desde que había llegado al clan, ella se había acostumbrado a beber un poco durante las comidas y celebraciones para combatir el frío.
Pero Brianna evitó su mirada y observó a la multitud. Aún no le había dicho a nadie que estaba embarazada porque quería que el primero en saberlo fuera Ian. Había pensado decirle la noticia el mismo día en que renovaran sus votos frente al clan, que sería dentro de dos semanas. La sola idea hacía que el corazón le latiera

de emoción. Aunque, sinceramente… ya comenzaba a dudar de si sería capaz de guardar el secreto tanto tiempo.
Mòrag se alejó un momento de ellas para ir hacia su hijo, a quien por fin dejaron respirar un poco. Brianna miró a Helen entrecerrando los ojos de forma divertida, ya que llevaba varios días queriendo preguntarle algo que Ian se negaba a responder, alegando que solo lo entendería cuando aprendiera más el idioma. Pero ella ya no podía seguir aguantando sin saber.
—Helen —la llamó de forma amistosa, dándole una amplia sonrisa. Helen giró la cabeza hacia ella con curiosidad—. ¿Qué significa *mo chreach*?
Helen arqueó una ceja a la vez que una sonrisa divertida comenzaba a extenderse en su rostro.
—Así que Ian todavía no te lo dice, ¿eh? —expresó claramente entretenida, haciendo que Brianna resoplara un poco.
—Siempre dice que no lo entendería.
Helen soltó una risa y negó con la cabeza
—Solo no quiere que sepas lo que significa porque sabe que te estaría entregando hasta su alma.
Brianna frunció el ceño ante esas palabras. Ella sabía que Ian la amaba mucho, pero ¿tanto significado tenía esa palabra como para que Helen dijera algo así?
—Entonces, ¿qué significa?
Helen tomó un pequeño sorbo de whisky antes de responder.
—No tiene un significado exacto —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero es una palabra que describe lo intenso, obsesivo, pasional. Aunque también podría decirse que significa algo parecido a perdición o ruina.
Brianna ladeó la cabeza, confundida.
—¿Soy su ruina? —preguntó parpadeando, haciendo que Helen volviera a reír.
—No creo que lo diga por eso, pero tiene varios significados; todo depende de la intención con la que se diga, y creo que solo él debe explicártela.
Brianna desvió la mirada hacia donde estaba él con Mòrag, conversando tranquilamente. Pero justo en ese momento, él levantó

la vista y sus ojos ambarinos se encontraron con los de ella. Él le sonrió y le dedicó un rápido guiño que la sonrojó.
—Ian te ama, muchacha —añadió Helen, haciendo que Brianna volviera a prestarle atención—. Llegaste a él como un ángel a salvarlo, le devolviste la vida que pensé que había dejado de vivir. Siempre le agradezco a Dios por hacer que él abriera los ojos y aceptara ese título de conde.
—¿Acaso no quería aceptarlo? —preguntó Brianna, curiosa y sin perder la sonrisa; estaba más feliz que nunca.
—Claro que no, ese muchacho es muy terco, y él no quería tener nada que ver con los ingleses. Él aceptó ir a Londres para saber cómo había heredado ese título; allí le dijeron que la condición para heredarlo era casarse con una de las hijas del conde. Ian se negó rotundamente y regresó a Escocia molesto con los ingleses por querer obligarlo a casarse. —Brianna escuchó entretenida la historia que lo empezó todo—. Pero luego recibió otra carta del representante de la Corona describiendo la situación del condado; decía que el anterior conde había fallecido y dejado tres jóvenes desamparadas, que si no tomaba el título, este volvería a la Corona, dejando a las jóvenes en la calle porque no tenían más familia que él. Eso, al parecer, lo conmovió. Estuvo días encerrado en su despacho hasta que salió decidido a ir a Londres y tomar su lugar como conde de Warwick.
Cuando Helen terminó, Brianna estaba sorprendida y con los ojos húmedos. Tragó con dificultad y bajó la mirada, sintiendo cómo su amor por Ian crecía aún más, si era posible.
Él había renunciado a su promesa de no casarse más por ellas, por no dejarlas en la calle.
—Dios mío —sollozó sin poder controlarlo.
—No llores, Brianna. Solo sonríe y sé feliz sabiendo que mi muchacho te ama más que a sí mismo. Otras no tienen tanta suerte —expresó Helen, señalando discretamente hacia Josiane, que estaba sentada tranquilamente en la mesa a unos metros de ellas, observando con tristeza cómo su esposo prefería la compañía de otra mujer a la de ella.

Brianna asintió, sabiendo que Helen tenía razón. Además, ella misma había vivido su propia desilusión con Ian. A pesar de que ahora se amaban mutuamente, su comienzo no fue el mejor, pero ahora todo era diferente. Si para llegar a ese punto debía repetir la historia, lo haría, porque estando sola aprendió más de sí misma, vio lo capaz que era de salir adelante por sus propios medios y supo que era fuerte e independiente, y eso, para cualquier dama, era un tesoro.

∞∞∞

Por otro lado, Ian disfrutaba de la compañía de Mòrag. A pesar de no poder decir abiertamente que ella era su madre, se conformaba al menos con verla sonreír y disfrutar un poco de la vida sin tener que preocuparse por el dinero o por cómo sobrevivir al día siguiente.
Mòrag estaba a su lado, cerca de la tarima donde se encontraba la silla del laird, observando el movimiento de la celebración. Ian desvió la mirada hacia Blair, que permanecía junto a Aisla jugando con Aurora y los demás niños.
—Hace unos días le pregunté si quería que le presentara algunos hombres del clan —comentó Ian, refiriéndose a su hermana—. Casi me arranca la cabeza por sugerirlo.
Mòrag soltó un pequeño suspiro y negó despacio con la cabeza.
—Blair sufrió mucho en Londres, Ian. Más de lo que imaginas. Dudo mucho que acepte un matrimonio.
—¿Qué ocurrió? ¿Por qué Blair rechaza tanto la idea del matrimonio? —preguntó Ian, frunciendo ligeramente el ceño.
Mòrag permaneció callada unos segundos.
—Yo no podía darle demasiado —respondió con pesar—. Apenas lograba mantenernos a salvo, y hubo momentos… difíciles. Blair tuvo que hacer ciertas cosas para sobrevivir y llevar comida a casa.
—¿Qué cosas? —preguntó con el cuerpo tenso. Pero Mòrag negó suavemente.
—No importa ahora. Lo importante es que aquello la llevó a los brazos de un hombre que la lastimó mucho.

Ian apretó la mandíbula. Su madre no le estaba diciendo realmente qué había ocurrido, ni quién era aquel hombre, pero solo imaginar a alguien haciéndole daño a su hermana bastó para llenarlo de rabia.
—Eso la volvió así —continuó Mòrag, mirando hacia su hija con tristeza—. Sarcástica… desconfiada… amarga algunas veces. Llegó un punto en que no soportaba Londres ni todo lo que representaba. Por eso nos llevó a Nueva Orleans para intentar empezar de nuevo.
Ian bajó la mirada hacia su cuenco de whisky, apretándolo con fuerza.
—Si las hubiera encontrado antes… —murmuró con frustración—. Tal vez habría podido evitarles muchas desgracias. Blair quizá sería feliz ahora, tal vez tendría una familia… y yo habría podido compartir más tiempo con ustedes.
Mòrag giró el rostro hacia él inmediatamente y sonrió con dulzura antes de tomarle una de las manos.
—No pienses de esa forma, hijo. Lo importante es que estamos juntos ahora —expresó ella, acariciando suavemente sus nudillos—. Durante años le recé a Dios para que me permitiera volver a verte aunque fuera una sola vez más. Y me concedió mucho más que eso. Me permitió encontrar a mi hijo… verlo formar su propia familia… y ser parte de ella.
Ian apretó un poco su mano y terminó sonriendo levemente.
—Aunque no pueda decirlo delante de todos… debes saber que te veo como mi madre —dijo Ian, mirándola a los ojos—. Y que te amo y respeto como tal, sin importar los años que estuvimos separados. Me alegra tenerte aquí… conmigo, mamá.
Mòrag soltó un pequeño sollozo ahogado y llevó una mano a la mejilla de Ian, acariciándola con ternura.
—Mi niño…
Ian cerró los ojos apenas un instante, permitiéndose disfrutar de ese gesto, uno que le robaron por demasiado tiempo, pero que ahora, por fin, tenía.
—¿Interrumpo algo importante?
Ambos levantaron la mirada al mismo tiempo, encontrando a Brianna frente a ellos. Mòrag sonrió enseguida y negó con la cabeza.

—No, querida —respondió, limpiándose discretamente la humedad de los ojos—. De hecho, creo que ya es momento de dejar que ustedes disfruten juntos de la celebración. Bastante tiempo han pasado separados atendiendo a la gente del clan.
Ian observó a Brianna acercarse hasta él mientras Mòrag se alejaba lentamente entre la multitud. Y apenas su mujer llegó a su lado, él la tomó suavemente de la cintura, acercándola a su cuerpo para besarla suavemente.
Cuando se separaron, ella le sonrió con las mejillas sonrojadas. Él la tomó de la mano para besarle los nudillos con suavidad antes de tirar de ella y guiarla hacia la gran silla de madera donde él permanecía sentado como laird del clan. Pero, en lugar de dejarla sentarse a su lado, Ian la sujetó de la cintura y la acomodó directamente sobre su regazo. Brianna abrió los ojos inmediatamente, mirando a todos lados.
—¡Ian! —susurró, y él soltó una risa grave cerca de su oído.
—Estamos en Escocia y en mi clan, no en uno de esos salones de Londres —murmuró divertido—. Esto no es un escándalo aquí. Además, todos saben que eres mi mujer.
Brianna observó alrededor con algo de nerviosismo, notando que nadie parecía prestarle atención. Algunos hombres seguían bebiendo y conversando. Las mujeres hablaban entre ellas mientras vigilaban a los niños. Incluso varios ancianos seguían discutiendo entre ellos cerca de las chimeneas.
Ni siquiera le prestaban atención como antes, lo que podría significar que por fin la habían aceptado.
Brianna giró la cabeza para mirar a Ian y terminó sonriéndole con tanta alegría que hizo que él también sonriera más.
—Soy feliz —confesó ella en voz baja.
—Yo también lo soy, *mo chreach* —respondió él.
Esa palabra hizo que Brianna arqueara una ceja antes de darle un pequeño golpe en el pecho.
—Así que soy tu ruina, ¿eh? —le reprochó divertida, e Ian soltó una risa baja y negó con la cabeza.
—Veo que estuviste preguntando.
—No iba a quedarme sin saber qué significaba durante… ¿meses?

Ian sonrió antes de acomodarla mejor contra su cuerpo, rodeándole la cintura con uno de sus brazos.
—Te llamo así porque, sí, eres mi ruina —admitió, mirándola directamente a los ojos—. Tienes todo el poder sobre mí, Brianna. Más del que jamás debería tener alguien sobre otro ser humano. Podría enfrentar cualquier cosa si te tengo conmigo —continuó Ian con sinceridad, sin apartar su mirada de ella—. Eres mi ruina porque me hiciste necesitarte. Porque ahora mi paz depende de ti. Pero si algún día te pierdo… no quedará nada de mí excepto las ruinas del hombre que soy ahora.
Los ojos de Brianna comenzaron a humedecerse ligeramente, y sintió inmediatamente un nudo formarse en su garganta. Ian llevó una mano hasta su mejilla, acariciándola lentamente con el pulgar; ella cerró los ojos, dejando caer una lágrima por su mejilla, e Ian la limpió enseguida.
—Gracias… —susurró ella emocionada, abriendo los ojos. Ian ladeó la cabeza y ella continuó—. Por no abandonarnos. Por quedarte con el título… por protegernos cuando podrías haberte marchado y olvidarte de nosotras.
Ian la observó unos segundos y, cuando comprendió de qué hablaba, arqueó una ceja.
—¿Quién te dijo eso? —preguntó.
—Helen. Creo que es una buena chismosa.
Eso hizo reír a Ian por lo bajo. Pero Brianna volvió a ponerse seria enseguida.
—Lo digo en serio, Ian. Gracias por salvarnos.
—No fui yo quien salvó a alguien, *mo chreach*. Fuiste tú. Yo solo llegué al lugar donde se encontraba mi verdadera felicidad.

Capítulo Final

Solo faltaba un día para la ceremonia de renovación de votos, y el gran salón estaba sumido en un caos de preparativos, telas, flores secas, pieles y velas por todas partes. Brianna iba de un lado a otro supervisando hasta el más mínimo detalle.

Era como cumplir un sueño atrasado. Todo lo que no había podido tener en su verdadera boda tres años atrás, Ian ahora se lo estaba permitiendo vivir, y ella quería que fuera perfecto. Incluso había decidido unir ambas culturas en la decoración. Las largas mesas escocesas permanecían adornadas con pieles oscuras y robustos candelabros de hierro, mientras enormes ramas de pino y flores colgaban entre los tapices del clan. Pero, al mismo tiempo, Brianna añadió delicados arreglos florales al estilo inglés, telas claras cayendo desde las vigas de madera y pequeñas cintas doradas decorando los centros de mesa. El resultado era extraño, pero hermoso.

Y, aunque Helen, Blair, Aisla y hasta Josiane la estaban ayudando, Brianna seguía queriendo supervisar todo personalmente.

Josiane finalmente había comenzado a unirse más al grupo después de haber permanecido prácticamente encerrada en la casa de Gregor desde su llegada al clan. Pero era evidente que todavía no terminaba de acostumbrarse al clan ni a Escocia. Brianna intentaba animarla cada vez que podía, aunque sabía que era difícil, teniendo en cuenta que su esposo parecía empeñado en rechazarla cada vez que estaban juntos. Incluso ella había intentado hablar con Gregor respecto a Josiane, pero él simplemente cambiaba de tema o desaparecía antes de responder. Y Brianna, sinceramente, no lograba comprenderlo. Después de todo, él mismo había sido el responsable de que esa situación terminara en matrimonio.

Mientras varias mujeres terminaban de acomodar flores cerca de las puertas, Aurora apareció corriendo hacia ella.

—Mami, ¿puedo comer otro pastelito? —preguntó, señalando la mesa de dulces.

Brianna sonrió y se inclinó hacia ella.

—Ya has comido demasiados dulces por hoy, terroncito —respondió, acomodándole el cabello rubio detrás de la oreja—. Mañana podrás comer más. Ahora ve a jugar con tus amiguitos.

Aurora hizo un pequeño puchero, pero, como buena niña, terminó asintiendo. Brianna la observó alejarse con una sonrisa suave. A Aurora no le había supuesto ningún problema relacionarse con los otros niños del clan. Brianna no entendía cómo los niños parecían tener la capacidad de comunicarse y entenderse incluso cuando no hablaban el mismo idioma.

Pero Aurora se veía feliz, y eso era lo único que realmente le importaba.

—Parece toda una pequeña escocesa ya —comentó Aisla, acercándose a ella.

—Empieza a gustarle demasiado correr por el castillo. Creo que pronto dejará de recordarme que extraña Nueva Orleans y a sus primos.

Aisla observó a los niños jugar y correr por el salón unos segundos antes de hablar de nuevo.

—Después de la ceremonia… Isobel y yo regresaremos a Skye.

Brianna dejó caer los hombros, a la vez que dejaba de sonreír. Se había acostumbrado demasiado a tener a Aisla cerca todo el tiempo.

—Me alegra que vuelvas a tu vida —respondió sinceramente, comprendiendo que no podía tenerla siempre ahí en el clan—. Aunque voy a extrañarte.

—Yo también. El clan ha cambiado un poco con los años, pero este ya no es mi hogar —expresó Aisla, sonriendo con melancolía.

Brianna asintió, desviando la mirada.

—¿Y no buscarás más al padre de tu hijo? —preguntó, notando cómo Aisla se tensaba.

Hacía pocos días finalmente le había confesado que estaba encinta y le había hablado sobre el hombre al que amaba, el cual simplemente había desaparecido sin dejar rastro.

Aisla negó lentamente con la cabeza.

—No puedes encontrar a alguien que no quiere ser encontrado —respondió con calma—. Él sabía todo lo que vivimos… los meses que pasamos juntos. Y si eso no fue suficiente para que se quedara, entonces no pienso perseguirlo. —Aisla bajó la mirada hacia su vientre, todavía apenas perceptible—. Criaré a mi hijo sola.

Brianna sintió una pequeña punzada de tristeza por ella. Y justo cuando iba a hablar para brindarle su apoyo, las enormes puertas del gran salón se abrieron. Brianna y Aisla giraron la cabeza, viendo entrar a Ian acompañado de tres hombres altos y robustos. Eran escoceses hasta la médula. Los tres hombres eran *lairds* de otros clanes cercanos que habían llegado esa madrugada; Ian los había invitado a la ceremonia.

Brianna sonrió enseguida y señaló discretamente hacia el grupo mientras Blair se acercaba justo en ese momento.

—Miren, esos son los lairds de los que les hablé —comentó divertida. Pero, al no escuchar respuesta, giró la cabeza confundida hacia las dos mujeres.

Brianna frunció el ceño porque tanto Blair como Aisla parecían haber perdido completamente el color del rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin entender por qué habían reaccionado de esa manera al ver a los hombres.

Blair negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás.

—Yo… tengo algo que hacer —murmuró apresuradamente antes de girarse y prácticamente huir del salón.

Brianna la observó completamente confundida. Luego volvió la mirada hacia Aisla, quien permanecía inmóvil, mirando fijamente a uno de los hombres que estaban junto a Ian.

—¿Aisla? —la llamó Brianna, acercándose a ella, pero solo logró escuchar el susurro que salió de sus labios:

—Ewan…

∞∞∞

Brianna aún seguía confundida por el comportamiento de Blair. Su cuñada prácticamente había desaparecido después de ver a aquellos lairds el día anterior, y desde entonces nadie la había visto.

Brianna dejó escapar un suspiro y movió la cabeza lentamente, queriendo apartar esos pensamientos por un momento. No quería arruinar su día, no después de haber esperado tanto.

Contempló su reflejo con una sonrisa, viendo lo hermosa que se veía con su vestido. Era una mezcla inglesa con detalles escoceses. La tela marfil caía suavemente desde su cintura en capas, bordada con pequeños hilos plateados que formaban ramas y flores silvestres de las Tierras Altas. Las mangas largas eran de encaje fino, y sobre sus hombros descansaba una capa ligera de lana blanca ribeteada en piel para protegerla del frío. Además, su cabello rubio estaba parcialmente recogido con pequeñas flores blancas entrelazadas entre las ondas. Llevaba un par de pendientes de diamantes y un collar fino a juego.

Lentamente llevó una mano hasta su vientre, todavía plano, y sonrió aún más. Por fin le diría a Ian que estaba embarazada. Se había contenido todos esos días de decírselo, pensando que no lo lograría.

Un suave golpe en la puerta la hizo sobresaltarse ligeramente. Se alisó el vestido, que estaba perfecto, pero era un gesto común en ella cuando estaba nerviosa.

—Adelante.

Helen apareció enseguida, entrando en la habitación.

—Estás preciosa, muchacha —dijo con una sonrisa sincera mientras unía sus dos manos sobre su pecho—. Aunque si seguimos aquí

admirándote, el clan entero terminará esperando toda la mañana. Todos ya están en la parroquia.

Brianna asintió. Luego se mordió el labio y sonrió.

Minutos después, ya acomodada dentro del carruaje, intentó calmar el temblor de emoción que sentía recorriéndole el cuerpo. Miró por la ventanilla el hermoso día; no llovía ni había niebla. El día estaba de su lado y eso la hizo sonreír aún más.

El trayecto hasta la pequeña parroquia fue corto y, cuando el carruaje finalmente se detuvo, Brianna sintió que el corazón comenzaba a latirle aún más fuerte. No sabía por qué se sentía nerviosa; ella ya era esposa de Ian, solo renovarían sus votos, pero sabía que esa vez era diferente a la boda que tuvieron hacía tres años. Esa renovación de votos sería el comienzo de su verdadera vida juntos.

Brianna descendió lentamente del carruaje y, apenas levantó la vista, vio a todo el clan esperando afuera de la parroquia de piedra. Y al fondo estaba él, el hombre que amaba, esperándola frente a las puertas abiertas de la parroquia vestido completamente de negro, con detalles plateados en la chaqueta y el tartán del clan cayendo sobre uno de sus hombros.

Brianna le sonrió y él hizo lo mismo, enderezando su postura. Ella soltó una breve risa al notarlo nervioso también. Las gaitas comenzaron a sonar suavemente mientras ella avanzaba entre las personas del clan sin apartar la vista de su esposo. Cuando finalmente llegó hasta él, Ian tomó sus manos entre las suyas y depositó un suave beso en el dorso.

—Estás hermosa —murmuró él, sin apartar la mirada de ella ni un segundo.

La ceremonia comenzó y el sacerdote apenas habló unos minutos antes de pedir que expresaran una vez más sus votos frente al clan y frente a Dios.

—Me enamoré de ti aun cuando me prometí que no podía, cuando creí que no tenía derecho a amar ni a ser amado, pero me mostraste lo equivocado que estaba —comenzó Ian con la voz grave—. Si

volver a nacer fuera posible, volvería a elegirte una y mil veces aunque el mundo entero estuviera en mi contra. Eres mi hogar, Brianna. Mi paz. La madre de mis hijos… y la única mujer que existirá para mí hasta el día en que muera.

Brianna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero pudo contenerlas para poder expresar sus votos.

—Tú me enseñaste lo que significa ser amada de verdad —susurró, mirándolo directamente a los ojos, recordando todo lo que habían vivido los últimos meses—. Aunque nuestro camino comenzó entre errores, dolor y miedo… jamás me había sentido tan segura como cuando estoy contigo. Te elijo hoy… y voy a seguir eligiéndote todos los días de mi vida.

Ian le sonrió, parpadeando varias veces e intentando hacer desaparecer la humedad de sus ojos. El sacerdote terminó la bendición y él no esperó ni un segundo; la besó profundamente frente a todo el clan. Brianna respondió eufórica, rodeándolo con sus brazos y escuchando los aplausos y vítores de todos.

—Estoy embarazada —soltó de pronto sobre sus labios. Ian se quedó completamente inmóvil en medio del beso. Se separó unos pocos centímetros para mirarla fijamente.

—¿Qué? —preguntó casi sin aire.

Brianna sonrió con algunas lágrimas cayendo por su mejilla, a la vez que asentía.

—Vamos a tener otro bebé.

Ian soltó una pequeña risa incrédula antes de tomarla entre sus brazos y alzarla del suelo, haciéndola girar mientras varias personas del clan comenzaban a vitorear y reír sin comprender del todo qué ocurría.

Brianna terminó riendo también mientras se aferraba a él, temiendo caer al suelo.

—Te amo —susurró Ian aún sobre sus labios.

Brianna sonrió antes de responderle exactamente lo mismo.

Epílogo

Un año y medio después.

Brianna caminó hacia el despacho de Ian como último recurso, buscando a sus hijos. Aurora se había vuelto más traviesa con el tiempo, aunque todavía conservaba su timidez. En cambio, su pequeño Tristán era un auténtico torbellino con apenas un año de edad.

Su hijo había dado bastante batalla para nacer. Tanta, que Brianna llegó a pensar durante semanas que jamás podría volver a pasar por algo así. Al final todo había salido bien, pero Tristán resultó ser demasiado grande para un bebé recién nacido.

Exactamente igual a su padre, y no solo en tamaño. Si Aurora parecía una pequeña versión de ella, Tristán era prácticamente una copia de Ian en todos los aspectos. El mismo cabello oscuro y los mismos ojos ambarinos. Y desde que aprendió a caminar meses atrás, se les perdía constantemente, haciendo que Brianna recorriera todo el castillo buscándolo.

Por suerte, todo el clan adoraba a su futuro laird, así que cada vez que alguien lo encontraba, simplemente lo llevaba de regreso con alguno de sus padres.

Brianna abrió la puerta del despacho, encontrando a Ian sentado detrás del escritorio, revisando varios documentos; pero dejó de trabajar en cuanto levantó la vista y la vio entrar.

—*Mo chreach* —dijo con una sonrisa.

Brianna caminó hasta él y apoyó ambas manos sobre el escritorio, soltando un pequeño suspiro cansado.

—Tu hijo volvió a desaparecer.

Eso solo hizo que Ian soltara una risa divertida.

—No le veo lo gracioso —protestó Brianna, cruzándose de brazos—. Debes encontrarlo y mantenerlo cerca de mí porque no quiero imaginar lo que pasará si decide desaparecer justo cuando tengamos que subir al carruaje hacia el barco de Nueva Orleans.

Ian terminó riéndose todavía más antes de tomarla de la cintura y tirar suavemente de ella hasta sentarla sobre su regazo.

—Lo encontraremos, otra vez —murmuró tranquilo mientras repartía besos por su cuello.

Brianna soltó una pequeña risa entre intentos inútiles de mantener el gesto serio. Ian terminó besándola con la misma pasión de siempre, para luego separarse con un suave beso rápido.

—¿Sobrevivirás seis meses sin mí? —preguntó divertida mientras pasaba los dedos por el cabello oscuro de él.

Ella había decidido que era hora de regresar a Nueva Orleans; extrañaba demasiado a sus hermanas y Tristán estaba bastante grande para el viaje. Ian no podía dejar el clan ni sus responsabilidades de conde por tanto tiempo, así que habían llegado al acuerdo de que ella solo pasaría unos cuantos meses fuera, y no un año, como había planeado anteriormente.

Ian la observó unos segundos antes de enrollar lentamente un mechón rubio de su cabello alrededor de sus dedos. El cabello de Brianna había crecido muchísimo durante ese último año y medio. Ahora caía hasta la mitad de su espalda.

—No sobreviviría. Por eso iré con ustedes —respondió Ian, aún acariciando el mechón de cabello. Brianna abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué?

Ian sonrió al ver su reacción.

—Escuchaste bien.

—Ian… —murmuró ella, todavía sorprendida—. ¿Estás seguro? Tienes demasiadas responsabilidades aquí… y también en Londres.

Durante ese tiempo habían ido y venido constantemente entre Escocia y Londres, manteniendo tanto el título de condes como el

liderazgo del clan. Incluso le habían presentado oficialmente al pequeño Tristán al rey meses atrás.

—No debes dejar todo solo porque yo quiera ver a mis hermanas —continuó Brianna—. Yo las extraño mucho, y quiero verlas, pero tú...

—Te entiendo, *mo chreach* —interrumpió él mientras acariciaba su mejilla—. Ya es hora de que estés con ellas otra vez. Te he tenido demasiado tiempo lejos de tus hermanas. Por eso estoy dejando todo preparado para pasar un año entero en Nueva Orleans.

Brianna abrió los ojos, completamente sorprendida.

—¿Un año?

Ian asintió y eso bastó para que Brianna prácticamente se lanzara sobre él, abrazándolo con fuerza mientras las lágrimas llenaban sus ojos.

—Ian… —Ella lo besó repetidas veces, emocionada, pero se detuvo y lo miró con los ojos entrecerrados—. ¿Cómo harás eso con tantas responsabilidades? —preguntó todavía abrazándolo—. No quiero ser responsable de alejarte de tu hogar.

Ian sostuvo su rostro entre ambas manos antes de besarla lentamente y con tanta profundidad y amor que Brianna sintió el corazón apretarse dentro de su pecho. Cuando se separó unos centímetros de ella, apoyó su frente contra la suya.

—Donde tú y mis hijos estén, ahí estaré yo. Tú eres mi hogar.

∞∞∞

El barco finalmente atracó en el puerto de Nueva Orleans. Brianna bajó primero sosteniendo la mano de Aurora, mientras Ian descendía detrás de ellas con Tristán dormido en brazos.

El puerto era un caos; pasajeros descendiendo del barco y otros queriendo abordar, además de los familiares que recibían y despedían a sus seres queridos.

Ian observó a su alrededor mientras Brianna intentaba localizar el carruaje que sus hermanas debían haber enviado para ellos.

—¿Veré otra vez a Daph y a Louis? —preguntó Aurora, levantando la cabeza hacia su madre. Brianna sonrió inmediatamente mientras asentía.

—Sí, terroncito, y volverás a jugar con ellos.

La niña sonrió feliz justo cuando Brianna escuchó que alguien gritaba su nombre entre la multitud. Levantó la cabeza de golpe, empinando el cuello, buscando a quien había gritado.

—Mira, mami, es la tía Clariss —dijo Aurora, jalando el vestido de Brianna.

Enseguida miró hacia donde Aurora señalaba. Clariss prácticamente corría hacia ella, levantándose un poco el vestido para avanzar más rápido, seguida muy de cerca por Amelia. A Brianna se le llenaron inmediatamente los ojos de lágrimas. Sin siquiera pensarlo, soltó la mano de Aurora y comenzó a correr también hacia sus hermanas.

Las tres se encontraron a mitad del puerto, abrazándose con fuerza mientras reían y lloraban al mismo tiempo.

—¡Por fin regresaste! —sollozó Clariss, limpiándose las lágrimas rápidamente.

Brianna ni siquiera pudo responder por la emoción y el nudo que tenía en la garganta por las ganas de llorar. Primero abrazó con fuerza a Clariss y luego a Amelia.

—Las extrañé muchísimo… hermanas —murmuró con la voz quebrada. Amelia sonrió, llorando también mientras acariciaba su cabello.

—Y nosotras a ti.

Poco después llegaron los hombres junto a los niños. Marco apareció con la pequeña Camille entre sus brazos, mientras Pierce sostenía a los mellizos Daphne y Louis de las manos. Y en el otro brazo llevaba al pequeño Killian.

Apenas vieron a Aurora, los mellizos soltaron inmediatamente a su padre para correr hacia ella.

—¡Aurora!

La niña soltó una risa emocionada antes de abrazarlos a ambos.

Ian observó toda la escena en silencio mientras Tristán se despertaba lentamente en sus brazos, confundido por tantas voces a su alrededor.

Amelia prácticamente lloró cuando pudo cargar por primera vez a Tristán. Clariss no dejaba de acariciar las mejillas de Aurora, diciendo cuánto había crecido. Y Brianna finalmente pudo conocer bien a los hijos pequeños de sus hermanas.

Por fin sentía que había regresado a casa; a pesar de que aprendió a convivir en Escocia y en Londres, Nueva Orleans sería la ciudad a la que ella llamaría hogar. Fue la ciudad que las acogió cuando llegaron solas, sin nada; la que las vio sostenerse y apoyarse la una a la otra.

Amelia observó a sus hermanas unos segundos antes de sonreír con lágrimas en los ojos.

—Por fin estamos juntas otra vez.

Clariss asintió enseguida, limpiándose las últimas lágrimas.

—Las hermanas Straton deben estar juntas —añadió.

—Mi apellido va primero, tormentita —le recordó Marco a su esposa. Clariss arqueó una ceja y negó con la cabeza, sosteniendo a su hija en brazos.

—Sabes que te amo, Marco. Pero aunque estemos casadas y llevemos sus apellidos...

—*Siempre seremos las hermanas Straton* —dijeron las tres al mismo tiempo, porque era el mismo lema que habían estado escribiéndose todos los meses durante el último año.

Pasara lo que pasara, eran hermanas.

Brianna sonrió, apoyando la cabeza en el brazo de Ian. Luego miró a todos a su alrededor antes de decir con suavidad:

—Vamos a casa.

Fin.

Agradecimientos

¿Les gustó el final? Porque yo lo amé.
Siento que todo quedó exactamente donde debía estar. Aunque sí, como siempre, dejé varias historias abiertas. Pero ya me conocen, no puedo contenerme cuando un personaje secundario me parece demasiado interesante como para no darle su propia historia y hacerlo sufrir un poco en el proceso.

Y hasta aquí llegamos con las ***Hermanas Stratton***, oficialmente mis hermanas favoritas.

Espero de verdad que hayan disfrutado de sus historias tanto como yo disfruté escribirlas. Gracias por acompañarlas desde el inicio, por llorar, enojarse, enamorarse y reír junto a ellas.

Si quieren saber más sobre los próximos libros y las siguientes historias, pueden encontrarme en Instagram como E.J. Black.

Y nuevamente… gracias por seguir leyendo mis libros.

Con cariño,
E. J. Black

---

[1] Hermosa/bella.